"LA CULTURA ARGENTINA"

SANTIAGO CALZADILLA

Las beldades de mi tiempo

Precedido por una carta-prólogo de

ADOLFO SALDÍAS

ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, Av. de Mayo 638 - Buenos Aires
1919

LAS BELDADES DE MI TIEMPO

SANTIAGO CALZADILLA

Nació en Buenos Aires por el año 1818 (?). Distinguido hombre de mundo, frecuentó los salones porteños antes, durante y después de la dictadura de Rosas.

Algunos amigos joviales indujéronle en 1891 a publicar sus "memorias" sobre los tipos y costumbres de la sociedad que frecuentó en su juventud: reunidas, constituyeron el libro "Las Beldades de mi tiempo", risueñamente célebre en la época de su aparición. Aunque la obra no se recomienda por su estilo, contiene informaciones curiosas sobre un aspecto de la historia que suelen desdeñar los historiadores; el innegable interés de algunas páginas contrasta con la banalidad de otras, impregnadas de cierto humorismo involuntario que no es posible distinguir de la tontería.

Iniciado bruscamente en las letras a una edad en que los buenos escritores suelen renunciar a ellas, Calzadilla no alcanzó a escribir la segunda parte de la obra, anunciada al final de la primera.

Falleció en Buenos Aires a fines del siglo en que vivió.

"LA CULTURA ARGENTINA"

SANTIAGO CALZADILLA

Las beldades de mi tiempo

Precedido por una carta-prólogo de

ADOLFO SALDÍAS

ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, Av. de Mayo 638 - Buenos Aires
1919

In compliance with current copyright law, U.C. Library Bindery produced this replacement volume on paper that meets the ANSI Standard Z39.48-1984 to replace the irreparably deteriorated original.

1989

LAS BELDADES DE MI TIEMPO

POR

SANTIAGO CALZADILLA

I

Mi distinguido amigo:

No me ha sorprendido en modo alguno el manuscrito que usted se ha dignado remitirme. Lo que me ha sorprendido es que, al referirse a usted mismo, hable siempre en tiempo pasado, respecto de ciertos motivos que, en mi sentir, le son coetáneos.

Parece que usted quisiera despojarse de lo más caro para un hombre de su temple. Y tengo para mí que pocas veces habla en usted esa timidez a la que las pasiones no tocan sin que el rubor se levante, como le sucedía a Virgilio y a aquel apuesto amigo de Lucilo de quien Séneca decía: *adeo illi ex alto suffusus est rubor.*

Me permito creer que hay en ello algo de romanticismo convencional. ¿Recuerda usted cómo traducía yo sus impresiones respecto de aquella bellísima limeña cuyos ojos debían iluminar las noches que pasásemos en la cordillera?

Entonces le llamé a usted don Silva. ¿Era elogio? No; era lo menos que se podía tributar a un corazón de 50 años (*oro,* como nos dijo aquel diplomático en la mesa de nuestro amigo T.) al que las pasiones estremecen con las palpitaciones de las primeras auroras de la vida.

Vamos al terreno... ¿Quién es Fausto? Un corazón joven que siente la necesidad de perpetuar esta juventud por el amor... ¿Cree usted en la lozanía juvenil del viejo Newton? Yo también. El joven que no crea, que prepare su inteligencia y su corazón para hacer lo que hizo el viejo aquél.

Renán ha puesto en relieve en su doctor Próspero un hecho humano, que se niega por habitud inconsciente, es a saber: el amor no mide el tiempo de los corazones grandes en que se anida; que el céfiro tampoco escoge las flores para dejar sus besos al pasar, aun en el cáliz de las ya marchitas. El amor no ha menester de fé de bautismo, porque no tiene edad, como no tiene color el pampero que embalsama nuestros campos.

¿No ve usted al sublime viejo Whitman cómo describe en bellísimas estrofas el incesante canto de amor que resuena en la creación; y como su corazón lozano se enardece ante los estímulos magnéticos de ese beso colosal de la naturaleza, hasta el punto de estremecerse cuando las hierbas pliegan los nervios a su paso, y de pedir a las aguas que lo penetren de sus humedades amorosas?...

¡Don Silva!... Ciertos detalles absurdos de la trama de Hernani desaparecen para mí en presencia de la figura majestuosa de ese viejo que tiene los impulsos y los sentimientos de un joven.

El melancólico caer de la tarde de la vida encuentra digna compensación en el corazón grande y lozano de don Silva... Es cuando entre un deliquio supremo, piensa en que una virgen hará flo-

recer sus ilusiones adormecidas en vida apacible y pura, con un amor que le permita concebir el infinito... Dios... la eterna felicidad!...

Es la juventud que habla por el eco de un idealismo sublime, cuya misteriosa consagración ávido espera, con la conciencia de que el tiempo no ha transcurrido para él, porque siente henchido su corazón del fuego sagrado que lo abrió a las nobles pasiones de los veinte años.

Esta perpetuidad de la juventud por el amor puro; esta especie de transfiguración a impulsos de ese soplo divino que hace vibrar todas las ilusiones del pasado como arpegios que por primera vez levantan al alma, es tan remota como la generosidad de la primera mujer que cedió al amor de uno de esos corazones sanos.

Pertenece a la mitología de los griegos, quienes parece la hubiesen escrito en la puerta de su Olimpo para realzar la gracia de sus dioses. Ellos hacían decir a sus primeros poetas que "el amor tiene las riendas del imperio del mundo." Y por los romanos puso Virgilio en boca de Anquises, a los pies de Venus, estas dulces palabras:

"¡O quam memorem, virgo; namque hauc tibi vultus mortalis, nec vox hominem sonat..."

Y después... después el recuerdo, que acompaña en las horas leves, en las noches últimas, como armonías gratísimas que iluminan el más allá de la vida donde vibrarán eternamente!...

Es entonces cuando recién se siente la fruición del recuerdo de la antigua llama. El dulce San Agustín llora en sus confesiones ante el *Agnosco veteris vestigia flammæ* de la infortunada reina de Cartago. Y yo he visto llorar a Sarmiento cuando leía la desesperación amorosa de Dido ante la partida de su inexorable Eneas.

Estoy seguro que su corazón sensible se estremece amablemente ante esta endecha amorosa de esa reina de corazón grande, que así traduce nuestro don Juan Cruz Varela:

"Me miró. me incendió, y el labio suyo
Trémulo hablando del infausto duelo,
Más volcanes prendió dentro del pecho
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos."

No trasponga usted, pues, los sentimientos, ni varíe el orden de las cosas, ni use inmoderadamente de pretéritos que, por mucho que valgan, no valen lo que un presente. Recuerde que en mi presencia le dijo usted a una dama: "Señora, ¿le consta a usted que yo he experimentado mi último amor...?"

II

Antes de presentar a los actores, describe usted el teatro en que actúan, dándole fisonomía peculiar.

¡Aquí de la *gran capital* del sud!

Un hombre de notorios antecedentes como los suyos, un cultor del arte, empalidecería si no hiciese gasto de fina observación, de sutileza de espíritu y aun de ciertos chispazos de ingenio para dar colorido al escenario por el método experimental. Así habrían procedido Cœlio, Catulo, Curion, Dolabella y Pison, si hubiesen escrito sobre la sociedad romana de la época de César y Cicerón, de Augusto y de Ovidio... ¿Ovidio?... Tenga la complacencia de releer a Ovidio y de decirme si no encuentra analogías entre ciertas páginas suyas y las de ese poeta, sobre quien los años cayeron sin hacer ruido, *tacitis senescimus annis,* y que nunca

se mostró más chispeante que cuando en sus *Fastos* se prometió ser más serio.

Ahí de la *gran capital* del sud! Usted mete el escalpelo con mano pirovánica, corta, aparta, quiebra y lo hunde hasta el fondo; asienta los dedos, estimula los nervios, tritura la carne; y cuando ha obtenido el éxito buscado, suelta usted una risa que llega al oído de los operados como los gritos de las arpías que picotearon la comida de los compañeros de Eneas.

Citaré únicamente cierto orden de contornos. En la época a que usted se refiere, Buenos Aires era, en su sentir, una aldea de tejas, cortada por multitud de zanjones, por donde las aguas pluviales arrastraban hasta el sentido común del vecindario que, en general, comía muy mal. Celeste se pintaba el frente de las casas; y en los pasadizos, paisajes con pastoras que parecían furias, en medio de albahacas y bergamotas. Tras la indispensable puerta de reja había uno o dos mastines. Eran los que avisaban la llegada de visitas. Se observaba en los postes, a lo largo de las calzadas, el mismo rigorismo con que los ciudadanos estrenaban ropa negra el jueves santo. Por la calle Florida érales dado a don Francisco Chas y a don Martín Alzaga pasearse en las únicas calesas presentables que había. Tan inseparable como el sombrero era el farolillo, para orientarse por los pasos de bocacalle hasta la tertulia donde daban vueltas el *agrio* y el mate. Sólo era comparable a la influencia política de don Valentín Alsina o de Héctor Varela, la influencia social del señor Infiestas, quien había descubierto recién los guantes de cabritilla. Las bandolas se habían refundido en las tiendas de Bonorino, de Volar y de D. Pepe el Cabezón, verdaderos tiranos de la elegancia femenina. Nadie se acordaba ya de las tertulias de Da. Joa-

quina Izquierdo, donde don Juan Cruz Varela, Luca, Rojas y fray Cayetano, leían sus tragedias y poesías en presencia de doña Flora Azcuénaga, Isabel Casamayor, Remedios Escalada, Carmen Quintanilla, Antonia Palacios, etc. En cambio abundaban las comilonas político-pantagruélicas, aderezadas con la lava del Chimborazo que ardía en el meollo de Lacasa, con los rayos de las tempestades de Mármol, y con la elegía de Aniceto el Gallo. Verdad es que *Oscar y Amanda,* los *Amantes de Teruel, Matilde* y la trilogía de *Los Mosqueteros* hacían estragos, más o menos ruidosos, en el romanticismo militante; que las gentes cambiaban su nombre de pila por el de un héroe o heroína de novela, lo cual era más trascendental que decir "los dos fósforos" por "i due Foscari", o llamar al doctor Vélez Sársfield "el señor Federis Arca". A la Pretti, la Biscacianti y Vacani, habían reemplazado la Nina, la Medea y Lelmi, como a la Alvara García, Culebras y Rosquellas reemplazaron la Duclós, Fragoso y Enamorado. *La Reina de Chipre* era la delicia de la grave aristocracia en el teatro de la Victoria. Lo más selecto acudía al teatro Argentino a llorar convenientemente en *Espinas de una flor,* arrojando pañuelos húmedos y conciencias blandas a los pies de Matilde Larrosa. En las noches de baño, en la playa junto al muelle, las ondas sonoras llevaban las endechas de Lola y de don Diego, que acompasadamente los aficionados repetían entre bocados de un asado de cordero y de una empanada saboreada con los dos dedos con que se toma la narigada...

III

Al introducir al lector en esa escena, tiene usted la originalidad de dividir las beldades que la lle-

nan en tres grandes grupos o familias que escaparon a Linneo. "Para evitarme a mí mismo confusiones y desengaños a las veces irremediables,—dice usted—he partido siempre de la base de que en el trato social debía ajustarme a las exigencias que derivan del género de belleza respectiva que luce la mujer. En mi sentir ésta puede dividirse en belleza imponente, familiar o presentida, y primitiva. Puede haber más categorías, pero con las mencionadas ya hay a que atenerse."

Estos capítulos valen un libro. Sólo que, por un anacronismo romántico, presenta usted tipos modernísimos que, a fuer de conocidos, nos permiten ver la exactitud de algunas de sus conclusiones.

Por ejemplo: describe usted la sala del teatro de la Victoria en la noche aquella de la batahola entre los partidarios de la Nina y los de la Merea: en el palco donde usted departe hay una dama "cuya fisonomía marmórea, cuya mirada fría como lámina acerada que penetra hasta el hueso", se le *impone* a usted a punto que, desde hace tiempo, nota usted que hasta las palabras se le dan vuelta en la garganta. Con un ademán desdeñoso, con un monosílabo seco, casi estridente, ella le hace balbucear vulgaridades, y usted se pregunta si efectivamente lo sugestiona para mantenerlo en su presencia en un estado de cuasi imbecilidad.

No es difícil reconocerla por el retrato que de ella hace usted acentuando un tanto el pincel. Es la misma cuya madre debió usted haber presentado como modelo de amable buen tono. Si yo fuese susceptible de ciertas impresiones, diría que me ha producido impresión análoga. Sólo que al oirla hablar sin que se le mueva un músculo, y ante sus miradas fijas e impregnadas de cierta dureza que da frío, en vez de una lámina acerada, yo veo dos. ¡Pero es bella! Lástima que no tengamos por mano

de Gustavo Doré el retrato de Goneril, de Regana y demás mujeres de Shakespeare!

El mismo anacronismo noto en su tipo de belleza *familiar* o presentida. De éste no tengo duda, porque recuerdo que, sin que atinasen con el motivo, me la indicó usted la otra noche en el salón del Tigre Hotel.

Llama usted bellezas familiares a aquellas damas que dispensan a uno desde luego cierta cordialidad y bien entendida confianza, y a quienes se antoja que uno conoce desde hace ya mucho tiempo, como si en efecto las hubiese presentido. El tipo que usted presenta es bellísimo. Con razón dice usted que ese rostro tiene su parecido en las miniaturas pintadas en los abanicos antiguos.

"Yo no sé si es ilusión, agrega usted con verdadero entusiasmo, pero me ha sucedido más de una vez encontrar en ciertas flores un singular parecido con el rostro de ciertas mujeres. Al contemplar la más espléndida colección de orquídeas que se puede presentar en Buenos Aires, me detuve ante una en cuyo fondo sonrosado creí ver un rostro iluminado con el fuego del infierno. El rostro de la que sirve de tipo a mis bellezas familiares o presentidas, se retrata en una margarita blanca."

La categoría de las bellezas *primitivas* es la más escabrosa. Aquí la emprende con ciertos usos y modas que en su sentir trastornan completamente las ideas respecto de la gracia de la mujer.

"Es preferible, dice usted, la mujer de Cervantes a la mujer de Bentham; la mujer que cose y reza, que se ruboriza, llora y vence con la dulzura, a la mujer que tira al blanco y se desenvuelve a impulso de la vanidad de saber hacer lo que los hombres hacen; que habla de negocios y de fisiología o anatomía y tritura la mano al apretarla

entre las callosidades del remo o del trapecio. Hay gentes que creen de buena fe que sus hijas no se desarrollarán convenientemente sino mediante los ejercicios propios del hombre. Siguiendo la escala, hay que deducir que el ideal paternal se logrará cuando sus señoritas alcancen el desenvolvimiento muscular del señor Raffetto (a) 40 onzas! Atroz, atroz, atroz''.

IV

Dedica usted algunos capítulos a las series de contrastes que ofrece nuestra sociedad en vías de transformación, por la acción de las diferentes razas que en ella se van fundiendo.

Y en el parangón que usted hace de hogaño y antaño, su imaginación abarca todo un estudio social cuyos motivos salientes se prestarían a reflexiones un tanto pesimistas, si ellos no proviniesen indistintamente de todas las sociedades. No son males nuestros: son males del siglo que, por fortuna, terminará en breve.

Usted es cartilla abierta, y se hace leer con avidez cuando, para resumir, se detiene en el bien que determina para el hombre la influencia que sobre él ejercita la mujer. A la luz de la sana filosofía hace usted resaltar el contraste que, en general, ofrecen los hombres en sociedad, prosternándose ante otro hombre, sobrellevando sin sonrojos el predominio completo o la tiranía vergonzante, pero resistiendo entretanto la influencia benéfica de una mujer.

''No es sino después de una lucha entre la dulzura y la obcecación, que ceden a esa influencia, dice usted, dando con ello, quizás, la mejor prueba de sentido común. Asimismo pretenden todavía en-

gañarse y engañar, como no lo pretenderán nunca cuando se trata de un tirano, por ejemplo. Y sin embargo, nunca cometen mayor cantidad de tonterías que a partir del momento en que esa influencia llega a faltarles''.

Deseos no faltan de seguir, pero es forzoso detenerse aquí. Su libro será muy leído. Está escrito con savia juvenil. Y con tal arte se desenvuelven ciertos tópicos que bien podría aplicarse al autor aquello de *magister de lapidibus vivis*, como llamaba Paul de Saint Victor al autor de la *Leyenda de los Siglos*.

ADOLFO SALDÍAS.

25 de Enero de 1891.

LAS BELDADES DE MI TIEMPO

INTRODUCCIÓN

A mis simpáticas lectoras, y si acaso... a mis lectores

Este libro, o como ustedes quieran llamarle por su forma, sale a luz sin pretensiones de ningún género, como si dijéramos huérfano; no causará dejos amargos a nadie, por la muy sencilla razón de que no tiene principio ni fin; como quien diría, sin pies ni cabeza.

Y podría caracterizarse también con la cuarteta de Fray Gerundio, que dice:

"Se toma como jugando,
Se empieza como naciendo;
Y va creciendo, creciendo
Lo que entró, burla burlando."

Cuando en el seno de la amistad refería yo algunos cuentos o episodios alegres de mi vida viajera, a mis amigos íntimos, a la hora en que cumplía 48 *años a Oro,* me incitaban a que los publicara y con ellos mis impresiones en un libro. Al efecto, remití algunos apuntes a mi distinguido amigo el notable publicista, doctor don Adolfo Saldías, que adelantándose a mi propósito publicó el precioso artículo prestigiando la idea en que principia la obra, en el

428971

diario *La Nación*, y obligándome así, en cierto modo, a realizarla, lo que tal vez no habría hecho sin esta especie de aguijón, porque ante todo me precio de perezoso.

En prueba de mi última aserción, pasaban los días y los meses, y el propósito se envejecía a la par del autor.

Hacer un libro de cuentos de cosas viejas, podía parecer un colmo de vanidad, pues no es otra cosa que parodiar a las modistas de confecciones, que con un montón de trapos y de retazos, de más o menos lindos colores vivos, hacen un vestido con título de *nuevo;* pero que si se le examina, no tiene valor alguno, ni intrínseco, ni artístico.

Así es este mi libro, el cual si fuere acogido con benevolencia, como parece que lo fueron los capítulos sueltos que el distinguido *Argos* publicó en su amena sección del diario *La Nación,* colmaría las esperanzas del improvisado autor, alcanzando un éxito piramidal.

Pero si no fuese así, y el respetable público lo recibe con indiferencia o frialdad, daré un fiasco colosal que a ninguno habrá hecho mal, si no es a las finanzas del autor, finanzas ya muy comprometidas por la crisis actual.

¡Qué más quieren ustedes que les diga!

SANTIAGO CALZADILLA.

Buenos Aires, Julio de 1891.

CAPITULO I

La necesidad de dar a mis elucubraciones hasta donde posible sea un orden cronológico, me obliga no sólo a invertir el de los capítulos, sino a rectificaciones y supresiones indispensables en favor de mis lectoras.

Cuando se ha vivido mucho, y se ha observado mucho también, es de ver el espíritu de despilfarro de la vida de que hace alarde la juventud de estos tiempos, sobre todo la del sexo femenino; por el apresuramiento de las madres para hacer figurar a sus hijas en el torbellino de las fiestas, de que se separaron durante su educación y su crecimiento. Si es bonita, la presentan a los 15 años a las miradas curiosas de la sociedad, a gozar con ellas de las ventajas de su aparición repentina e inesperada. No piensan que colocan al precioso retoño en la falsa posición de que apareciendo tan temprano se le tome después por de más edad que la que realmente tiene.

Es un principio inconcuso, que el que comienza temprano, acaba temprano también; y que a fuerza de mostrarse en todas partes una señorita, pierde el prestigio de la novedad cuando le llega la época en que la mujer está en la plenitud de su crecimiento como de su belleza; que es a los 20 años

a lo menos. En apoyo de lo que vengo exponiendo estamparé aquí un diálogo que al respecto no le falta oportunidad:

—¿Quién? fulanita.

—¡Sí!

—¡Pues si tiene más de 30 años!

—¡Qué ha de tener 30 años, doña Escolástica, si esa niña es de ayer!

—¡Pues misia Cándida, si está usted equivocada! Hace *diez* años, cuando menos, en aquel baile que le dieron a Sarmiento en el Progreso, fué una de las más festejadas y la pusieron en la crónica... hasta dijeron que se casaba, porque anduvo toda la noche de temporada con Pedrito, mi sobrino.

—Pero usted vió que no se casó... ¡y todavía no tiene novio!

—¡Perfectamente! y desde entonces figura, y no sería extraño que ahora la sacaran entre las bellezas de aquel tiempo cuyo libro se anuncia...

. . . . . .

Las ventajas de la educación europea al respecto son incuestionables. Por eso la vida de la mujer que entre nosotros termina a los 35 años, allí dura hasta los 60, porque las jóvenes no salen a la sociedad sino bien preparadas y fortalecidas por la edad. Así la vida de la madre es más extensa y más duradera, pues cuando se presenta con ella lo hace como una amiga, y no con una niña inexperta a quien es preciso enseñarle hasta el sentarse bien.

No ha mucho asistía en Burdeos a un baile, y vi señoras de más de 50 abriles que valsaban como unas jóvenes, y se hacían admirar (buenas mozas todavía), más aún por la cultura de su trato y el encanto de sus maneras que por el lujo de sus tocados y el brillo de sus joyas.

Por eso allí la mujer no pierde sus formas plásticas, ni engorda desmesuradamente, como sucede

a nuestras señoras, hasta llegar muchas de ellas a la obesidad al quinto lustro. El abandono y la falta de coquetería en una mujer es su peor enemigo.

¡¡Es preciso reaccionar, pues, a toda costa!! Y no me digan a fe que esto no es regla infalible por algunos casos aislados, *verbi-gratia*: la bellísima Agustina Rozas de Mansilla, dicen que se casó a los 15 años, y ha durado hasta hace poco; lo mismo que su rival la señora Avelina Sáenz de Sáenz Valiente y Manuela Machado la cordobesa, porque estas mujeres encantadoras son la excepción de la regla. Fueron estrellas rutilantes que brillaron en el cielo argentino de tal manera que el astrónomo de aquellos tiempos, el clérigo don Bartolito Muñoz, que observaba los astros y era el que hacia los almanaques, las puso (por equivocación, sin duda, no creo que por malicia) en el catálogo de las constelaciones más brillantes del cielo austral.

También es un principio higiénico para la belleza de la mujer, y para contribuir a vigorizarla, para llenar su gran misión maternal, el de fortalecerla durante su desarrollo, ha dicho Larrochefoucauld, si queremos que nos den ópimos frutos o sea generaciones fuertes y viriles, antes de entregarlas en tan tierna edad a los embates de las pasiones que vienen desgraciadamente sin buscarlos, demasiado temprano en este mundo bendito!

Y con perdón de ustedes me sacaré a ejemplo yo mismo, que estoy escribiendo este libro de los recuerdos de una vida agitada y viajera, como ha dicho mi brillante biógrafo exponiendo el éxito de mi obra, con un elogio inmerecido, a que no la terminen y juzguen las que tanto se empeñan en hacer figurar antes de tiempo a las jóvenes, lo que vale a la humanidad, el hacerlas despertar lo más tarde.

Es verdad que también es cuestión de temperamento, como decía Tartás, el asiduo asistente a todos los funerales que terminaban acompañando a los doloridos a la casa, y que los obsequiaban con sabrosas jícaras de verdadero chocolate, ofrecido con marcadas muestras de agradecimiento. En aquel entonces no se almorzaba de tenedor como ahora, en que se hace una verdadera comida, y el obsequio de los funerales era un aliciente para no faltar a la cita (los más). Ahora todo ha cambiado, y ya no hay atención ninguna con el que se molesta dejando sus ocupaciones más premiosas y se contentan con sólo poner estas sacramentales palabras: ¡EL DUELO SE DESPEDIRÁ EN LA PUERTA DEL TEMPLO! *¡Unica invitación!...* de invención moderna, fruto de la época de las luces y de las cruces, con lo que todo termina y se van los doloridos derechito a ver y escudriñar la herencia que les dejó el difunto.

Pero vamos al cuento.

Yo atribuyo la larga vida que desde tantos años me viene atravesando, 48 años... a oro, según agregó mi excelente amigo el señor ministro de Chile, don Guillermo Matta, que oyó la cifra; y que también estoy dispuesto a dársela de barato. La inocencia de mis primeros años y los hábitos de buena educación, cuyo cuidado tuvieron mis padres, sin ejemplo entre los de mi edad, seguramente dieron su fruto. Ahora voy a entrar en materia, y que no se me enojen los personajes biografados que presento si salen como eran entonces, en que no había ni polvos de *riz* ni *veloutine* para tapar los defectos del rostro y de la edad.

A mis 18 años, en que ahora los jovencitos imberbes pasean en caballos ingleses con el estribo en la garganta del pie, como dicen que les han enseñado en la equitación, y que les hacen guiños

a las pollitas como si fueran hombres; en esta época me puse el primer casaquín, especie de jaquet que me duró hasta los 20 años, en que recién comencé a perderles el miedo a los difuntos. Buen cuidado tenía yo al acostarme, de registrar debajo de mi cama, a ver si se había escondido el diablo y que me pegara un susto después. ¡Oh! qué tiempos aquéllos tan dichosos; y éstos ¡¡cuán calamitosos!! pero cómo ha de ser!... todo se ha de componer, como dice el presidente cada vez que le llega la ocasión de echar un párrafo sobre la situación financiera que nos consume.

En 1836 los barrios del sur de Buenos Aires eran el Saint-Germain de la aristocracia porteña. Las familias de Darregueira — de don Antonio Sáenz, rector de la universidad (en el convento de San Francisco),—la casa de los Luca — la de correos regenteada por uno de ellos, cuya esposa la señora doña Isabel Casamayor, fué una de las mujeres más cultas que acompañada de las distinguidas señoras Lucía Riera de López, y doña María Sánchez de Mendeville, fueron de las que fundaron la Sociedad de Beneficencia instituída por Rivadavia (que también vivía frente al paredón de Santo Domingo en ese barrio). La familia del cantor del Himno Nacional don Vicente López y Planes, las de Esperón, la de Agüero, la de Sarratea, la señora Pascuala Beláustegui de Arana, la gran casa de don Juan Vivot frente a la iglesia de los Belermitas transformada hoy en casa de moneda, donde dicen que se fabrican los argentinos de oro de cinco duros, de los que muchos, como yo, no hemos visto ni la muestra.

También se encontraba aquí la gran casa de la señora doña Juana Cazon, casada con don Joaquín Almeida Portugués (alias, *maneta*). Vivía y murió en la casa de su propiedad calle del *Perú* es-

quina a *Belgrano,* que era conocida por de la virreina vieja, y hoy está en ella el Monte de Piedad. Al morir, el año de 1848, dejó esa casa a la administración de la Cofradía del Santísimo Rosario, para que de sus alquileres se hicieran cuatro partes: una, para el hospital de mujeres; otra, para el de hombres; otra, para la Santa Casa de Ejercicios, y la última para que la misma Cofradía costeara la misa de *Una* todos los domingos y días de fiesta en Santo Domingo, y además una función anual al Patriarca San José. Lo que se ha estado cumpliendo por sus Mayordomos y se cumple actualmente como el primer día.

Esta misma casa tiene al frente de su puerta principal un escudo de nobleza perteneciente a la familia del padre del Obispo Medrano, rótulo que está cubierto por el gran tablero anuncio del *Monte de Piedad.* Las temporalidades, frente al Mercado Central. Todo esto apiñado y formando el centro de los *estrados* más distinguidos de aquel tiempo inolvidable, pero que muchos no recuerdan, sin embargo.

Pero sigamos. La familia de don Martín Alzaga; la del general don Félix Alzaga; la respetable señora doña Damacia Caviedes, en su casa esquina frente a la iglesia de Santo Domingo, donde había el café de este nombre. A la derecha de la misma iglesia la linda señora del ministro Tagle, doña Máxima Olmos, los Martínez de Hoz, la casa del general don Eustoquio Díaz Vélez, que se ha hecho célebre por la invención de aquella exclamación convertida en aforismo argentino: *"pobre patria en manos de mi hijo Eustoquio".* La de la señora doña Joaquina Izquierdo, donde se daban tertulias científicas de literatura y música; mujer muy instruída en achaques de literatura. La familia numerosa del señor don Vicente Casares, cuya hi-

ja Agustina, notable belleza de aquel tiempo, fué también una de las más elegantes amazonas que jineteaba en briosos y asustadizos caballos criollos de la pampa; siempre acompañada de los dos buenos amigos, su señor padre y el mío, don Santiago Calzadilla. En fin, esta relación sería interminable, pues como he dicho ya, aquí estaban la flor y nata de aquellas familias aristocráticas que todas se conocían, sin que ninguna, ni aun teniéndolo, se pusieran el *"de"* del título nobiliario con que hoy quieren aparecer disfrazados *"ilustres desconocidos"*, como dice Mansilla.

Pero, cómo dejar en el olvido el bazar de Infiestas, donde se vendieron los primeros fósforos de cera, que como una novedad vinieron a meter barullo en aquellos tiempos; y el célebre baratillo de *Cagan Dando* y una fábrica de cristales que lapidaba vasos, en ese edificio de las Temporalidades, esquina de Perú y Alsina, que también fué asiento de la filarmónica!

¡Y las confiterías!

Pero hasta las casas donde se elaboraban las más ricas masitas (en el puente de Las Beatitas), que se llevaron el secreto de la receta con gran desesperación de Manuel Tobal. Las tortas apetitosas, y los célebres pastelitos de hojaldre finísima de los Granados, que no se necesitaba el olfato de Caliba, el célebre rastreador, para dar con la alacena que los guardaba.

De esto, y muchos más encantos positivos de una existencia tranquila y honorable, se gozaba por aquí en los barrios del sud.

¡No había bancos, esta carcoma que nos ha liquidado a todos! Ni menos Banco Hipotecario!! ni de descuentos!! en que muchos no han descontado sus figuras, de miedo de que los secuestraran y no pudieran seguir descontando más.

¿Y las tertulias de aquel tiempo? Pero esto sí que era agradable, sin más obsequio que un rico vaso de agua fresca del aljibe, con panal; el mate, la alegría y el bienestar, para las autoridades que campaban por sus respetos; y si se oía hablar de que alguien se había suicidado, era allá por la muerte de un obispo, y nadie moría enfermo del corazón, como ahora, ni de la bala de un rémington. Pero volvamos a mi cuento. Yo no tuve hermanos, y la autora de mis días, que en sus maternales sentimientos no se conformaba con no haber tenido una hija, viendo la inocencia de mis juegos y de mis procederes, me solía vestir de mujer a los 13 años, y aun me acuerdo como si fuera ahora del contento con que salía a la calle a lucir un vestido claro, y un sombrero blanco de paja de Italia adornado con una pluma colorada que decían me sentaba muy bien.

Me enseñaron a leer en escuela de mujeres, o cuando más en algunas de ambos sexos, que frecuenté hasta grandazo como era, y aprovechando de mi traje, estuve cerca de un mes en la escuela de las de Ituño, y en la de la señora Cabezón, en donde me comenzaron a enseñar a bordar, pues llevaba el bastidor junto con los libros; hasta que las maestras maliciaron, y mi madre declaró que nada tenía de extraño este traje, vista la inocencia de mis gustos y de mis propensiones, pues mis juegos eran siempre con las niñitas más chicas y con las muñecas, de que teníamos reunidas una gran colección que conservé por mucho tiempo hasta que *¡desperté!...*

Después *¡quantum mutantur ab illo!* Pero para terminar este capítulo contaré una historia de aquel tiempo para aquellos que les sigue haciendo cosquillas la idea de anteponer el *de*, a su apellido, sin tener una propiedad o edificio a que arrimarlo.

Había entonces muy pocos carruajes, y menos para alquilar. La sola cochería que existía era una en la calle hoy de Alsina, frente a la gran casa que fué de don Joaquín Belgrano, y era su único dueño un pardo llamado *maestro Roque,* de la casa de mis abuelos maternos; fué fiel a su ama en la riqueza, y la llevaba con todos sus nietos en un gran coche que fué de la Virreina Vieja, a presenciar los fuegos artificiales en la plaza de la Victoria, allá por los años 1828 a 31. Era muy lujoso este coche, pues llamaba la atención con sus cuatro pares de mulas negras, a la Daumond, y por el traje de sus jockeys negros.

El maestro Roque había hecho fortuna (que fué lo que le perdió). Pues el diablo, que en querer tiene muchas sutilezas, le tentó por las grandezas, y todo lo echó a perder. No sólo era el único carrosero que había, sino que también era maestro de piano. Vestía de un modo original, con un traje especial y una capa larga color polvillo. Usaba un sombrero de tres picos a la antigua moda, y todo reunido daba autoridad a su persona y a su profesión.

Pero se le metió en la cabeza comprar un título de nobleza, y mandó a España a buscar el Don. Bien caro lo pagó, y vino el título. La maledicencia, que siempre es joven y no envejece, se cebó en él, y en vez de llamarle don Roque como lo pretendía, le llamaron Roque-don... maldad que mucho le afectó, y murió al poco tiempo por esta ingratitud de sus conciudadanos.

CAPITULO II

Después de borronear el capítulo VI de mi libro, escrito de color de rosa, es cuando he tenido que introducir las modificaciones de que hablo en el I; no porque encierre nada de escabroso, que a la más culta dama pueda ofender: pues lo malo sólo está en la manera de ver las cosas; sino porque me vuelvo a mis antiguos barrios del sud, tan queridos, por los recuerdos de las primeras tertulias a que me permitieron asistir mis padres; eso sí:—¡ya de pantalones!—que fué en la casa de las señoras de Sáenz, una de las cuales era, nada menos, la madre de las prestigiosas señoritas Dolores y Elvira Cortinas, beldades de las de mi tiempo, en cuya casa se daban esas divertidas tertulias de confianza en las que se valsaba mucho... pues aun no se conocía la polca.

Esto de tocar el piano es la cosa más socorrida del mundo para un joven; yo asistía a estas fiestas semanales, y tocaba para bailar, concediéndome en pago de tan gran servicio, dar con cada una de ellas unas vueltitas de valse para lo cual se turnaban, y después... al piano a tocar esas largas y divertidas contradanzas, después de los minuet (composiciones las más de don Juan Pedro Esnaola, y una de Alberdi que se titulaba *El Llo-*

rar de una bella), con las cuales las señoras más caracterizadas rompían los bailes con esa gracia de aquellos tiempos en que las amigas se saludaban con efusión sincera, diciéndose: ¿cómo te vá che, de amores?, pero sin morderse, dándose y recibiendo esos besos ridículos de ahora hasta con las señoras viejas, sin acordarse de que Chateaubriand, recomienda mucho que se respeten las *ruinas*.

Esos besos, decía, tan desprovistos de verdad por lo mentidos, de que se hace un abuso intolerable, y peligroso por el contagio de las enfermedades... etc., etc. Ni tampoco andábamos de mano dada, con todo ser cristiano que se encontraba en el salón, pues esto, en las señoras, era un favor acordado a la intimidad de las amistades y no concedido a granel como ahora, en que las manotean que es un gusto, ¡y con qué manos... sin guantes! y ásperas como papel de lija...

Tampoco se caminaba a la francesa; ni había Mme. Carrau, ni otras hierbas caras por el estilo, sino que se caminaba a la criolla con la gracia natural de aquellas esbeltas mujeres que dieron al traste con cuanto inglés vino al país a comerciar y salieron boleados, pues les hicieron rendir la cerviz a sus naturales encantos.

Si mi memoria no me es infiel, fueron éstos: los Robertson, los Parish, los Gowland, los Miller, los Billinghurst, los Makinlay (Eduardo y Daniel), los Wáshington, etc., etc. ¿Y por qué no inscribirlos a todos, como en las efemérides, si todos ellos cayeron en el garlito? (1)

¡Mr. Britainh, a quien debemos la introducción de la pera de agua, que se reprodujo muy bien en su quinta de los bajos de la residencia!

Los Atkinson y Plowes que tuvieron su casa de

(1) Véase la nota núm. I al final.

comercio y de lujosa habitación en la calle de la Florida frente al establecimiento de música de Rodríguez. Sus salones en aquel tiempo fueron una especie de club, en donde se reunían los *leones*, y el señor don Juan P. Esnaola, nuestro gran pianista y clásico compositor, hizo sentir sus inspirados valses, y aplaudidos minuetes, en los pianos de Collart y Collart, o de Brodouet, que fueron los que ellos introducían al país.

Y las composiciones clásicas como su célebre miserere-mei, y sus misas, las tocaron en las iglesias, que en nada desmerecían de las renombradas de los mejores clásicos de Europa.

Los Tomkingson, los Stegman, los Downes, don José y don Juan en 1816, que la gente españolizó el apellido y los llamaban Obes, de donde salieron los Gelly y Obes, y los Herrera y Obes. Los Riardo Carlaisle (en 1822), don Diego Barton en 1805, y don Tomás Sillitoe en 1820, y Mr. Roberto Robertson.

Los Douguist, Mac-Lean, Brownell, Thwaites, Fair. Los médicos O'Ghan, Lesley y Brown, y tantos otros cuyos nombres se me escapan.

La mayor parte de éstos vinieron de Inglaterra para casas poderosas de comercio, y no como ahora, que solo vienen los dependientes, y los patrones se quedan allí...

. . . . . .

Pero pasemos a otros acontecimientos con la descripción de las tertulias de las de Sáenz, en las que no faltaba el bastonero que arreglaba por tarjetas, muy solicitadas y concedidas, el baile próximo a ponerse. Este bastonero, que también echaba su manita en el piano, era un pariente de la casa, de apellido Arzac, hombre de buena pasta, que era bastante sordo y que decía que todo lo que tocaba *¡lo tocaba de oído!* Como también se admiraba de

sí mismo, de haber estado en la batalla de Ituzaingó; y repetía a todo el que quería oirlo; "¡¡quién había de creer, che, que yo estuve en la batalla de Ituzaingó!!"... y por esto nos hacía entender a todos los muchachos, que las figuras que ponía en las contradanzas, muchas de ellas complicadas, las había *aprendido en aquella batalla*, y de aquellos hombres superiores, que después se llamaron los generales Paz, Mansilla, Lavalleja, Olavarría, Brandzen, etc., etc...

Qué mentir, ¿eh?... Pues la táctica que allí emplearon fué la de don Primitivo Barajas, la de arrimar fuerte y parejo, cada uno por su cuenta por el juramento de vencer o morir, que dió el triunfo de este día memorable para nuestra patria.

Pero si no hubo, propiamente hablando, general en jefe que sacara provecho de la victoria alcanzada, en cambio hubo sí, uno digno de ella, en el poeta don Juan Cruz Varela, que a imitación del gran canto a Junín, de don José Joaquín de Olmedo, describió en magistrales estrofas las hazañas de este día memorable para los argentinos en los campos de Ituzaingó. Estrofas que no puedo menos de copiar algunas de ellas, para aquellos que no las conocen, pues estoy seguro que son los más.

Comienza así:

"Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente
Y atónita se lanza en lo futuro
Y la posteridad mira presente."

"¡O porvenir impenetrable, oscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo,
Que ocultó tus misterios a mi anhelo,
Partióse al fin, el diamantino muro

Con que de mi existencia dividíes
Tus hombres, tus sucesos y tus días."

. . . . . .

Pero volvamos a los ingleses que me van a dar un buen contingente a estas observaciones, como deben suponerlo, pues vinieron con mucho dinero siguiendo al primer empréstito de 4 millones de pesos, que nos hizo Inglaterra con la mira (porque por lo sabido se calla), de acapararse el comercio de la España de la que nos emancipábamos.

Mr. Woodbine Parish, el ministro inglés, que hizo el tratado de comercio con la cláusula aquella de ¡¡la nación más favorecida!! y que (qué diablo fué el inglés) nos reconocieron como nación independiente de los reyes de España, tuvo aquí un hijo, Franc, que casó con una linda mestiza de las de Miller y Balbastro—porteño que hoy se hace (como todos estos infieles a su patria), súbdito de la reina Victoria, en vez de hombre libre de una sección americana que alumbra el sol esplendente de la libertad. (¡Según los poetas!)

Pero estos diablos de ingleses que se enamoraron de las criollas, sufrieron por partida doble (que traían ya en sus libros de negocios) las penas de San Clemente.

En primer lugar, porque todas las muchachas tenían ya novios del país a la vista, y no como ahora que con la crisis, ni a la vista tienen uno; y ellos, los ingleses que venían con el riñón bien cubierto, figura gráfica, invención de Mariano Billinghurst, que quiere decir que venían con mucha *miñoca,* tenían, igualmente, el inconveniente de que ni jota entendían de lo que les decían. Pero como el amor es tan socorrido y tiene tantas arterías, al fin llegaron a entenderse con ellas; no con las mamás que los tenían por herejes, que se

iban a condenar, y por esto no podían casarse con las criollas que eran católicas y apostólicas romanas. No los dejaban entrar a las casas, y en muchas de ellas pusieron un criollo fiel (un negro) en la puerta con un buen zurriago para que les cascara de lo lindo, si intentaban pasar por la vereda.

Sin embargo, hubo entre ellos uno más diablo que los otros, que se dejó de andar por las ramas y se fué al tronco. Lo nombraré, porque el caso es uno de los más aplaudidos de aquel tiempo inolvidable en que al pan le llamaban pan, y al vino, vino; y de que me acuerdo como si fuera ahora mismo.

Fué este héroe mister John Tompson, el primer marido (porque en segundas nupcias casó con Mr. Mandeville, francés) de la espiritual señorita doña María Sánchez, casamiento a que se oponían sus padres por achaques de religión, pues siendo judío el inglés se iría al infierno la niña.

Pero el inglés que no era lerdo, parodiando al duque de Buckingham con Ana de Austria, se entendió con el aguatero de la casa, pues, como es sabido, en esos tiempos, no había aguas corrientes, ni pestes; y tomando su traje y pintándose la cara de sucio, para que la mamá (todas las criadas, como sucede, estaban en el secreto) no lo conociera, entraba a la casa a distribuir y llenar el baño para su Dulcinea, que lo esperaba con cariñoso anhelo, a recoger una miradita siquiera, del rubio inglés, y darle un pellizco de esos que daban entonces a manera de cariños, como para advertirles que no se desmandaran diciéndoles algo que diera al traste con el recurso inventado.

¡Y dicen que ahora las gentes son tan vivas y tan diablas!

Pero al impedimento, vino la corte romana, que le sacó al inglés unos buenos pesos para misas; y lo dispensó de irse al infierno, abriéndole las puertas del cielo, concediéndole la mano de la brillante porteña que recibió por partida doble también, al inglés y a los pesos, regalándole él una manzana de casas, esquina de Florida y Cuyo, al norte, y de Cangallo y San Martín, al sud—a los cuatro vientos del cuadrante. La prenda merecía esto y mucho más. ¡Qué ejemplo para nuestra actual generación, en que tan cambiados están los roles!

Este enlace fué suntuoso, y fueron el fruto de unión tan deseada el literato don Juan Tompson, que obtuvo un puesto distinguido en las letras y en la academia española, y varias hermanas que figuraron como matronas en la culta sociedad de aquellos tiempos.

Pero sigamos con mis ingleses, que no los suelto a dos tirones, por ser bocado sabroso que me va a dar abundante tela para mi obra empezada.

Como esos que he nombrado andaban alborotados, según la expresión de mi querida amiga doña Brígida Castellanos, a la vista de tanta linda criolla de ojos y cabellos negros como en noches tempestuosas, les referiré como, en agradecimiento a las muchas atenciones recibidas, dieron un gran baile, poniéndose a la cabeza Mr. Robertson para corresponder así a los obsequios y agasajos de la sociedad a que pretendían incorporarse.

Tomaron para el efecto el patio que entonces llamaban de las Rancherías, donde hoy está el Museo, frente a la plazoleta del mercado viejo, que formaba parte del colegio de los jesuítas; y preparándolo regiamente con todo lo confortable del hogar inglés, dieron la fiesta, que fué de tanto lujo y tuvo tal resonancia, que repercutió en Londres, y hasta el *Times* dió cuenta de ella, cuya re-

lación no transcribo porque, desgraciadamente, se me ha extraviado el recorte. Y esto no es mentira, por más que muchos lo crean así, cuanto porque en el libro 9.º de historia del doctor Vicente F. López lo referirá con los colores del iris de su paleta de brillante historiador, lo que me releva a mí de hacerlo.

Pero sí puedo contarles, porque es de pública voz y fama, que entre otras originalidades y bellezas del tocador de las damas, encontraron en el ravissante toilette, y lo digo en francés para que lo entiendan mejor (los que lo sepan), una gran cantidad de preciosos zapatitos de baile, de raso blanco, para el caso de que alguna señora o señorita, necesitase cambiar los que llevaba. Pero como eran tan lindos, al fin de aquella noche inolvidable hubo una repartición general, y se los llevaron todos entre los numerosos obsequios, de dulces y de flores, con que se despidieron ellos de sus novias, pues de allí salieron muchos enlaces, que hoy conocemos, por los nombres extranjeros de las familias al presente.

En mi casa estuvieron guardados entre las monadas por mucho tiempo, pero no colgados en las paredes como hacen ahora, hasta con los platos, las fuentes, etc...

Entonces las familias tenían estos lujos de vajillas de oro y de la China guardados en sus alacenas para los días clásicos, de santos; pero no de muestras, como ahora, en las bandolas para la venta...

Y ya que toco este tópico, quiero llevarlos a la que fué la mansión lujosa de nuestro lord inglés, como le decían al señor don Miguel de Riglos, que tenía *de*, propio y no sobrepuesto.

Habitaba en su casa propia en la plaza de la Victoria, donde se vé esa gran balconada al lado

de lo que fué, hasta hace poco, la policía, que estaba arreglada con un lujo y un confortable deslumbradores: sedas, tisús, muebles dorados, y todo... ¿Y el comedor? (que es lo positivo) en donde se daban los más suntuosos banquetes! La vajilla, los cuchillos de los postres, eran de oro y de plata. Ninguno sabía mejor que el señor Riglos hacer los honores de semejantes fiestas.

Intimo amigo de mi señor padre y de mi tío, el señor don Gregorio Gómez, con quien había ido a Inglaterra en misión del gobierno, lleváronme varias veces a estas fiestas atrayentes que se quedaron grabadas en mi imaginación de niño, y que me han servido después para tener buen gusto y apreciar todo lo bello, pero no todo lo *mucho* como algunos zonzos o inocentes lo creen. Pues estoy a pie juntillo con Brillat Savarin, que dice: Dime cómo comes y te diré quién eres.

A esta balconada iban Manuela Rozas y Juanita Sosa, a ver salir la gente de las funciones de la patria, desde que este distinguido caballero, este ser, el más culto, si los había, sufrió resignado la tremenda tiranía de Rozas, sin poder abandonar el país; y de miedo, se hizo federal neto. El tirano lo nombró cuando vino la época de la calma en la que Agustina Rozas y Manuela, su hija, imperaron en su espíritu, defensor de pobres y de menores, de la catedral al norte, época de felicidad y bonanza para todos; pero de decadencia para el señor Riglos, que empezó a entristecerse y a declinar, hasta terminar sus días en el seno de sus amigos (después de la caída de Rozas), rodeado de las consideraciones de cuantos le conocieron, y sentido hasta no más. Murió joven para aquellos tiempos, pues sólo tenía 75 años de edad, ¡nada más!

Pero no sólo vinieron ricos homes de Alcalá, si-

no también industriales, y se estableció la primera sombrerería, por Mr. Pudicomb (en la esquina hoy de Piedad y San Martín), donde fué la armería de Bertonet y actualmente casa de lunch norteamericana.

Los primeros sombreros ingleses que vinieron decían en el fondo — water-proof — es decir, a prueba de agua, pero al primer aguacero que todos deseaban que les cayera encima, se los llevó el diablo, como a los del país, y fué necesario llevarlos de nuevo a planchar. ¡¡Y crea usted en el water-proof!!...

Con esta casa de sombreros, se introdujeron simultáneamente los dolores de cabeza, pues en el empeño de todos por andar con la galera inglesa, se tomaban aun chicas, y como no había, entonces, esas máquinas para tomar la forma de ésta, se hacían insoportables por mucho tiempo, hasta que con el uso y la traspiración se amoldaban ellos mismos.

Mientras tanto las gentes andaban cabeceando, y muchos con el sombrero en la mano, por el calor "decían", pero en realidad, por lo que les atormentaba el inglés.

La zapatería que también se estableció, llamó mucho la atención. No recuerdo en este momento el nombre del inglés, su dueño; pero se hacía notar por un enorme tigre que había en la puerta y que tenía en sus garras un zapato en actitud de romperlo, y un papel en la frente que decía así: "Con esa fuerza lo romperás, ¿pero descoserlo? ¡Cuando!"

Después, vino la sastrería de Dudignac y Lacombe, que se situaron frente a la casa, hoy, del señor don Andrés Lamas, y fueron los sastres de Rozas y de Quiroga. Pero estos episodios y otros más los dejo para el capítulo siguiente.

CAPITULO III

Voy a salvar una gran falta, un olvido, que cometí al publicar mi anterior capítulo, quedándoseme en la punta de la pluma el dar las gracias a mi inteligente contemporánea de 48 *a oro* como ella se dice, siguiendo la espiritual frase del señor ministro Matta (dimisionado), cuando yo le decía a una interesante señorita con quien en la mesa del doctor Tejedor, debatía algo muy del caso para mí, diciéndole que solo tenía 48 años cumplidos, y él observó que eran *a oro*.

Confieso que me desconcertó la salida, pues habiéndose cotizado ese día el oro en la Bolsa a 200 resultaba yo con 96 años, lo que era demasiado para un noviazgo en perspectiva. Yo festejé la broma como hombre vividor, pero me quedó la espina dentro como el dardo del Parto.

Después de mucho cavilar me dije: vamos con el recurso a la Corte Suprema donde están los jueces sabios para que resuelvan el caso. En intrincados acuerdos y resoluciones, dijeron lo siguiente: que faltando el adjetivo *sellado* después de 48 a oro; Estese a lo resuelto; y lo resuelto es a papel de curso legal, y entonces nuestros 48 a oro vuelven a su quicio, lo que me complazco en comunicar con efusión juvenil al darle tan grata nueva:

pues que damos en la buena edad del reposo, de la calma y de la reflexión para casarnos de nuevo desde que yo la creo viudita.

Salvado el incidente, vamos al cuento.

El general don Lucio Mansilla, mi jefe y amigo, actúa como secretario. Fray Gerundio, que no es otro que don Modesto de Lafuente, tiene a su Tirabeque, y yo que no soy menos que el uno ni el otro, tengo también quien me tire la lengua y me incite a ello, diciéndome: "¡patrón! está muy bonito aquello que escribió la última vez. Escriba otro, señor..." y quien esto me pide es nada menos que ¡Juanita!, mi sirvienta, que anda por casarse y en su apuro, siempre creciente porque le llegue pronto el suspirado momento de la partida, no suelta el traje de novia. En vano le digo yo: Mira, Juanita que se te va a poner viejo, y que a fuerza de usarlo tanto, cuando llegue el caso práctico lo vas a tener inservible. ¡Nada!... no hay razones que la convenzan... ella quiere andar siempre de novia y es excusado el consejo.

Esto mismo de que me estoy apercibiendo, respecto a Juanita, me va a suceder a mí con motivo de estas publicaciones sueltas de algunos capítulos de mi libro, que cuando salga a luz nadie me lo va a comprar, y voy a quedar lucido; ¡yo que creía redituar algo de mis obras literarias en estos tremendos tiempos de crisis que atravesamos!

Pero sigamos.

Ya en mi anterior capítulo, hablaba de la sastrería de Lacombe y Dudignac que vinieron de los primeros al país y se establecieron en la que es hoy calle de la Piedad, pues antes que ellos vinieran, las gentes se vestían de Europa o por los moldes que sacaban en las primeras gacetas que les venían a las manos, y no por medidas como ahora, tan llenas de líneas derechas, o curvas de que tan-

to abuso hacen hoy los sastres y los modistos; porque las señoras ya no se contentan con que sean modistas las que les tomen la medida, sino que han de ser *modistos* para que el traje salga más caro, aunque no mejor ¡¡pobres hombres!!

Por ese entonces vinieron también las pecheras para los caballos de las carretas que se tiraban a cincha; que les hicieron una guerra sin cuartel, como la hacen ahora los dueños de las lanchas al Puerto Madero que les quita la pitanza de sacarse dos o tres botellas de vino o de ricos licores de cada cajón en el trayecto a la aduana, a donde nunca llegaban en el mismo día, sino al siguiente, para trabajar de noche en su oficio.

Y para que no se crea que es invención mía, lo que dije—de que esta sastrería, era la de don Juan Manuel y la de Quiroga—voy a intercalar aquí una cuenta, cuya copia del original tengo de un amigo, en la cual figura la chaqueta azul que este último llevaba puesta cuando fué asesinado el 20 de febrero de 1833 por Santos Pérez, fusilado, a su vez, en compañía de los Reynafé, en la plaza de la Victoria; y un año después, para ocultar el crimen de complicidad, o mejor dicho la iniciativa del mismo Rozas en aquel asesinato, como es de notoriedad.

He aquí la cuenta:

Su Excelencia don Juan M. de Rozas.

A Lacombe y Dudignac

A saber:	1830	*Debe*
Agosto 27.	Un chaleco de lanilla color ante finísimo . . . . . $	35

Un pantalón de paño azul con franjas bordadas	$	140
Un chaleco de seda color pasas . . .	”	35
Una chaqueta de paño azul para su hijo	”	70
Una chaqueta de paño azul mas . . .	”	70
Un chaleco id	”	14
Un pantalón de paño azul	”	175
Dos pantalones id id	”	155
Un chaleco cotonia color ante	”	24
Uno id id con pintitas	”	24
Una chaqueta de merino azul (1)	”	20
Total . .	$	762

Buenos Aires, 30 de Octubre de 1830.

Pero sigamos con los recuerdos que vengo evocando, y que confirman el caudal de los datos que tengo recogidos.

Así como ahora todo el mundo se viene a vivir al norte, entonces la flor de la canela *estábamos* todos al sud, y las curiosidades andaban por acá también en busca de alimentos. Hasta los saladeros, esos establecimientos que con sus faenas hicieron las sólidas fortunas de tantos y cuyos productos eran casi la única exportación con la que correspondíamos a la importación, se establecieron con el sistema de Cambaceres a las márgenes del río de Barracas, en toda su extensión.

Pero, entonces, no teníamos más que una deuda con los ingleses; y corría la plata blanca—como decíamos a la acuñada, para distinguírla de las tiras del papel moneda que manejado hasta en las manos de Rozas con honradez, salvó al país, ¡quién lo creyera!

Para defendernos, y aguantar las guerras exte-

(1) De puño y letra de Rozas... *"Se hizo y se volvió"* por chica.

riores del bloqueo francés, y del anglo-francés, a que puso término el tratado firmado por el barón de Makau en el sitio de Buenos Aires del 52; para la defensa de la ciudad sitiada por Urquiza, que encontró las onzas de oro a alto precio, pero que a cada emisión nueva, para pagar las tropas y comprar defensas, el papel se valorizaba.

Así el Banco de la Provincia salvó la patria de las garras de los sitiadores en 1853.

Pero estos mismos elementos puestos en manos de los buitres del unicato en perpetuo jolgorio, jugando a la taba, en vez del ajedrez, con que se entretenían los hombres honrados en tiempos de Rivadavia, han traído la agonía como consecuencia a sus bochornosos procederes, que nos tienen a las puertas del abismo.

Pero huyamos del tiempo presente a donde nos arrastra la idea de los males que nos aquejan, y vamos a los de las bonanzas que son los pasados, siempre en los barrios del sud, en donde vivían tantos tipos ingénitos cuyos recuerdos con aquellas criollas traen una sonrisa a los labios que a la par del gaucho legendario desaparecen (ante las gringas insulsas e interesadas que vienen con otras costumbres y necesidades) con la actual civilización que no necesita de ese hombre de fierro que en medio de la pampa desprendía su lazo y aprisionaba al animal bravío, que se había criado en plena libertad sin acercarse a las poblaciones ni ver gentes; lo ataba, o lo echaba al suelo para ponerle la montura, y muchas veces cuando se levantaba, era con el jinete encima, bellaqueando como un loco, y el gaucho firme, siendo lo más interesante de admirar aquella lucha de destreza y de pugilato, o de civilización y barbarie, hasta tornarlo en caballo manso, o sea *marido racional*, como decía la mujer del capataz, doña María, para probar que

así lo había conquistado a su marido, el gaucho más indómito del partido o de los mismos potros de la estancia, y que lo tenía ahora como guante de cabritilla color patito.

Por aquí tenía también su hogar doña Simona, mujer célebre por haber tenido cuatro maridos, a imitación de Lucrecia Borgia, y cuya historia merece entrar aquí por su especialidad.

Doña Simona, como digo, tuvo cuatro maridos. Muerto que fué el primero, tomó el sombrero del extinto y lo colocó para recuerdo en uno de los pilares de la cuja, su cama de matrimonio.

Se casó en segundas nupcias, y también tuvo, no sé si la suerte o la desgracia de enviudar, y ¡zás! el sombrero del muerto al otro pilar... ¿Y qué creerán ustedes que hizo? ¿acaso que se quedara siempre vestida de negro, como hacen todas ahora queriendo probar fidelidad al de su tumba? ¡No, señor! se casó de nuevo con un tercero, y a los pocos meses, al hoyo, y su sombrero al tercer pilar de la cuja.

Después de este fracaso ¿se aquietó del todo me dirán ustedes?... Nada de eso; pues encontró al cuarto valiente torero con quien se casó y lo trajo al mismo techo donde los anteriores habían pagado tan caro su amor excesivo muriendo en sus manos. Era hermosa doña Simona:

Este cuarto marido por quien doña Simona tuvo un amor que rayaba en delirio, fué, como digo, un torero, que viendo los restos de sus antecesores de la prenda aquella —dijo:—"Lo que es el mío (aludiendo a los tres sombreros allí colgados) no lo has de poner"; y lo cumplió. El día menos esperado desapareció de la casa para no volver más, pero con la particularidad que lo único que se llevó fueron los tres sombreros aquellos, recuerdos de amor de la viuda, por no decir de la arpía. Por

lo cual recomiendo mucho a las del gremio (jóvenes) que no tengan a la vista prendas de sus pasados consortes para que no se los roben y se queden sin ellos.

Pero el objeto de este libro fué para hablarles de las *beldades de mi tiempo,* que ya vendrán, pues recién ando por el lejano hemisferio de los años 30 al año 40, y las que entonces eran beldades, las que tuvieron en sus manos el cetro de la belleza, que atraían las miradas de todos los leones de su época, provocando desesperaciones, muchos de los cuales terminaron con un suicidio...

¡Si las vieran ahora, a lo que ha quedado reducida tanta belleza! me creerían un visionario, y perdería en un instante el renombrado buen gusto que todos me reconocen, ¡y me admiran!

¡Qué tallos espigados de flores aquellas! ¡Qué ojos o que centellas en caras tan atrayentes! ¡qué mirar o qué titilar de aquellas dos estrellas rutilantes más penetrantes en los encastillados corazones que las balas de los encorazados con cañones de Armstrong que ahora atraviesan blindados de 18 pulgadas de espesor!...

A esa época ha debido pertenecer la siguiente inspirada estrofa de no recuerdo que autor. Decía:

¡Ojos claros serenos!
Que de dulce mirar sois alabados
¿Por qué cuando me mirais, mirais aislados?
¡Ojos claros serenos!
¡Ya que así me mirais; miradme al ménos!
. . . . . .
. . . . . .

¿Si las vieran ahora? ¡Qué decadencias! qué abatimiento!

¡Qué ojos velados y tristes por las sombras de la edad!

¡Qué desencantos en fin de los cuales huímos tanto como nos atraían! y como decía un amigo mío cuando las veía venir en la dirección que estábamos: — *De la que nos escapamos,* mi querido Santiaguito;—y emprendíamos la retirada para no mortificarlas con nuestra indiferencia después de tanto adorarlas!

Pero lo que más me admira a mí, es que crean los que me conocen y me ven tan fresco y más joven que el doctor Santillán, que yo al hablarles de *las beldades de mi tiempo* les iba a hacer revelaciones sobre las que dejo descriptas—¡qué inocencia, qué candor! Yo creía que ya habían pasado los tiempos de los zonzos... y me he dado el más soberano chasco—pues las beldades de mi tiempo son las de ahora, como una hermosa rubia que ví el otro día y me dijeron se llamaba Inés Dorrego, recién venida de Europa, y una verdadera preciosidad llamada Quirno Pizarro, de 16 años, que estuvo unos días con la señora de Juan Cruz Varela, cuando su permanencia en ese hotel, que si la llevan a Europa y toma cartas en el primer certamen que suele haber por allí, de seguro sale la República Argentina triunfante, y la bellecita esa se trae el premio.

Y como iba diciendo, estas espléndidas mujeres de ahora, se cruzan por todas partes dejando su estela de fuego en nuestros *juveniles* corazones que no dejan de latir jamás.

Y pedirme ahora las beldades de antaño, cuando en ogaño los invernáculos (las casas) están atestadas de todo lo bueno y de todo lo nuevo, etcétera, etc., etc.

Es por esto que no paso de las de 18 abriles; el otro día nomás, en el tren del Norte que marcaba yo esta cifra, a una linda e inteligente señorita

que veranea por allí. Pues yo no tengo sino 19... No me conviene, señorita, le dije.

Y asombrada porque no esperaba esta salida mía, me replicó: ¿No le conviene de 19 años que son los que tengo? No, señorita!... me he plantado en esta cifra de 18 y de ahí no doy un paso más.

Pero ya este capítulo se hace demasiado largo y aun me quedan muchas cosas viejas que contar, que serán el tema del que viene, como dice ese pico de oro del Padre Jordán, en sus conferencias de los domingos en la Catedral al despedirse de su rebaño y a las que nunca falto como buen feligrés.

A PESCA DE NOTICIAS (1)

Marzo 20.

Me he esmerado, como les consta a mis buenos lectores, en hacer constar en toda oportunidad que no seré yo quien corrija los manuscritos del señor Santiago Calzadilla, cuyos interesantes escritos engalanan frecuentemente las columnas a mi cargo. Considero que enmendarlos, pretendiendo hacerlo mejor, sería despojar al original de la espontaneidad, que es su mérito principal y establecer responsabilidad personal en las alusiones con que el señor Calzadilla sazona sus intencionados artículos y que deben corresponderle por entero. Por eso, aunque a veces me haya parecido que se equivocaba el autor, he guardado prudente

(1) Por ser observaciones de mi amigo Argos, intercalo en este capítulo la rectificación a que él alude... que todo es para lo mejor.

silencio. En el último capítulo publicado de su libro en preparación, citó cierta poesía, y he aquí que así como le rectificaron lo de las peras, le rectifican ahora sus veleidades literarias. He aquí, como: "Simpático Argos: De tu pesca de hoy he recortado estas líneas: "A esa época ha debido pertenecer la siguiente inspirada estrofa de no recuerdo qué autor.

Decía:

¡Ojos claros serenos!
Que de dulce mirar sois alabados
¿Por qué cuando me mirais, mirais aislados?
. . . . . .
¡Ojos claros serenos!
¡Ya que así me mirais; miradme al ménos!
. . . . . .

La *estrofa* a que el señor Calzadilla se refiere, es una composición entera, el precioso madrigal de Gutierre de Cetina, que bien merece ser transcripto con alguna mayor fidelidad. Su autor lo escribió así:

Ojos claros, serenos,
Que de dulce mirar sois celebrados,
¿Por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis a quien os mira,
¿Por qué a mí sólo me mirais con ira?
¡Ojos claros, serenos!
Ya que así me mirais, miradme al ménos.

Salud amigo Argos. — *El licenciado Vidriera.* —¡Lo que son las cosas! Yo prefiero la versión Calzadilla. Le encuentro mucha novedad, así en la versificación como en el sentido mismo de la estrofa. Cantar ojos que miran, "aislados", es decir, hacer del estrabismo un concepto poético, es todo lo más nuevo posible. Quédese el licenciado Vidriera con sus escrúpulos; yo me quedo con mis gustos.

CAPITULO IV

Como ya lo hemos dicho, este barrio del sur era el faubourg *St. Germain* de la Capital Porteña antes que lo fuera el de la Merced.

Las familias todas de la relación del elegante vista 1.° de aduana, de quien tenemos estos datos para borronear nuestra crónica de *illo tempore,* eran las que daban el buen tono a la sociedad bonaerense, teniendo reuniones *caseras,* como se decía entonces, un día de la semana, eligiendo unas los domingos, otras los lunes o sábados generalmente.

Eran verdaderas tertulias donde se bailaba de 9 a 12 de la noche, al son de un piano de *Stoddart,* acompañado a veces de violín y flauta. *Rompían* el baile con un minuet liso, las señoras y caballeros de más categoría acompañando a los dueños de casa. Después de ésto y de cumplidos los respetos y agasajos a la dueña de casa (de que ahora se prescinde por completo), ya quedaba oficialmente inaugurada la tertulia para el minuet liso, el montonero, llamado el año 40 minuet federal; la contradanza columbiana con una especie de cielito al final, vals pausado, gavota, abolerada, para las niñas... jovencitas, y la contradanza con graciosas figuras, dirigida por el Bastonero, que para eso lo era.

Para halagar a los concurrentes ingleses o inglesados, que muchos había, bailábase la *pieza Inglesa* que infaliblemente se pedía la bailara uno de ellos, o uno de los criollos *Pedro Castellote, Pepe Bedriñana*, o *Emilio Alvear* y que lo hacían con más gracia y mas soltura, *pero con menos seriedad.*

Mas tarde, allá por el año 44 se bailaba también un cielito criollo, a pedido (en lo de *Senillosa*) del general don Prudencio Rozas, insigne bailarín, muy inclinado a la galantería. Este baile gaucho, monótono en demasía, y poco aristocrático, era rechazado por la mayor parte de la concurrencia; pero la excelente señora, misia Pastora, que daba la nota alegre a aquellas reuniones, rogaba encarecidamente a las niñas lo bailaran, para complacer al rubio general. Tanto por ésto como por el taba-pié y relaciones que se le agregaba, llegó a establecerse con gran complacencia del hermano del Restaurador y de los Federales.

La estrofa siguiente da una breve idea del estilo de la relación:

"Tanto es lo que te quiero,
"Y lo que te quiero es tanto,
"Que ángeles y querubines
"Dicen, *Santo, Santo, ¡Santo!*"

¡Y al recitar este último renglón, el caballero se arrodillaba ante su dama!

¡Y qué me digan, (más aún), que me prueben que esto no es lindo!!...

Era de desgañitarse al oir la relación de D. Prudencio, cuando le tocaba el turno, o la de D. Baldomero García; y sobre éstas, las del célebre Perico Hernández, el criollo más salado, a estilo de Albarellos, que amenizó a su vuelta de la emigración con estas relaciones, algunas tertulias, lan-

zándolas a manera de los últimos disparos de una batalla perdida, en que descargan sus fusiles los que huyen; armaba este baile y *echaba* las relaciones que era para alquiler balcones, el oirlas.

Pero nos hemos adelantado demasiado a la época que rememoramos. Seguiremos, pues, con lo relativo a los tiempos más lejanos que el de las tertulias de Senillosa.

Daban antes, más que tertulias, las que hoy llamamos recibos, grandes bailes en la lujosa mansión del señor don Carlos María Huergo, al lado de Senillosa, cuya casa con su graciosa hija Jovita, que fué una bailarina que la *Taglione* o la *Cerrito* hubieran aplaudido, fué también por este tiempo un centro atrayente para los unitarios. Dábalos también misia *Paulita Planchón,* que jamás faltaba a la misa de 10 en San Ignacio, la madre del señor doctor Ml. Gallardo y de su hermano el padre del simpático y filantrópico don León Gallardo.

Misia Mauricia Fernández de Coronel, los domingos don Antonio de la Peña, doña Agustina López de Osornio de Rozas, madre de don Juan Manuel; don Manuel Carranza en su espaciosa finca de la calle Nueva, cuya tradición sigue medio siglo después su interesante familia en la calle de Artes número 456, siempre los lunes; y otras muchas familias, reunían también sus relaciones con frecuencia.

En estas tertulias reinaba la más franca alegría, unida al mayor respeto de la juventud por *la casa* y por *la concurrencia;* pues si alguno se hubiera permitido la menor descortesía o irregularidad, como *las temporadas de ahora,* por ejemplo, en que toman a una niña, la sientan, y se ponen a hablar en secreto con ella, aislándola durante la noche del contacto de las demás gentes, en que no sabe uno que admirar más, si la audacia de los ga-

lanes, la candidez de las señoritas, o la estolidez de las madres, que no ven lo que pasa; pues no quiero suponer que esto sea por el deseo de librarse de la niña, que así la abandonan a su juventud, a su inocencia y malos procederes, faltando a los respetos de una sociedad noble y distinguida como la nuestra...!

¡Cómo llaman la atención de los extranjeros cultos de otras secciones americanas, estos hechos tan ajenos a los buenos hábitos de toda sociedad que se respeta, vinculando a los hombres con los deberes!

"Haced respetar a la mujer, y seréis felices, "ha dicho *Aimé Martin* en su precioso libro — "*La Educación de las Madres de Familia*". Entonces, allá, en esos tiempos, en que los de éstos nos creían atrasados por no usar esta refinada educación del presente, *en que no habían temporadas,* ninguna joven *planchaba,* ni quedaba alguna sin casarse, escepto una que otra que por elegir demasiado (así como todos oyen), o por sus instintos, o por miedo a los hombres, o inclinaciones al celibato, no querían entregarse a ellos... pero jamás porque les hubiera faltado un calificado pretendiente con quien hacerlo.

¡Pero hoy, qué cambio!

Los enlaces son casi en su mayoría con herederas de fortuna, y en general por pretendientes advenedizos, sin discusión de méritos ni *beneficio de inventario*.

Yo aconsejaría a los padres que en lugar de enseñarles hasta alemán y otras exterioridades, cuanto por lo que gastan en adornos fútiles y carruajes lujosísimos, fuesen acumulándolos en una alcancía bien segura, que al moverla metiera mucho ruido, y así con supresión de *temporadas* y con una regular dote vendrían los novios como los ratones al queso, o los pollos al maíz pisado...

Pero dejando las digresiones, volvamos a la parte histórica.

Las más conocidas familias del barrio eran: las Lavalle, Zamudio, Casares, Izquierdo, Botet, Senillosa, Carranza, Fernández de Aguirre, Trelles, Coronel, Del Mármol, Tagle, Caviedes, Sáenz, Darregueira, Ituarte, Sáenz Valiente, Costa D. Braulio, padre de nuestro amigo Eduardo, y el esposo de la bellísima cuanto ilustrada señora doña Florentina Ituarte, que aún vive en su hermoso retiro en San Isidro, llenando de placer a sus buenos hijos que con justicia la adoran.

Don Bernardino Rivadavia y su arrogante esposa la señora doña Juana del Pino, eran también del vecindario, aunque retirada para eso de bailes. El general don Facundo Quiroga, el "Tigre de los Llanos", como le decían, el cual, por consejo de don Braulio Costa, compró la casa que era de Lezica trayendo a ella a su familia, casa que al presente es la de Demarchi, casado con una de sus hijas (graciosas morochitas como las llamaban); la señora Palacios de Castellote. Las antiguas familias de Telechea, de Coronel, Murrieta, Martínez. El doctor don Vicente López, general Díaz Vélez, de Constanzó, Larrea, Martínez de Hoz, Fragueiro, Alzaga, Ortiz de Rosas, Inchaurregui, Burzaco y otras cuyo catálogo sería de nunca acabar, eran las que formaban el vecindario más inmediato a la iglesia de Santo Domingo, que ostenta en sus torres las célebres balas de los ingleses del año 1807, que vinieron a conquistarnos, hecho que me sugiere una reflexión relacionándose con nuestra triste situación actual en finanzas...

Nosotros no ostentaríamos ciertamente este primer triunfo de nuestros padres, ni don Santiago Liniers, bisabuelo de Santiago Estrada, que lo ob-

tuvo, hubiera sido decapitado tres años después, si el triunfo hubiera sido de los ingleses. ¡Cuán ricos no seríamos hoy todos!... Y ¿qué sería de este pedazo de tierra desde la Ensenada de San Borombón hasta Jujuy, si hubiera caído entonces en otras manos que aquellas en que quedó? Hubiéramos sido el *Canadá* del sud. Habríase antepuesto el *egoismo* inglés al "*honor* castellano", pero el peso nacional de curso legal, que no vale sino la pitada de un cigarro, se nos habría convertido en *libra esterlina.*

Así, en lugar de que, como en la actualidad, por vengarse de la derrota aquélla, nos están sacando el cuero, siempre con sus préstamos leoninos y capciosos al tipo de 1 para redituar 10; nosotros seríamos hoy los beneficiados.

Sin revoluciones, sin estas pampas desiertas por nuestro proverbial abandono, y sin estos pueblos del Interior con cada Gobernador más pesado que un templo, apoderándose de los mejores sueldos evaporan, además, hasta el capital de los bancos emisores, levantando de la noche a la mañana fortunas que los Carabassa no han conseguido formar sino en cuarenta años de trabajo honrado y asíduo.

¡Díganme todos poniendo la mano filosóficamente sobre el corazón, ¿hay motivo alguno para festejar este triunfo? pues digo, omitiendo el recuerdo de otros, por el estilo de temor que se me tache de mal patriota!...

A mí me gusta *el mate,* es cierto, pero más me gusta *el coñaque,* que sienta al estómago después de comernos un buey asado, como lo hacemos, generalmente, aquí.

Pero ya que me he lanzado en la descripción del barrio aristocrático del sud, permítanme que siga poniendo nombres que se disputan en mi cerebro

la primacía, y ¡allá van!... porque pululan en mi mente, vivísimos los recuerdos. Me faltará cualquier cosa, no lo pongo en duda, pero lo que es memoria *¡nequaquam!...*

Las bellezas del barrio eran, en primer término, entre las casadas, la señora *Florentina Ituarte de Costa,* su hermana Juana Ituarte, de Sáenz Valiente, Clara Sáenz Valiente de Torres, Victoria Ituarte de Aguirre, Damacia I. de Macnab, Bernardina Giménez de Martínez, Juana Rodríguez de Carranza, Irene Rodríguez de Giménez, Inés Botet de Romero, María Rodríguez de Sánchez y otras muchas damas, cuyos nombres omito para no recargar el cuadro, y también, porque fío mucho en la buena memoria de mis lectoras coetáneas.

Las señoritas que culminaban como lindas eran Agustina Rosas, Avelina Sáenz, Agustina Casares, que hizo enloquecer de amor no correspondido a uno de nuestros más íntegros jefes en la aduana, X. X., Santos del Mármol, Mercedes Lavalle, Máxima Zamudio (mi tormento de muchacho), Juanita Araujo, Angela Manuela Rodríguez, todas ellas tertulianas de lo de Carranza, la interesante Justa Carranza (de quien fué apasionado el lindo mozo Manuel Masculino), la preciosa hermana de éste, Lucía, que casó con el joven químico Rodríguez; las hermanas Martínez de Hoz, las Constanzó, las Belgrano, Pepa y Petrona Coronel, las Aguirre, Guerrero, las dos hermanas de Masculino y muchas otras que se me quedan escondidas entre los innumerables pliegues de mi corazón, que el elegante primer vista de aduana se complacía, años después, en recordarlas con efusión... no, digo mal, con fruición regeneradora.

El tal vista 1.º de Aduana (mi padre, que tanto me complazco recordar en este momento, removien-

do cosas viejas), era un caballero galantísimo, cómo dicen todos, a quien en nada se parece el hijo, su homónimo, sin embargo, en el nombre; su platonicismo lo hacía doblemente apreciable en aquella sociedad austera y moral (*sin temporadas*) por sus inofensivos amores, que jamás ultrapasaron los límites del decoro y de la merecida consideración a las bellas.

Es por esto que *Mariano Varela* le contaba cierto día a un amigo suyo, presentándome a él, que yo era padre de mi señor padre ¡explique usted este misterio, del cual resulta que mi padre viene a ser hijo mío, y que el uno puesto al lado del otro aparece más cuidadoso y esmerado, más *paquete*, en fin (estilo de la tierra), lo que en Chile llaman *futre* y en Lima *pinganilla*: todo ello, según las genuinas reglas de la educación; siempre enguantado aun para jugar al billar, cuidándose las manos para la guitarra que ejecutaba, sino con marcada destreza, con gusto y sentimiento (eso sí): los valses de *Sor*, y de *Aguado*, en un instrumento que mandó traer de España, por Ochoteco, su amigo, de la casa de don Pedro Sáenz de Zumarán, de quienes fué también muy amigo. Cúmpleme consignar aquí uno de los episodios ingleses —el de las balas de la torre de Santo Domingo, cuya narración debo a mi padre.—Con ello satisfaré la curiosidad de una amiga que me preguntaba: *¿qué representan esas balas incrustadas* en la torre de la iglesia? lo que sacaré a relucir (en otro capítulo) de la histórica curiosidad, desde que soy hijo de mi abuelo y vengo a cazar al vuelo mi noble progenitura; pues abuelito, *don Gregorio Calzadilla* que me crió tan voluntarioso, como que me había *destinado* al servicio de la Iglesia, y por esto me hacía el gusto en todo, vino con el virrey *Sobremonte* de empleado para la aduana de Monte-

video, en donde, según Varela, nací yo, el 25 de Julio de 1793, día de San Felipe y Santiago, santos que, según parece, andan juntos, no sé por qué ni para qué.

Sin la revolución de Mayo, los Calzadilla no seríamos *Sábalos* sino *Peje-Reyes,* como dice Mariano Billinghurst, apellido que no puede españolizarse aunque lleve antepuesto el de pila, que es Mariano; y que aparezca con su apellido inglés como un Cristo armado de un par de pistolas.

Pero no anticipemos los sucesos, y prosiguiendo cronológicamente lo que llevamos en relato con sus personajes respectivos, cuyos nombres reservaré aun para su oportunidad, a muchos de los cuales suprimiéronles los de pila llamándoles *Estrella del Sud, Estrella del Norte,* y qué sé yo, qué otras constelaciones que no nombro para que perezcan de curiosidad por quince días más, mis amables lectoras... si las tengo.

CAPITULO V

Recordarán ustedes que en mi anterior capítulo les hablé del compromiso que tenía de explicar a una señorita amiga mía... linda, por supuesto, (pues que para fealdades yo me basto y aún me sobro) el porqué de esas balas que orgullosa ostenta la *torre de Santo Domingo* a los y a las que observan y que recuerdan la Invasión Inglesa de 1807.

No trato de historiar, que para eso está el señor Ministro doctor don Vicente F. López. No, señor: no me meto en eso, pues, en cuanto me equivocara en una línea, caerían encima de mí, sin misericordia alguna, los miles de historiógrafos que tan repentinamente han surgido; creo sea de ello testimonio lo sucedido en el asunto de las peras de agua, cuya discusión absorbió quince días de rectificaciones lo menos. ¿Cuántas semanas me machacarían sobre... si fueron galgos o fueron podencos? Pues bien: anticipándome a las observaciones, diré desde *ya,* que fueron *podencos*.

Sepan mis lectoras que desde los corrales del Miserere (hoy Once de Septiembre), creyendo tener la *breva pelada,* y que se la llevaban así a la fija, mandaron a los soldados sacar las piedras de los fusiles, que eran *de chispa* como los que

teníamos hasta poco ha, y arrojarlas junto con las de repuesto que, eran dos por cada infante, todo con el objeto de venirse precipitadamente y tomar posiciones, hecho que viene a explicar cómo las patriotas porteñas, desde las ventanas y azoteas, a que no hacían fuego, les enviaran cuanto cacharro y tiestos rotos le caían a las manos.

Es notable, entre otras, la que en la azotea de la señora *Casamayor de Zuca,* en la que había colocado un muñeco *tuerto* y mefistofélico, para llamarles la atención y asustarlos, les echaron jarros, lebrillos y tachos de agua caliente, sin recibir de ellos lesión alguna.

Pero vamos al cuento.

Estas tropas inglesas, dicen los instruídos y *leídos*, iban para el Cabo de Buena Esperanza:— que llegados a la altura del Río de la Plata, fondearon tomándose a Montevideo; y que, — viendo estos países tan desiertos y tan lindos, *res nullius,* los generales *Stirling* y *Auchmuty* trataron de quedarse con ellos como era costumbre inveterada, antes que don ANDRÉS BELLO introdujera las bellas reformas que todos saben en el derecho de gentes.

En 1805 Berresford, con estas tropas, entre las que venía el célebre Regimiento 71 de línea al mando de Pack, atacó a Buenos Aires y lo tomó.

Pero el 12 de Agosto del año siguiente, *1806,* vino de Montevideo don Santiago Liniers, con algunas fuerzas que desembarcaron en el Pueblo de las Conchas, arrojados allí por una gran tormenta que los pilló en el camino, y de allí se vinieron al ataque de la Ciudad, y vencieron a las tropas inglesas que dejaron de trofeo sus banderas, entre las que estaba la del 71 de línea, que hoy se guardan colocadas en lujosos cuadros, merced al Intendente don Torcuato Alvear.

Este Regimiento sigue hasta el presente revis-

tando sin bandera, mientras no la reconquiste o tome otra cualquiera en algún campo de batalla; pero va largo el asunto hasta ahora; pues ni en *Crimea,* ni en *Inkerman,* ni en *Balaclava* la pudo reponer... ¡qué quieren ustedes! son percances y peripecias de la guerra.

Muchos creen, y no van errados a fe, que la vandálica operación de apoderarse de las Malvinas, atropellando todos los principios del Derecho de Gentes, es una venganza, aunque innoble, de aquella afrentosa derrota del año 6.

Otros piensan que los ingleses esperan recuperar sus banderas, en canje por las Malvinas. Lo que fuere sonará. Es eso lo único de que no deben dudar mis amables lectoras.

Volviendo a lo de Buenos Aires, fueron vencidos en toda regla los señores ingleses, que por una capitulación se retiraron a Montevideo a esperar nuevos refuerzos que recibieron el año 7, con el general Whitelocke en número de 12.000 hombres para reconquistarnos.

Parte de estas tropas desembarcaron por San Borombón, y, dejando en el lugar que es hoy la Villa de Quilmes, al coronel Mack-Mahon, irlandés, con 1.500 hombres, vinieron a situarse en los Corrales del Miserere, derrotando allí 1.000 hombres de la plaza al mando de don Santiago Liniers que, deshecho, se retiró a la campaña. Que si siguen la victoria se posesionan de la Plaza, y yo sería actualmente *Mister Calzadilla,* y quizá sería *Banquero* y montaría en caballos rabones.

Pero el general inglés hizo la tontería de descansar, festejando la victoria, y cuando lo hizo, los tercios españoles hicieron prodigios de valor, y vencieron, debido este triunfo a la tenacidad del alcalde de *Primer Voto don Martín de Alzaga,* que organizó la resistencia durante esa noche célebre,

colocando las tropas en las azoteas y torres, las mayores alturas de entonces, que batieron las columnas que entraban a tomar el *Fuerte* y el Retiro.

Aquí cabe hacer notar el valor de un jovencito de 14 años, llamado *Ladislao Martínez*, que dicen se batió con singular arrojo, hasta merecer de sus mismos enemigos el sobrenombre de Napoleón Chico.

La otra columna avanzó hasta la Iglesia de *Santo Domingo*, de que se apoderaron con 700 hombres para recuperar las banderas perdidas en *1806*. Pero no pudieron salir por el fondo de la Iglesia, como falsamente lo indicaban los planes de ataque que traían, y allí quedaron batidos y cañoneados por nuestras fuerzas desde el fuerte; y capitularon cuando tenían sobre el pavimento de la Iglesia *150* hombres entre muertos y heridos.

Don Martín de Alzaga, el mismo Liniers, (que lo mandaron buscar al campo), y don Francisco Villanueva estaban en los balcones del Cabildo presenciando la acción.

Whitelocke volvió a Inglaterra, en donde fué sometido a un Consejo de Guerra en "Horse-Guard", que duró 28 días (Marzo 24 de 1808), sufriendo una terrible sentencia, cuyo texto, muy poco conocido de los argentinos a quienes tanto interesa, me cabe la gloria de publicarlo aquí, merced a la interesante curiosidad de mi bella amiga.

Ahí va ese importante documento:

SENTENCIA

ÓRDENES GENERALES

Cuartel de la Guardia de Caballería,
24 de Mayo 1808.

En el Consejo de Guerra reunido en el Hospital Real de Chelsea, el 28 de Enero de 1808, bajo la presidencia del General, el muy honorable Sir William Meadoros R. B., de acuerdo con el decreto especial de Su Majestad, del 25 del mismo mes, y continuado por emplazamiento hasta el 18 de Marzo siguiente, el Teniente General Juan Whitelocke fué juzgado por los cargos siguientes: (Véase página 1).

SENTENCIA

Habiéndose debidamente considerado el testimonio dado en apoyo de los cargos, de la defensa y el testimonio presentado por el prisionero, el Teniente General Whitelocke, el Consejo de Guerra le declara reo de todos los cargos, con escepción de aquella parte del segundo cargo que se refiere a la orden de que "las columnas fuesen descargadas y que el tiroteo se evitase a todo trance".

El Consejo desea que se entienda bien que "no censura de manera alguna las precauciones tomadas para evitar el tiroteo innecesario durante el avance de las tropas al punto propuesto de ataque", y, por consiguiente, absuelve al Teniente General Whitelocke de esa parte de dicho cargo.

El Consejo sentencia que dicho Teniente General Whitelocke *sea desaforado completamente, incapaz e indigno de servir a Su Majestad en todo empleo militar.*

El Rey ha tenido a bien confirmar la sentencia precitada, y Su Alteza Real el Comandante en Jefe ha recibido las instrucciones de Su Majestad para ordenar que sea leída a la cabeza de todo Regimiento en su servicio, e insertada en todos los libros de ordenanza de los Regimientos, con la mira de que sea un recuerdo eterno de las consecuencias fatales, a las cuales se exponen en el cumplimiento de deberes importantes, que les sean confiados, los oficiales deficientes de ese celo, tino y esfuerzo personal que tienen el derecho de esperar, tanto el Soberano como el país, de los oficiales a quienes se confían los altos puestos.

El reciente fracaso en Sud América ha sido un objeto de congoja y sentimiento a Su Majestad, que siempre ha tomado un interés vivo en el bienestar, honor y reputación de sus tropas; pero ha tenido el gran consuelo — y Su Majestad ha ordenado que le sea participado al ejército — que después de una investigación muy minuciosa, Su Majestad encuentra amplia causa para gratificarse de la intrepidez y buena conducta mostrada por sus tropas últimamente empleadas en aquel servicio, y especialmente por aquellas divisiones del ejército que pelearon contra el enemigo en la ciudad de Buenos Aires el 5 de Julio de 1807, y Su Majestad piensa que si los esfuerzos de sus tropas en Sud América hubiesen sido dirigidos con la misma habilidad y energía que tan eminentemente han mostrado sus jefes en otras partes del mundo, el resultado de la campaña hubiera sido igualmente glorioso para sí mismos y de beneficio para su país.

Por orden de Su Alteza Real, el Comandante en Jefe.

HARRY CALAERT.
Mayor-General y Ayudante General
de las Fuerzas.

CAPITULO VI

En Las Beldades de mi Tiempo cabe todo lo que en usos, maneras, innovaciones y modas, rinde idea de las costumbres y movimiento de la época. Por ejemplo, sin dar noticia de los peinetones, ¿cómo se comprendería el edicto de Policía sobre *mejor derecho a la derecha,* en las veredas? Hecha esta advertencia por vía de respuesta, entremos nuevamente en materia.

En aquel tiempo (no olviden que estoy hablando de 1830 a 1840), en que también, como ahora, había entusiasmo por los caballos extranjeros, se introdujeron al país los caballos Frisones, esa raza de fuerza, por Rivadavia que los vió en Londres, arrastrando pesos enormes, y compró algunos.

No sé si fueron depositados o si los compró a su vez el progresista hacendado del sud, don Felipe Piñero; pero el hecho es que de allí salieron las espléndidas crías que no se las usaba, como ahora, para tirar carruajes sino carros de pesadísima carga.

A pesar de mi buena memoria, olvidé decir en mi anterior capítulo que Mr. Miller trajo el hermoso toro, *Tarquino* de nombre, que el vulgo tomó por de raza; y que no fué sino de la Durham de ahora.

Pero algunos señores mandaron a Chile por caballos de brazos para lucirlos en las calles, no para establecer canchas de juego, como al presente. El primer caballo que vino fué para el doctor Esquerrenea, en el cual salía todas las mañanas de su quinta — la que hoy es de Lezama, por la calle de Representantes (hoy Perú), a su despacho de juez, luciendo, por supuesto, su pingo chileno, zaino negro, que era el color de moda.

Otro vino para el señor Masculino. Este fué un zaino (dos albo) (dicen los gauchos: Un albo, bueno. Dos, mejor. Tres, malo. Cuatro, *pior*). El de Masculino, montado en el cual pasaba a saludar a Justa Carranza (lo que era axioma entre los muchachos de la universidad), era hermosísimo, coquetón y braceador insigne, levantando los brazos ondulosamente con acompasada gracia y tanto, que había que pararse a verlo pasar, orgulloso como si comprendiese que lo jineteaba un lindo mozo.

El 3.° fué de mi señor padre don Santiago Calzadilla, que se lo mandó de Concepción, de Penco, en Chile, el señor don Domingo Ocampo, hermano del doctor don Gabriel, que casó aquí con mi prima hermana, la linda joven Elvira de la Lastra, madre de Elvira, Laurentina, Etelvina, Astermia, Teodomira y Gabriel Ocampo (más conocido que la ruda), a la que el doctor Ocampo conoció en casa de mi familia, al regresar de la Banda Oriental con mi señor padre, adonde habían ido en comisión del gobierno, después del triunfo de Lavalleja, el héroe de los 33 denodados patriotas, según el canto popular; el uno para arreglar la administración de la hacienda, y el otro para la de los tribunales.

El caballo que vino para mi padre no cedió en

novedad, ni en belleza de formas, a los primeros que lo precedieron.

Era un zaino rabicano que braceaba al frente y se recogía como el de la estatua de Belgrano formando un conjunto que no había *peros* que ponerle, y lo complementaba por su negra cola de un volumen extraordinario, luciéndola, pues era esa la moda y el mérito especial de los caballos chilenos.

Aquí es el caso de notar la diferencia con el relajado gusto de esta época ¡¡cortar la cola de los caballos!!; es una moda y un gusto detestables, y aun inmorales, pese a los ingleses que lo han introducido; y no digo más porque siendo moda, hay que inclinarse y sufrir esta imposición, como la otra de los zapatos y botines puntiagudísimos, que arrebata a nuestras damas una de sus más bellas especialidades: la forma el alto empeine y la pequeñez del pie; todo por seguir al príncipe de Gales, que sin duda tenía sus razones... pedestres, no lo niego, pero que nuestras bellas hacen mal de suscribir a ella; no habiendo tenido la ventaja de ser conquistados el año 1807, no debemos este tributo *pedestre* al heredero de la Corona Británica.

Que mis bellas lectoras me dispensen esta nueva digresión, siquiera sea en mérito de mi afán por reivindicar todo aquello que constituye los dones y gracias con que las ha enriquecido la naturaleza de nuestra tierra.

Ahora *revenons à nos moutons,* como dicen los gabachos, es decir, al caballo zaino rabicano que era además de tan *buena rienda,* que a la simple presión de la rodilla giraba a la derecha y a la izquierda sobre sus patas traseras, como un trompo sobre la púa. Así era como podía manejársele con rienda de seda.

Dígaseles que hagan esto los célebres jockeys con sus caballos ingleses de patas largas desproporcionadas: con pescuezos más largos todavía, que caminan tiesos como los pavos, sin inclinar el pescuezo y sin saber más, como dicen los *chalanes* de Chile para ponderar la buena rienda de un caballo, que correr en algunos minutos una legua para meterse en cama a la vuelta y reposar resguardados y bien abrigados al calor de estufas ardiendo; pues si los dejaran una noche como a los nuestros, al frío e intemperie de las pampas argentinas, al amanecer del siguiente día no encontrarían sino el esqueleto del famoso ganador inglés dejado al aire libre por los voraces chimangos... *caranchos* quise decir.

¿Y esto es lo que viene ahora para mejorar nuestra raza caballar? ¿Esto lo que traen y para lo que Rocha, gobernador de La Plata, dió la primera fuerte suma, por cuenta de la provincia destinada a premios del juego?... Pero no perdamos la ilación, y sigamos de buen humor, que es lo que hace aceptables los capítulos de este libro, que quién sabe si no queda inédito.

Fomentar, hubiera sido la patriótica tarea, nuestra raza caballar de los Montes Grandes, haciéndola mejorar, escogiendo los más lindos tipos de madres para la procreación, en vez de matarlas como lo hicieron, para vivir de sus productos colocados en los Bancos, y como se dice, "matando la gallina para sacarle los huevos de oro" de sus entrañas...

Nuestro caballo criollo, nacido y criado a la intemperie, es sobrio y sufrido; sólo se alimenta de los pastos del campo, lo mismo en los días calurosos que en los rigores del invierno, sin tener necesidad de que lo abriguen con mantas. Es vigoroso, sufrido, resistente, altivo y arrogante,—

pues para pegar una tendida, hace que se asusta y se encabrita. No necesita de remedios ni agua de *janos,* y esto no es poesía ni mala voluntad; al contrario, es la pura verdad. Y así son también esos pobres gauchos de la pampa, *raza* desheredada por nosotros mismos, pero a los cuales su leal y franca altivez, junto al amor, siempre puro a su libertad, impide que se sometan, por más humilde que sea su condición, a esos mil servicios viles, que hombres de *afuera,* y menos escrupulosos, hacen con tal de recibir dinero.

Hemos visto en Europa con la que fué la compañera de nuestra vida, a qué bajo nivel colocan allí a las mujeres que, en los campos, más que los hombres mismos, trabajan labrando la tierra, como el mismo buey.

El gaucho desaparece; ¡quién lo creyera! con los bríos de la patria, y cuando vayamos a necesitar de ellos como de nuestros sufridos caballos, hemos de ver que los pocos que quedaban de éstos los hemos vendido al ejército inglés, italiano o belga.

Cuando la campaña del desierto en 1833, que hizo Rozas antes de encaramarse al poder, pasaron el crudo invierno en las sierras de la Ventana, de Guaminí o de Carhüel, de donde fueron desalojados los indios por nuestras tropas vestidas de verano, pues es como una maldición que jamás el soldado argentino tenga a su tiempo el uniforme que necesita. En medio de aquellos fríos atroces, Rozas dió un santo y seña concebido en estos términos:

La intemperie fortifica

Dijo, y realmente fué así, pues nadie se enfermó, ni los 40.000 caballos que llevaban murieron por

resultado de las inmensas sábanas de nieve que los cubrian cada noche.

Y ya que esto viene tambien al caso, digamos que de regreso de la expedición a los indios, que ningún efecto práctico produjo, pues sin dejar un cordón sanitario, los indios volvieron a sus antiguos *pagos* y a sus constantes depredaciones, y lo único que salvó fueron estos 40.000 caballos que quedaron al cuidado de Máximo Terrero, hasta el año 40, en que invadió Lavalle, llegando al puente de Márquez, siete leguas de Buenos Aires, sin querer entrar en la ciudad, retirándose a batir, según se dijo, las montoneras de Santa Fe, que le picaban la retaguardia.

Rozas, que en esos momentos estaba por apretarse el gorro, gaucho vivo y perspicaz, reaccionó sobre la marcha emprendiendo la persecución de los salvajes unitarios, dándoles a Oribe y a Pacheco un ejército para ultimarlos.

En este trance hicieron lucidamente su papel los 40.000 caballos de la expedición al desierto, trayéndolos para la persecución activa de los soldados de Lavalle, a los cuales les estuvieron encima, sin dejarlos descansar ni un solo día, hasta su terminación en Jujuy, donde siguieron las matanzas del luctuoso año 40 a 42...

Veintitrés años después fuimos con el coronel Oliveri a formar la Nueva Roma, que quiso establecer a cuatros leguas de Bahía Blanca, a lo que me opuse, pues recorriendo la Sierra de la Ventana notamos dentro de ella bellísimas quebradas y zonas donde establecer con seguridad nuestros reales y nuestros inmensos ganados, que los hacendados del sud y del oeste pusieron a nuestra disposición para plantel de la Legión agrícola. Los fríos eran grandes, pero vivificadores, y ninguno de nosotros se enfermó, sino que fueron otros los elementos

perturbadores que trastornaron la cabeza de los oficiales costeados de Europa, los que se marearon a la vista de tantos y tan halagüeños presentes de riqueza; todo lo que se lo llevó patetas por su ambición.

¿Pero a dónde voy con tanta digresión? ¡Ah nó...Hablaba de la fortaleza de nuestros caballos cuya raza desaparece con la importación de los de raza inglesa, con los que quieren sustituirlos... Continuaremos, pues, en otro capítulo.

CAPITULO VII

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora,
De los Andes: el Desierto.
Inconmesurable..... abierto
Y misterios a sus pies.

ECHEVERRÍA.

Al continuar este asunto en otro capítulo, no he podido resistir a la tentación de intercalar la estrofa de nuestro inolvidable Echeverría. Quién que haya visto y contemplado la puesta del sol al fin de la cordillera no admirará tan bellísima estrofa!... Es el cuadro natural perfecto, tal cual lo hemos contemplado en éxtasis tantas y tan repetidas veces. ¡Cómo no han de inspirarse con su vista los poetas!

Nosotros, cabalgando en nuestros pingos, salíamos al despuntar la aurora repitiendo la popular estrofa de Godoy, que hablando a su vez de la pampa argentina dice:

Qué bello es en la llanura
El despertar de la aurora,
Cuando con su lumbre pura,
La sábana de verdura
El sol refulgente dora!

Campados en la falda de esa mole majestuosa de la Sierra de la Ventana, si la salida del sol de la mañana puede parecer deslumbradora, como es imponente a los viajeros que la contemplan desde el Jardín Botánico de Río de Janeiro, las puestas de este mismo luminar son doblemente interesantes aquí. Un grupo de nubes que se levantan, cuyos bordes matizan en su caída los reflejos con resplandores de fuego, porque la luz les viene de la otra cara y su refracción se parece a un gran incendio en el horizonte lejano, forma en los extremos de la nube picos de topacio y de esmeralda reluciente, hasta que la noche las disipa con su manto de oscuridad, para aparecer de nuevo y en otras formas caprichosas con la luz del mismo sol en el nuevo día a manera de auroras boreales desconocidas en este hemisferio.

Esto es lo que mañana y tarde se ve por allí en aquellas soledades de la majestuosa pampa argentina. Nosotros cabalgábamos (decíamos más arriba) en nuestros caballos al despuntar de la aurora, y andábamos todo el día—EN EL RODEO—*¡así todo el día!* Trabajo terrible en que hay, no sólo que emplear la resistencia, la fuerza y la astucia, sino lo que es más aún, evitar el peligro con el animal vacuno a quien las más veces hay que contener a pechadas, para obligarle a entrar al corral.

¿Qué tal haría este servicio un gaucho en un caballo inglés de los de sangre pura, y fina ¡eh?... ¿Y qué diremos de los mensajitos verbales mandados a treinta leguas de distancia? Vean, mis amables lectoras, la muestra de aquéllos.

"Oiga, don Pedro: ensille el ruano, y váyase a la pulpería de la *Buena Moza*, y cómpreme unos cigarros; ¡ah! y dígale que si vé pasar la tropilla de azulejos, que me parece que unos gauchos alza-

dos andan trabajando por ahí, que nos mande avisar al momento."

Al día siguiente salía el asistente en lo montado. Como a las quince leguas se bajaba, quitaba al mancarrón el recado, para que se revolcara bien y echara un pienso, y media hora después poníale de nuevo el recado, lo enfrenaba y llegaba a la pulpería, en donde después de dar el mensaje y dormir un poco, salía con la luna llegando de *un tirón,* porque al ruano volviendo a la querencia, las leguas se le hacían cuadras.

Había empleado 26 horas de ida y vuelta tragándose las 60 leguas. Como esto es vulgar allá por el sur, y todo el mundo lo sabe, no hay para qué presentar documentos comprobantes.

¿En cuántas semanas haría esta jornada uno de esos célebres caballos por los que se paga 100.000 pesos moneda nacional? *No puedo decirlo, patrón, me contestaría un gaucho a quien sometiera el caso, pero de juro no volvería ni en un mes.*

Que vengan los ingleses con sus célebres caballos y les corro una carrera. Apuesto mi quinta de las Conchas, que actualmente ocupa mi amigo *Mr. Diego Dowse,* contra los miles que quieran. La distancia será *treinta leguas* desde esta ciudad hasta Chascomús (al sud). Yo iré en mi viejo tostado, ("primero muerto que cansado"), dicho gaucho que es como sentencia.

Mi peso es de once arrobas del sistema español: pues desde la adopción del sistema métrico con *sus kilos* yo no me peso. Le daré de ventaja al *jockey* inglés que me pongan de contrario, una arroba de menos; es decir que sólo peso diez arrobas.

Partiremos de la Pirámide, de donde partieron los cívicos de la Patria en la Revolución de Mayo, para ir a sujetar la rienda al pie del *Chimborazo* como decía Mármol. Es seguro que cuanto par-

tamos, el *parejero* de sangre pura y otras hierbas, saldría a la *furia*, y ni con el telescopio del observatorio astronómico de Córdoba lo alcanzaríamos a ver; pero a las 7 leguas (tomo el número 7 por aquello del 7 por ciento axiomático para toda garantía de ferrocarriles) ya estaría parado sin seguir adelante por habérsele acabado *el capital*. Allí lo alcanzaría de seguro; conversaría amistosamente con mi contrario y arribaría impertérrito a Chascomús para recibir los plácemes y felicitaciones de los amigos tomando un cocktail con ellos, porque eso sí, para los *cocktail* soy más inglés que Jhon Bull, y que un yanqui, si se quiere, pues alguien que ha vivido con éstos largo tiempo en California, me ha dicho que el cocktail fué, si bien invención de un canadiense, pero de un canadiense largo tiempo residente en los Estados Unidos, y aun oficial en el ejército expedicionario a Méjico. Sea de ello lo que fuere, como me lo *contaron os lo cuento*.

A propósito de la apuesta que propongo, me viene a las mientes el recuerdo del lorito de doña María, según cuento de Sarmiento, cuento que allá va: Quién es, cómo y dónde vivió doña María, es cuento aparte, que suprimo por ahora.

Pues señor, doña María tenía un lorito muy hablador, que había criado y enseñado a hablar. Para doña María (que era soltera) su lorito era su todo, y hasta su marido era, pues le llamaba *mi esposito*. Tenía tal confianza en su fidelidad (como deben tenerlo en el suyo todas las mujeres) que acabó por dejarlo suelto. Un día, empero, pasando por allí una bandada de loros y *batitús*, se asentaron en lo más alto del ramaje de un algarrobo cercano al rancho, y el lorito de doña María se incorporó al grupo. Esta señora lo llamaba, y él le contestaba, pero no bajaba; hasta que de repente la bandada resolvió partir. (El lorito había encontrado su pa-

reja) y ya no hubo más amor por doña María, ni nada; y en el instante menos esperado, junto a la bandada, atenta y silenciosa oyó al lorito que dijo:

"Adiós, doña María; volveré el año que viene, *pá-tiempo de choclos*".

Con cuya anécdota, y dejando el comentario para mis lectoras, daremos por terminado el presente capítulo.

CAPITULO VIII

Sería hacer las cosas más que mal, si pasando por encima de los hechos, de épocas más felices, suprimiera con ellos a la vez, nombres de beldades clásicas y de indisputable popularidad, que no debo dejar en el tintero, aun a riesgo de caer en manos de algún Censor... pues digo, la opinión les quitó los del agua bautismal para llamarlas con los que el amor o la fama les designaba, al consagrarlas como beldades.

También la moda tuvo en ello sus supremas extravagancias con los célebres peinetones hasta de una, y de una y cuarta vara de diámetro, los cuales ocasionaron tales y tan tremendas controversias, sobre mejor derecho a la vereda, que la Policía zanjó tan importante y amenazadora cuestión dictando una ordenanza por la cual se asignaba aquél perentorio derecho de tránsito, a la que llevaba la derecha.

Esta exageradísima moda es la que acabó por sustituir la peineta pequeña, complemento del tocado (no toilette), de las cabezas españolas, que colocada con cierta inclinación hacia un lado, era de efecto encantador, gracioso, si bien tenía por principal objeto sujetar el cabello, cuya abundancia era proverbial en las americanas hijas de es-

pañola raza, que como bien dijo el otro: *"El que lo hereda, no lo hurta"*; comparando épocas y costumbres, de suyo, nos viene a las mientes esta cuestión:

¿Hemos ganado o perdido? ¿Qué es mejor, las patriarcales costumbres de aquella época, o la civilización de la actual?...

Yo planteo la cuestión, pero a fin de evitar tachas de parcialidad, dejo a otros la tarea de resolverla; trabajo les mando con sólo que no olviden la del oro oscilando entre 350 y 375, a pesar del decreto de suspensión de pagos al Nacional y al Provincial en el breve espacio de 13 días.

Pero el hecho es, y no lo niego, que a mí me trae tan preocupado, que a cada *quisicosa* me distraigo del asunto principal. ¡Esto no es vida; qué diferencia!...

La de aquellas épocas se deslizaba tranquila, sin estas exigencias ineludibles en que ninguno quiere ser menos que su vecino; las casas han de ser palacios; los trenes para ir a mostrarse en Palermo, lujosísimos; ostentando riquezas que no se poseen y haciendo cátedra de *mentiras*, para tapar *realidades*, cátedra que tampoco existía *entonces*.

Lo que había, como ya lo dije en uno de mis capítulos anteriores, eran tertulias de confianza, en que se bailaba y se hacía sociedad, recitando versos de *Echeverría*, que, en aquella época, llenó los salones con sus tiernas endechas, y cantos como *La Cautiva* y las preciosas canciones de *La ausencia* y *La aroma*. Esta última:

"Flor dorada que entre espinas
"Tienes trono misterioso;
"¡Cuánto sueño delicioso,
"Tú me inspiras a la vez!"

A las cuales ponía música el gran compositor argentino don *Juan Pedro Esnaola*. Recitábanse tam-

bién trozos escogidos de alguna comedia festiva, entre las que primaban las de *Bretón de los Herreros.*

Como la declaración amorosa del usurero, don Elías a Isabel, una de las escenas más típicas y saladas del "Muérete y Verás", versos, cuya reproducción no ha de desagradar, seguro estoy de ello, a mis indulgentes lectoras...

Allá van como muestra:

Yo la voy a declarar
Mi amor, y laus tibi christe,
Para un asunto de urgencia
Que diré en lenguaje explícito,
Concédame usted, si es lícito,
Cuatro minutos de audiencia.
Yo la amo a usted. Más conciso
Ningún amante sería,
Y es que entra en mi economía
No hablar más de lo preciso.

¿Qué declaración de las del día puede compararse a la de don Elías?

¿Hay nada más espiritual en el sentido del *hombre-dinero?* Y eso que en la época en que tales versos recreaban a la sociedad, ni noticias había *de esta suba y baja del oro.*

En la tertulia había para todos los gustos de la época. Una de las diversiones consagradas era el juego de la lotería de cartones, juego en que todo el mundo tomaba parte y con más razón los jóvenes, apostando, por supuesto, con la pretendida al *ambo* y dejando el *terno* y el *cuaterno* para la Señora de la Casa, que perdurablemente se sacaba la lotería, y muy pocas veces se le hacía cantar los números para rectificar y entregarle el producido. Pero también a este juego se hacían trampas.

¿Cuándo no la hay si las faldas intervienen? Véase sino lo que *Bretón,* el mismo tuerto, pone en

boca del ínclito *Quevedo* en su famosa letrilla del Corregidor de marras.

¿QUIEN ES ELLA?

En todo humano litigio
No hay remedio!
A no obrar Dios un prodigio
Habrá faldas de por medio.
Danza en ello una mujer
Casada, viuda o doncella,
Luego el hito está en saber
Quién es ella.

Ya ven mis amables lectoras que no es juicio mío, sino de uno de los más renombrados poetas.

La mujer es tramposa por instinto, *hablo con debido respeto*, y así nos pasábamos por debajo de la mesa (incitados por ellas) los números; y por esto los envidiosos solían decir en medio del silencio en que no se oía sino cantar: los dos patitos, la horca de los catalanes (el número 11), los anteojos de Pilatos; de repente salía una voz con este domingo 7 *¡un* Padrenuestro y un Avemaría, para una mano que se ha perdido! y todos, como era natural, *todos* sacábamos la mano izquierda de debajo de la mesa, y la mostrábamos, en prueba de que ninguna se había extralimitado *en nada*... ¿Ustedes me entienden?

¡Oh! inolvidables noches aquellas: ¡qué distintas a las de hoy en que todo es a la francesa y mucho *corzet* ajustadísimo, figurando cinturas imposibles, que, a Dios gracias, no existen tales, pues serían contrahechos sus cuerpos que perderían así la curvatura de las líneas, que son las bellas, según la estética! Alguien ha dicho, y dicho bien: "que las mujeres son las mayores enemigas de sí mismas".

Sobre unos trajes blancos, generalmente sencillos, sin adornos de coloretes chocantes, sino matizados con cinturones, las más veces celestes, simbolizando el patriotismo, con que aprisionaban aquellos lindos cuerpos de mujeres que voy a citar en seguida, y que bajo sus dominios tenían aquella mozada de lindos tipos (que también nombraré), productos de la raza española sin mezcla de gringo, o gringa, que, si embellece el todo del nuevo producto, descompone, agrandando las extremidades. Ya ustedes saben a lo que aludo.

Entre los mozos, como aquí llaman las muchachas a los jóvenes, hubo dos que si nada debieron a la belleza, tenían, en cambio, la gracia natural y festiva en el decir; eran hombres ocurrentes y muy festejados de todo el mundo. El uno fué el doctor don *Nicanor Albarellos* que quedó cojo de resultas de una herida de bala *en la pierna;* y el otro el conocido *Ibarvals* (de Salta), estudiante de la Universidad, en donde hacía *raya* entre los demás de su clase.

Ibarvals era más alto que Albarellos, y cuando al encontrarse se saludaban de una a otra vereda, éste le hacía sentir su superioridad, indicándole con la mano que quedaba más abajo, hasta que un día que Ibarvals venía distraído, al encontrarlo Albarellos se trepó a la reja de una ventana en la calle Florida, por donde merodeaban ambos, y desde allí lo saludó, dejándolo vencido, pues no tuvo una igual donde treparse Ibarvals a su vez. Y estas cosas no pasaban desapercibidas; pues las historietas iban luego a parar a los salones con los correspondientes comentarios.

Así vivían éstos en perpetuo jolgorio con todo el mundo; recuerdo el episodio de una carta dirigida a un condiscípulo no muy aventajado en sus estudios de la Universidad.

Vivía éste en Córdoba, donde había sido nombrado Ministro de Gobierno, cosa que les causó, como era natural, grandísima sorpresa; Ibarvals le dirigió una epístola de felicitación llena de intenciones. Júzguenlo mis lectoras, decía así:

Señor don Fulano de Tal (aquí el nombre del flamante Ministro).

"Felicito al Gobierno de Córdoba por la acer-
"tada elección que ha hecho en la persona de
"V. E. Efectivamente, qué son *Pitt, Chatan* y
"*Lord Aberdéén* al lado de vos, Señor?... Son co-
'mo menguadas palomas al lado de un avestruz"...

. . . . . .

Parece que el hombre tragó el anzuelo, porque contestó agradecido a esta fineza, que fué ocurrencia muy aplaudida, y quedó consignada en las imborrables páginas de la historia.

Pero volvamos a mi cuento.

¡Ahora hablan de mujeres lindas!... ¡Convenido! pero si hubieran visto ustedes las mujeres de aquel tiempo se darían contra un colchón matándose de pena ya que vivimos en la época de los suicidios.

Eran criollas *pure sang,* como se dice hoy, de esas que ahora todos pretenden y buscan, de raza árabe, con ojos negros cargados de *sal y pimienta* que picaban; con pestañas largas rizadas *de esas que ya escasean,* pues conozco muchas que se han cambiado el color castaño del pelo, que participa de las dos bellezas, por el cabello *dorado* que resulta en constante pugna con el matiz de los ojos. ¡Y esto de enmendarle la plana a la sabia naturaleza, tiene más de *siete* bemoles!

Pero ya he dicho, y no me cansaré de repetirlo, que las mayores enemigas de las mujeres, *son ellas mismas.*

CAPITULO IX

Por más que no quiera establecer comparaciones entre lo que pasaba en *antaño,* y lo que pasa hoy, es fuera de duda que la sociabilidad de ayer hacía más llevadera nuestra vida. Las tertulias se improvisaban sobre el núcleo de los íntimos; y los verdaderos saraos ponían de manifiesto la familiaridad culta, sencilla y digna que mediaba entre las niñas y los mozos, como consecuencia de la vida social que frecuentaban.

Yo ví últimamente una especie de resurrección de estas costumbres... fuí al Tigre, y tanto... y tanto me agradó... que publiqué el artículo siguiente que bien puedo intercalar aquí, siquiera sea imitando a Cervantes, que también intercaló su novela del *Curioso Impertinente.*

"Y no me digan a fe
Que pintan ciego a Cupido,
Lo será después que ha herido,
Pero antes de herir bien vé."

FRAY GERUNDIO.

¡No se cuchichea otra cosa!

Hay una especie de revolución social, allá en el fondo de los hogares juveniles, sobre la impresión producida por las reuniones improvisadas en el

hotel del Tigre, en el lindo pueblo de Las Conchas.

Y ha hecho más impresión este acontecimiento social que la revolución de Julio, que por ser demasiado grande, fueron demasiado chicos sus resultados, para las legítimas aspiraciones del pueblo todo.

Una pléyade numerosa de juveniles rostros, con *toilettes* de matizados colores, que brotaban rozagantes como en campo de dalias y glicinias, apareció en las reuniones del Tigre-Hotel, en la noche del último domingo.

¡Y no hay que ir a Europa, esta manía de la actual generación, en busca de lo desconocido, y en donde las flores frescas de la primavera de la vida, ni reverdecen espontáneas como aquí, ni se brindan a las caricias del sol vivificante! Como si hubiera perfume comparable al que exhalan los pimpollos de nuestros jardines, al recibir las caricias de la aurora argentina, como dirían los poetas si las describieran.

Para convencerse bastaba ver las que se agolpaban presurosas a las puertas del hermoso salón de fiestas, del más lindo y coqueto pedazo de tierra que poseemos, tierra que recién nace, fresca y vigorosa, surgiendo como Berenice de las aguas que la ciñen amorosa, aquí el Luján caudaloso, allí el río de Las Conchas, pintoresco y sombreado, allí el Tigre, con su gran puente de hierro, bordado a una y otra margen de construcciones bonitas y lujosas.

Por la superficie tranquila corre la sencilla canoa de los isleños, como decía el señor Marcos Sastre en sus poéticas descripciones del Tempe Argentino.

Por allí también van los largos y enjutos botes llamados ingleses, que como espadas que avanzan

parece que quieren atravesar alguna caja de hierro repleta de algo que suena, y se deslizan al impulso de los fuertes puños sajones (o de los que se quieren hacer sajones), serios y poco impresionables, sangre inglesa, compatriota de las libras esterlinas.

Allá van por aquellos ríos, que poetizan los árboles y que predisponen al sentimentalismo, por no decir al amor, reflejando los sauces llorones tan lindos y majestuosos que adornan sus orillas...

¡Reman, para fortalecerse!

¡Dichosos ellos!... yo los admiro, pues siempre he estado en la otra alforja!...

Pero también se mecen en aquel cristal de las aguas, los vaporcitos tripulados por muchos argentinos, en charla perpetua y franca, llena de alegrías bulliciosas, atribuciones todas de nuestra raza, a que predispone un sol explendente que calienta nuestra sangre al abrigo de un cielo en donde no hay nubes eternas ni caen nieves (porque para hacer los helados, hay que traer las máquinas o las heladoras de afuera).

Es por esto que tenemos un corazón tal cual, y un alma de esto que estalla.

Reflexionemos un poco.

Se observa, en general, que las mujeres se aman poco unas a otras, naturalmente porque son rivales (ha dicho un célebre autor). Que sus amistades no llegan jamás a sacrificar una pasión, y que los únicos lazos que las pueden contener son los secretos de amor cuyas revelaciones temen unas de las otras. Por esta razón cree el mismo Montaigne que la mujer es incapaz de una amistad verdadera, porque no tiene bastante fuerza de alma, ni está libre de preocupaciones contra otra mujer, y que sólo con el hombre, o con los niños, se exaltan sus afectos hasta el heroísmo.

Todo esto sucede, generalmente, en el mundo de los altos salones aristocráticos.

Pero en estas noches del Tigre, que harán época, esto no sucede, quizá por la razón de que todas son muy jóvenes, y no diré lindas por no ofenderlas con la verdad; y porque en estas reuniones formadas por casualidad y no por el cálculo, no se estilan estas cosas, ni se hila tan delgado; y entre mujeres hay que andarse con mucho tiento para no revolucionar el avispero.

¿Hasta dónde van estas lindas mujeres que ostentamos y que son el orgullo de nuestro país? ¡No lo sé, pero lo presumo!

¡Ha sido una barbaridad la que han hecho nuestros padres al habernos hecho nacer *tan antes!*

Yo las veo, y es excusado decir que las admiro, por las calles, en Palermo y aquí. Parece que todo lo bueno se ha dado cita y ha dicho: no faltemos el domingo. ¡¡Pero!! así como estamos: *sans-façon, sans ceremonie, sans compliments...*

. . . . . .

Y esto es lo que más consuelo ha dado al espíritu del observador: que el lujo y la tirantez han desertado de aquel lugar; y si no fuera por recordar cosas desagradables, podríamos decirle al lujo, *ya se fué,* para ser reemplazado por la gracia, por la sencillez y por la más coqueta elegancia de la moda de este verano.

¡Qué encanto al verlas salir presurosas de sus coches o landós, adornadas de esos preciosos sombreros de la estación, en los que jamás la moda ha interpretado mejor las ideas de la gracia, de la elegancia y del adorno juvenil.

Pero suenan los primeros acordes de la invitación a la danza y esas aladas mariposas, se lanzan al salón a participar de los goces inmutables del

vals y de la mazurka; y comienza la charla, pasando una noche de francas alegrías inolvidables.

El público clásico también goza, y sobre todo, las mamás que se extasían viendo a sus retoños de *un tiempo que fué* lucir las gracias y la belleza que ellas les dieron al nacer.

¡El hogar argentino estaba vacío!

¡Las niñas no tenían visitas!

¡El registro civil no publica nombres conocidos y la familia se acorta!

¡La juventud viril anda huyendo de la quema! Pasea en caballos rusos que el papá les obsequió. Y las carreras, los clubs de esgrima y otras hierbas los atraen, los aprisionan y los ocultan.

Esto no debe seguir así, y sin querer ser el diablo predicador, estoy haciendo una cátedra de procedimientos salvadores...

Esperemos la reacción; y las reacciones son benéficas cuando se vuelven los ojos al hogar de la familia, en donde la amistad campea, y los devaneos de una pasión correspondida los aguarda.

Vamos, pues, adelante aprovechando de la lección inesperada que nos ofrecen las reuniones, inauguradas bajo tan buenos auspicios.

Ahora, para terminar:

Si yo fuera a decir quién o quiénes fueron las que se llevaron la palma de la victoria, sería ponerse a mal con muchas, y quizás *ni las gracias* de las otras.

Y como sobre gustos no hay nada escrito, juzgando por mis impresiones me daría a mí mismo un soberano chasco.

Yo soy como muchos otros: *de la última que ven.* ¡¡Cada uno es como Dios lo hizo!!—*Au revoir.*

S. CALZADILLA.

Las Conchas, Enero de 1891.

CAPITULO X

Y los Convites de los días del Santo, o de los "días de días" como decía Fígaro, ¿dónde se me quedaban? Sin embargo, pocos rasgos como los que consagraban esos astros, pueden dar idea más cabal de las costumbres de la época, que por otra parte parece favorecida por un conjunto de las bellezas más típicas de nuestra raza.

¡Qué lujo el de aquellas mesas, y qué manjares todo criollo, como va a verse! ¡Qué franca cordialidad, y alegría sin misterios ni hipócritas manifestaciones!

En estas fiestas, como se suele decir vulgarmente, los dueños de casa "echaban las puertas por las ventanas", los invitados a ellas quedaban apalabrados para el convite del año próximo, y la mayor parte de los íntimos de ambos sexos jamás faltaban, aunque la invitación tuviera un año de fecha y, ni hubiera *tarjeta de por medio.*

Como a estos convites, parodiando las bodas de Camacho, asistía tanta gente, la vajilla andaba escasa. Las fuentes y platos, y sobre todo las cucharitas de café, eran insuficientes.

En ese tiempo era rarísima la persona que poseyera más de una docena de *cucharitas,* que yo supiera a lo menos; y no por otra razón que la

de una costumbre inveterada de que para los casos extraordinarios, *extraordinariamente* se proporcionaban estos utensilios entre los más conocidos amigos.

Había, pues, que pedirlos a la vecindad, y la costumbre era tan arraigada, que todo el mundo contribuía con la mejor voluntad.

Verdad es que este servicio era correspondido a su turno, amén de los intereses que como se estila ahora, con los descuentos en los Bancos, se pagaban al contado, es decir, con las fuentes de riquísimos dulces, al devolver éstas y las demás piezas prestadas, con el mensaje obligado de agradecimiento, para lo cual había siempre reservado el negro, o la mulata más ladina de la casa... la de los mandados a la calle.

Este mensaje era uno de los rasgos más salientes de la costumbre... "*manda decir la señora, que cómo está su mercé y el señor, y cómo están los niños*... que le da las gracias... y que aquí le devuelve a *su mercé, las fuentes, con estos dulcecitos para que participe su mercé de la fiesta, y los tome con los niños...: y que por qué, no ha asistido su mercé? ¡Ah! Y dice la señora que si puede mandarle los moldes del vestido que le trajeron de Europa a la señora de Tompson, que se los volverá pronto*, etcétera etc., etc., y al decir esta última frase, entregaba las fuentes, o los platos, colmados de dulces..., los cuales eran el regalo *obligado* de todas las relaciones y amigos del festejado en su santo, regalos que a granel y en procesión llegaban de todas partes.

Estos bucólicos obsequios procedían, salvo excepciones, de la confitería de Monguillot, calle Victoria, en donde hoy existe (¡qué coincidencia!) el Pasaje de Roverano.

Así hay lugares consagrados por el tiempo, des-

tinados en todas las épocas a primar para un *servicio dado*, o para la consagración de los mismos hechos en todos los tiempos.

Pero sigo con los convites. El servicio de la comida se hacía después de *sentados* a la mesa los invitados, a lo *castellano viejo;* de modo que siquiera podían saborear la sopa caliente, a diferencia de ahora, que nadie ha de quemarse el paladar, pues poco falta para que las sopas sean *frapées a la neige*... Alabo el gusto, no participo de él, y sigo mi cuento.

¿El *menú?* ¡qué esperanza! ni el nombre se conocía entonces; y las fuentes de la comida se servían, como es de práctica por la sopa, *espesita,* de pan o de fideos, con cuyo recuerdo se me está haciendo *agua la boca.* Se le ponían huevos estrellados, lo que la hacía valer un ciento por ciento más, que la llamada *consomé,* que más bien debía titularse de la *consunción* por su falta de sabor y mal gusto, que tiene esa agua turbia e insulsa, que se hace con una cucharada de extracto de *Lievik* de que se compone, generalmente, por la facilidad, más bien que por el mérito de la preparación.

Después venía el puchero servido por muchos criados, prestados por las vecinas de confianza, sin que ninguno diera en bola. El puchero era la antigua *olla podrida,* plato español, muy suculento, como todos lo saben, compuesto de excelente carne de pecho o de cola, con una o dos gallinas más gordas, más que las de... y con arroz, garbanzo, zapallo, tocino, chorizos y morcilla. Estos últimos elementos eran tan nobles, en el sentir de los aficionados, que se saboreaban entre comentarios como este de la señora Juana de R... "que agradable es la morcilla negra". ¿No es cierto, misia Mariquita? Todo esto se servía en platos por separado,

para que cada uno tomase lo que sabía mejor a su gusto.

Las papas faltaban, porque, como se importaban de Francia... ¡quien lo creyera!... en canastos, y no siempre caían a tiempo para el Santo de todos.

Pero no faltaba el zapallo que suplía perfectamente, y no pocos lo preferían, por su sabor exquisito, teniendo, por otra parte, para las del bello sexo un mérito especial, pues decían que hacía engordar, y redondear las pantorrillas. Que digan mis lectoras si no era justificada la preferencia.

Todo esto, con salsa de tomates que acompaña al puchero como el *Violín al Piano,* aguzando el apetito, y uno era capaz de comerse todo lo de la fuente, sino se esperaran los guisos, entre éstos, el estofado con pasitas de uva, *el quibebe* o la clásica y sabrosa carbonada. Como los pastelones en fuente, con el recado de pichones o pollos, pues si bien la cocinera era eximia para los pastelitos *fritos,* no lo era para los de fuente, que como generalmente no había horno en la casa, se mandaban a la panadería vecina, de donde, o venían quemados o fríos... pero la concurrencia aseguraba, a pie juntillo, que todo estaba muy rico, y que la masa era muy tierna, aunque realmente fuera más dura que una suela salteña.

¿Y dígame si no es lindo esto contrapuesto a la exigencia que hoy es tan insoportable en la fastuosa civilización presente?

Tampoco faltaban las *humitas* en chala, o el célebre pastel de choclo, de que es decidido partidario el autor de estas líneas, las humitas que se servían como platos de *verdura* o de entremés, para esperar la aparición del *Pavo,* que había sido engordado en el espacioso corral de la casa que ge-

neralmente tenía fondo completo (75 varas, lo que daba lugar para todo).

Allí, pues, se cebaba la víctima desde un mes antes, con nueces enteras (al pavo, se entiende), comenzando por una hasta llegar a la docena del fraile, que, como es sabido, es de *trece piezas,* que le introducían por la fuerza (al susodicho pavo), al gañote, empujándolas al buche, con el dedo, y haciéndolas correr, como quien se pone un guante ajustado en el índice; el animal sufría impasible todo lo que le hacían, PUES PARA ESO ERA PAVO.

Menos faltaba la ensalada con mucho vinagre y poquísimo aceite (al revés de la máxima italiana) que se servía con el asado de costilla (no de la costilla de Adán, de donde salieron aquéllas que ustedes saben), sino del Mercado, con lo que se daba por terminadas las descargas de la gruesa artillería, a lo *Armistrón,* como le decía su Señora que nunca pronunció correcto en inglés, el nombre de su marido, Mr. Armstron (brazo fuerte, según su escudo de armas).

Un buen rato de emoción se sentía cuando aparecían los criados con los regalos de los amigos que eran las fuentes de dulces... ramilletes... confites y yema quemada, pues ninguno se hubiera atrevido a enviar, como sucede actualmente, regalos de *Brillantes...* de *Brazaletes,* o de *Piochas,* costumbre introducida en la época presente, por el que... YA SE FUÉ... y está ya de vuelta, recurso que él puso en práctica como cualesquiera otro; pero no para ser empleado con ninguna de estas familias antiguas y honorables, las cuales *hubieran tomado* semejantes regalos, en tales ocasiones, como un insulto grosero al honor y una burla al buen sentido...

Así, sólo se aceptaban, como ya lo tengo dicho, los dulces, los ramilletes, etc., etc.

Pero los comensales daban preferencia a los postres hechos en la casa, de *leche-crema* (como la llamaban) a la cual, extendiéndole una capa de azúcar pisada o molida polvoreada encima, quemaban con una plancha hecha ascuas, y con cuya operación quedaba con un sabor exquisito.

Como también el sabroso dulce de tomates, o de batatas... ¡pero qué batatas aquéllas! tan grandes y tan apetitosas, a diferencia de las de hoy que de pequeñas parecen degeneradas, formadas de puras fibras por más que le gusten a Pellegrini, porque todo se ha empequeñecido en estos tiempos de crisis, hasta el tamaño de las batatas.

Había... pero no se conocía mucho, el uso del vino champagne como ahora; sino que nos gloriábamos bebiendo el rico *vino-carlón* que también llaman *priorato* (por disimulo), el rico *Jérez* y el *Oporto.* Y no porque no hubieran otros vinos como dijo una vez un hermano muy mentiroso de mi inolvidable *mentor y amigo* J. C. O. que en casa de éste cuando fué proveedor del ejército del general Urquiza, después de Caseros, había tenido lugar un convite, en que hubo 32 clases de vino, sin contar con el carlón.

No era indispensable, pues, el champagne para que se manifestara la más franca alegría al sonar las gruesas de cuetecitos de la India, de que estaban colmados los almacenes, o las pulperías, como las llamaban entonces; cuetecitos que quemaban los niños, y los criados de la casa en el festejo.

Con el tronar de los cuetecitos estallaban también los brindis, por lo regular en verso, siempre cuartetas, como ésta, por ejemplo, en ocasión como lo describo, endilgado a don Pedro Plomer por el capitán de la fragata mercante *Eloysa* (nombre de la hija de su armador), un catalán más cerrado

que una caja de sardinas, el cual, a la voz de "que brinde el capitán", exclamó:

¡Oh! qué tiempos aquellos tan dichosos!
Y éstos, cuán calamitosos!
Pero cómo ha de ser!!...
Brindo, *por don Pedro Plomer.*

Y trás esta andanada estallaban a su vez los aplausos de la concurrencia. A estas fiestas que dejaban muy atrás a las de la histórica mención, jamás faltaba solícito Mr. *Le-long.*

Y después, a bailar, esperando todavía el chocolate de la despedida, con la buena música, al piano, tocada por uno de esos mulatillos que hacían dar traspiés a los mismos muebles, como a los más recalcitrantes, que eran muchos, aunque no tantos como al presente, que *lo son casi todos.*

Y era tal la perfección con que tocaban e improvisaban los *Minuetes,* los *Valses* y las *Contradanzas,* tomadas de motivos de óperas de *Rosini* o *Donizetti,* estos célebres pianistas del país, Marradas o Espinosa, que si alguno de ellos faltaba, la fiesta era pálida y las parejas quedaban descontentas.

En prueba de la popularidad del último, voy a referir un episodio sabroso (aunque éste pertenece a 20 años después) en que, sin embargo, imperaban las costumbres de antaño.

El hecho tuvo lugar con motivo de la presencia del gran pianista y compositor *Segismundo Thalberg,* que tomando las dos escuelas, la de la armonía y la *de la brillantez,* de que fué genuino intérprete el pianista *Enrique Hertz,* Thalberg combinándolas fundó en esta reunión el sistema de sus grandes composiciones, que han quedado como un rastro de luz en el mundo del arte en sus obras magistrales, para los pianistas.

Una feliz circunstancia lo trajo a Buenos Aires, entusiasmado por los elogios que de este país le hiciera el coronel don *Silvino Olivieri,* que había sido nuestro jefe de la *Legión Valiente,* renombre y decreto que este cuerpo conquistó por sus hazañas durante el sitio de 1852 a 1853.

El coronel Olivieri regresaba de Roma, desterrado por el *Rey Bomba,* y entregado al gobierno de Buenos Aires, que lo había sacado de las prisiones de *San Angelo* que con muchos otros patriotas habían caído por libertar y hacer la Unidad de Italia.

Thalberg había venido a Río de Janeiro, inducido a ello por el Emperador D. Pedro II, y de ahí lo tomó Olivieri, y lo trajo aquí.

La aparición entre nosotros de este hombre que había llenado el mundo con su nombre y sus composiciones, lo mismo que por su portentosa ejecución, causó una profunda sensación en el antiguo teatro de las Comedias, después *el Argentino,* situado en lo que fué hace poco *Un pasaje,* frente al Hotel de la Paz, hoy Hotel Central, ejecutando sus inimitables y grandes fantasías y transcripciones con que encantó al auditorio absorto de oir aquella extraordinaria novedad, aquel conjunto de composición y ejecución, al parecer reservadas a su genio.

Las fantasías sobre el *Don Juan,* de Mozart; la *Semiramide* y el *Moisés,* de Rosini; el *Elixir de Amor* de Donizetti. *La Muette de Portici,* de Auberg. Su célebre Andante en *re* bemol. El Tema y Estudio en La menor, esa invención de su genio, repetida en cada noche de sus conciertos, a pedido del auditorio, siempre numerosísimo, fueron las obras magistrales con que se dió a conocer, arrebatándonos de entusiasmo, su genio musical, y cap-

tándose por completo la admiración del mundo porteño que tuvo la felicidad de oirlo.

Ahora, para satisfacción del amor propio nacional representado por las hermosas mujeres que lo aplaudían en las revelaciones de su saber y de su arte, diré a mis lectoras, también, que Thalberg apareció en Buenos Aires a principios de Octubre del año (de que no quiero acordarme), y encantado por las atenciones de la sociedad, como por la bondad del clima que tanto elogiaba, y quizás por el irresistible atractivo de tantas beldades, se quedó hasta fines de Febrero del año siguiente... ¡Cinco meses de residencia entre nosotros, en vez de un mes! lo cual era una concesión excesivamente lisonjera para el país.

Agregaré aquí, que se quedó con razón, pues la Cazuela de ese teatrito, esta invención porteña, muy cómoda y de fácil acceso para las familias, fué un jardín de flores vivientes de señoritas de las más lindas y prestigiosas de la época, (de 20 años después), y de la aristocracia que lucía sus galas antes que nuestra naciente *bourgeoisie* nos invadiera. Entre las que llevaban la voz era la prestigiosa Carolina Senillosa, que con sus compañeras inventaron *la lluvia de flores deshojadas,* que pronto parodiaron para las artistas de Colón, con la cual festejaban, al final de la noche, al noble y aristocrático pianista en admiración a su inmenso talento.

¡Pues bien!... (y allá voy, como decía Rufino Elizalde cuando se salía de la cuestión, como me he lanzado yo ahora, 20 *años,* a mis viejos cuentos). Todo eso que he dicho del pianista fué paja molida ante el poderío de Espinosa para una señora (bien gorda, por cierto) que salía del concierto, cadenciando, acompañada de sus hijas, que llenas de noble entusiasmo, por la ejecución tran-

quila, aunque portentosa del pianista, que no había podido conquistar a los rebeldes oídos de la gorda, le rebatían diciéndole:... ¿pero, mamá?, esto es un encanto...; si este hombre es un mágico... mamá...

Pero la señora, firme en sus trece, y al verse ya casi vencida... contestó:

—Es cierto que este señor toca muy bien, pero... ¡cuándo ha de tener *el compás de Espinosa!!*

¡Oh! qué noches inolvidables aquéllas! y solo parecidas a las que dos años después pasamos, también en ese mismo teatro, viendo y oyendo a la trágica *Adelaida Ristori*, artista de alto coturno y de inolvidable recuerdo, que hacía *llorar* o *reir* a su voluntad, en la interpretación de la tragedia, o en el drama de *Sor Teresa*. La sublime artista tuvo su digno intérprete en la prensa, en los artículos de *La Nación Argentina*, escritos por el notable periodista y literato, don José María Gutiérrez.

CAPITULO XI

Dos pasos a retaguardia, otra vez, para reanudar los hilos de nuestra relación, en los tiempos pasados; aquellos de las plácidas horas sin las trabas y exigencias de la actualidad, verbigracia. Misia Margarita Cabrera (Q. D. G. en su santa gracia), era una señora de campanillas, como se decía; muy ilustrada, y con ribetes de poetisa. Con ocasión de haber sido nombrado canónigo de la catedral de Buenos Aires el ilustrado sacerdote Colina, hubo un gran convite en su honor, al cual asistió esta señora, y en las expansiones de la fiesta, que fué muy sonada, teniendo la señora un momento de poética inspiración, levantóse de la silla y pronunció con cariñoso acento la siguiente octava, improvisada, que fué estruendosamente aplaudida.

Dijo así:

"Tu mérito y virtud, Colina, alabo,
Que la Patria recompensa en este día;
¡Oh! que llegues a disfrutar la canonjía,
Con todos sus acentos hasta el cabo,
Y en calma, y en honor, y en alegría,
De contratiempos y disgusto, salvo,
Llegues a conseguir, ser de tu suelo,
¡Obispo! que después se vaya al cielo."

Las mismas señoras de Colina y las de Barquín, muy renombradas familias de la antigua nobleza, tenían reuniones diarias (no recibos cada ocho días), en las que no faltaban ni el buen tono, ni la franca alegría. Alzaga, Marced y el joven Arriaga, especie de triunvirato social, que antes del luctuoso suceso, pertenecían a la más escogida sociedad, cuando de mañana pasaban por la puerta, Alzaga les decía:

"Las Colinas son de azúcar
"Las Barquines de almidón...
"Las tengo en el corazón."

Pocos años después la fatalidad cubrió con su negro manto a estos tres nombres.

Un día, nuestro inolvidable maestro de la escuela del barrio del Colegio, don Rufino Sánchez, llevó los niños (y al mismo tiempo hizo distribuir en la plaza una sentida invocación), de sus clases, a presenciar en corporación una ejecución capital que tuvo lugar en la plaza de la Victoria, delante de la Casa de Justicia (antes que un rayo que cayó en la torre borrara las tres letras *Jus,* dejando solo *ticia*) que en doradas letras tenía incrustada la fecha de su construcción, el año 1711; y que el pico destructor del obrero, en esta manía de renovar todo lo viejo... le cayeron encima, (¡pero al pobre de mí, no lo renuevan nunca!...) la echaron al suelo con la célebre campana de las horas, que en 1810 sonó llamando a las armas a los patriotas para la revolución de la independencia y de la libertad.

¿Qué es de esta célebre reliquia? ¿Dónde está, pues? Y, ¿por qué no la vemos en el museo?

¿Cómo ha de despertarse en los argentinos el amor a la patria, si desaparecen hasta los signos materiales de sus gloriosos antecedentes? (1)

(1) Después he sabido por un amigo que esta campana es la mismo que sigue marcando nuestras horas colocada actualmente con el reloj en la torre de San Ignacio.

Como iba diciendo, pues, fueron fusilados los dos últimos, permaneciendo colgados en las horcas todo ese día, para desagravio del pueblo que había presenciado el horrendo crimen contra la amistad y la moral.

La justicia de los hombres fué inexorable en la aplicación de la última pena impuesta a los que pudo aprender, sin embargo de los empeños de las más respetables familias y de la magistral defensa que hizo el doctor Gabriel Ocampo, el insigne abogado del desgraciado joven Arriaga.

La defensa del doctor Ocampo, con que éste se estrenó en el foro de Buenos Aires, fué una novedad, que estableció su fama de jurisconsulto. El gremio de abogados lo acompañó hasta su casa, felicitando así al joven abogado de la Universidad de Córdoba.

Ahí está uno de ellos ,el doctor Estévez Seguí, que no me dejará mentir.

El doctor Ocampo ha conservado, probablemente hasta su fallecimiento, un magnífico reloj, que Arriaga le entregó en la prisión misma como muestra de gratitud y recuerdo de aquella famosa defensa...

. . . . . .

Aseguran los de la época actual, que en esos tiempos nuestra sociedad era menos civilizada; era atrasada!

En defensa de aquella época, nada diré a mis lectoras, sino repitiendo la siguiente estrofa:

En tiempos de las bárbaras naciones,
Colgaban de la cruz a los ladrones;
Hoy en tiempos de *bancos garantidos*, y de luces,
Del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

Dirán que esto no es verso; yo diré como el inglés del cuento: no será verso, pero es verdad.

Suspendamos por un momento mi relación, para una ampliación.

Complementaré lo que dice el señor: "Otro que pesca", respecto de la novela *El Duque de Kandos,* del señor Matthey, con justicia incorporado a la Société des Macanneurs.

Encontrábame en París, cuando vi anunciado en el cartel del teatro des Nations, hoy de la Opera Cómica, un drama: *El Duque de Kandos,* cuya escena pasaba en Buenos Aires.

Fuí a la representación...

¡Cuán enormes eran los títulos del autor para incorporarse desde entonces a la Société!

La escena representaba una casa de la calle de Libertad en Buenos Aires—la protagonista se llamaba Mariquita y el ídem Cuchillito.

Por quítame allá esas pajas, aparecía un indio, por igual razón se colaba un tigre en el salón de la casa calle Libertad, en Buenos Aires, el cual tigre era despachurrado por Cuchillito y por el indio, entre los deliquios de Mariquita, que se echaba aire con tamaño abanico de plumas.

No faltó quien creyese que el autor había sorprendido a los guardianes del Manicomio, porque parte del público extranjero, argentino y americano, atraído por el anuncio, se desternillaba de risa en las escenas más serias del drama.

Dejando el comentario de esta curiosa ampliación para mis lectoras, especialmente en lo relativo a la ausencia de las sombrillas, al tamaño de los abanicos y a la presencia familiar del tigre en la casa de la calle Libertad, sigo mi relato.

Las señoras de Herrero, una de éstas casada con el coronel Ramírez, daba tertulias más de confianza sin los pianistas Marradas, ni Espinosa, pero en las cuales todos prestábamos nuestro contingente musical, y nos deleitábamos toda la noche,

al calor de un rico mate de verdadera yerba paraguaya, o de un rico vaso de agua pura y fresca, endulzada con el clásico panal; y... que siga la contradanza, o en cambio que bailen un minuet a cuatro, Emilio Castro y Juan Antonio Fernández, infaltables a estas fiestas y parroquianos natos, perennes que llevaban la batuta, pues tenían conquistado su prestigio entre las asiduas concurrentes a estas tertulias.

A lo menos, no sé si con razón o sin ella, yo le tenía mucha envidia a Juan Antonio, porque me parecía que una rubia que por allí andaba haciendo raya por su belleza, y que coqueteaba con varios mozos, a mí ni caso me hacía, mientras que por Juan Antonio tenía muchas confidencias... ¿Han visto ustedes qué malas son las mujeres algunas veces?

Otra tertulia se improvisó poco tiempo después en la espléndida casa del señor don A. Van Prat, en la misma manzana, adonde acudían lindas señoras y jóvenes. Tertulias que se hicieron muy animadas y divertidas bajo la cariñosa dirección de la señora del señor Van Prat, a punto que las reuniones fueron a poco andar las más solicitadas.

Nada faltaba en ellas, pues el confort más apropiado con que obsequiaban a los invitados los dueños de aquel hogar inspirando la confianza, producían el buen humor, y las tertulias resultaban por ende animadísimas.

Por aquí, como por los otros centros de buena sociabilidad, lucían su belleza la señora Martina Linch de Bernal, esposa del colector de la aduana. La llamada estrella del Sud, hija de la señora Casilda Igarzábal de Peña. La lindísima Juanita Rivero, esposa después del señor Barnechea; Carmen Zavaleta, después llamada de Saavedra.

porque ya aparecía augurando ser estrella de magnitud.

La linda señora Rosario de Vedia de Barata, Manuela Beláustegui de Bustamante, a la que siguió María Antonia, su hermana, hoy de Cazon. Manuela Rosas de Bond (hermana de Agustina), casada con un inglés, médico del restaurador. Ana Mármol de Laserre. La estrella del Norte, como la llamaban a Brígida Martínez, después esposa de Somellera, hija del físico don Pedro Martínez, introductor del Pan-Quimagogo de Le-Roi, la cual tenía una hermana, Isabel, menos linda, pero que a mí me gustaba mucho, teniendo ese no sé qué, que jamás puede descifrarse.

La suerte de la fea
La bonita la desea.

Esto es lo que dice el refrán, y es cuestión que yo someto a la resolución de mis estimables lectoras —porque muchas veces en la duda ocurrióme preguntar a una de mis más atractivas amigas — fea, por supuesto; pero a pesar de mi natural franqueza nunca me atreví a dirigir la pregunta — y... ¡vamos adelante con los faroles!...

Enriqueta Montes Larrea, de quien estaba enamorado el inglés Atkinson; este mismo que casó después con la esimia cantora aficionada Inocencia García, a quien siempre acompañaba al piano el señor Esnaola.

La señora Delfina de Vedia de Mitre, las de Lavalle, una de las cuales fué esposa del distinguido abogado Marcelino Ugarte, Mercedes Baragañe de Zapiola y su hija. Angela Baudrix de Dorrego. La distinguida señora Creencia Boado de Garrigós, notable aficionada en pintura, Angelita, (beldad de primo cartelo) y Rosario Gallino...

en fin, la mar y sus orillas, a todas las que arrastraban el ala, como a las anteriores y renombradas bellezas que he citado, una pléyade de buenos mozos y candidatos de esposos, conquistadores de fama, porque donde ponían el ojo, ponían la bala. Estos leones eran... los que sabrán ustedes, si esperan unos días.

CAPITULO XII

Seguiremos, si a ustedes les parece, con la lista de los *Leones* cuya presencia es la prueba incontestable de la existencia de las beldades aquellas... pues donde hay tigres, indudablemente hay caza.

Y daré principio por uno de los más conspicuos, Carlos Federico, conde de Terrada, llamado socialmente Lord Ponsonby, por su elegancia y el papelón que había hecho en Londres, en donde se hizo notable por sus gastos, sus estravagancias, un si es, no es, semejantes a las excentricidades británicas; y en fin, por sus triunfos a la Lovelace, o sea, su amor *al prójimo femenino*. Luis y Floro Lavalle, Carlos Benavides, Manuel Masculino, ya antes nombrado — Pepe Sebastiani, el cual no hay por qué llamarle José, pues que a poderlo, él mismo protestaría de ello. Emilio de Alvear por su *bien faire* en los salones y su figura *correcta,* según el calificativo actual.—Pantaleón Molina, Isaías Elía, Juan Bautista Alberdi, Carlos Eguía, Diego de la Vega, y en fin, su hermano Ventura, el ilustre poeta dramaturgo, en cuyo nombre hago alto para consagrarle un recuerdo, como un paréntesis abierto en este capítulo, intercalando una comparación improvisada, inédita. Con motivo de un banquete dado en Madrid a todos los americanos en

el día de su santo, la condesa de Torre-Secres (no estoy seguro de este nombre), peregrina hermosura limeña, entusiasmó con su belleza a nuestro joven poeta, porque, como es sabido, una limeña tira más con una sola hebra de su cabello, que una yunta de bueyes una carreta cargada, *perdonando la mala comparación,* como dicen política y humildemente nuestros criollos paisanos. Vamos al cuento.

En cierta ocasión, mi buena madre fué a visitar a la señora doña *Dolores Cárdenas de la Vega*; ésta la recibió diciéndole: Tengo en la mano, misia Manuela, como efectivamente tenía y la mostraba, una carta de Venturita, y con ella vienen unos versos que ha improvisado en un convite dado por una señora limeña, esposa del conde de Torres-Secres, en un día de su santo, a todos los amigos residentes en Madrid.

La condesa era limeña y había salido de su país, con su esposo, cuando el ejército español se retiró de aquella capital. Antes de entrar en España quiso el conde que su esposa conociera a París y Londres, y que luciera su interesante persona, porque era no sólo muy linda sino muy elegante.

Establecidos estos antecedentes, se comprenderá mejor el *brindis* que pronunció en su honor el citado poeta, y que yo conservo desde entonces. En el momento oportuno y poniéndose de pie dijo don Ventura:

"Amor buscando una Ninfa,
Con quien dividir su Imperio,
Voló al lejano hemisferio
Del opulento Perú;
A orillas del Rímac,
Dudoso gira. do tú
Nacistes; amor te mira
Y fuistes la Ninfa Tú.
"Recibe, te dijo, "hermosa,"

La aljaba y el arco mío:
Ya desde hoy mi poderío,
También será tuyo... Inés... (1)
Vibra con frente serena
Los invencibles arpones,
Y verás mil corazones
Volar al punto a tus pies.
Dijo amor, y alborozado...
Torció el Rimac su corriente,
Y en aptitud reverente
Tu blanda cuna besó;
Sobre ella sus perlas ricas... (2)
Vertió la naciente aurora,
Y la flor que Mayo adora... (3)
Carmín a tus labios dió,
La ciudad que baña el Sena
Así te miró triunfante.
Cuando tu talle elegante
En sus jardines lució.
También el Támesi al verte.
Calma su faz alterada,
Y en su atmósfera nublada
Un rayo de luz brilló.
Honor de la Patria mía,
Hoy gala del Manzanares,
A ti debo mis cantares
Y mi lira consagrar;
Y si en tus labios de rosa
La dulce sonrisa miro,
Ni a gloria mayor aspiro
Ni Apolo podrá esperar.

Si estos no son versos, que me coronen a mí, como a Zorrilla:—Sigo mi nomenclatura de los leones que rodaban en torno de las beldades aquellas.

Guillermo Billinghurst, hermano de Mariano, este último que tanto se ha distinguido por su prodigiosa y progresista actividad que llamó la atención del Libertador Simón Bolívar, un día en que

(*) Nombre de la condesa.
(**) Sus dientes.
(***) La rosa.

muy jovencito se le presentó en Lima, para darle cuenta de que ya estaban prontos en casa de su patrón los zurrones de oro y plata para pagar al ejército.

Bolívar, al verlo tan listo, preguntó: "si todos los muchachos de 18 años eran tan vivos en Buenos Aires como éste?"... Aunque no todos se hayan distinguido como él, que jamás concibió él un negocio cualesquiera, sin ribetes de patriotismo, testimonio de ello es el tranvía a Belgrano, para cuyo movimiento construyó el puente de Maldonado, y el que levantó hasta el nivel de los techos, en la calle de Temple cuando éstos eran terceros (que no ha mucho).

Los Bedriñana, Bustillos Manuel José, hermano del actual general de este nombre, muerto en el Quebracho por Oribe el presidente legal, de luctuoso recuerdo. *Fermín Osua,* que, sin ser propiamente un buen mozo, daba su gatazo. Era más conocido con el renombre del "paquete *Osua*", renombre con el cual se apareció en Chile mismo; aprovechado por los demás argentinos para ponderar la tiranía de Rozas, decían al presentarlo en la sociedad:—"hasta el paquete Osua ha emigrado de Buenos Aires". Esta frase era la *última ratio* de los *expatriados*.

Don Vicente Peralta, que fué el feliz esposo de la linda y graciosa Carlota de Alvear; y por último el celebrado coronel edecán de gobierno, don Francisco Eréscano.

Terminaremos aquí, con calidad de por ahora, la cronología con los nombres de algunos ingleses acriollados, como los *Lyons,* los *Darwis,* los *Scolts,* sobrino del genuino Lord Ponsonby. Los *Millers* y Plowes, el buen mozo que con don Carlos Atkinson, presumían de jinetes y ninguno de los cuales, sin embargo, montaba en caballos ingleses

de cola rabona, sino en caballos criollos y briosos por consecuencia, como si dijéramos, para acompañar a *Juan Moreira* al ir a chulear y prenderle guetes al Juez de Paz, o pelear a la partida que lo buscaba para prenderlo.

Pues estos leones, todos ensimismados como eran, cayeron de hinojos a los pies de las criollas aquellas que ustedes saben, a cada una de las cuales le caía, como la saya, aquello de *Ventura de la Vega*:

"Mil corazones volar a tus pies"

y las muchachas o *mestizas* que tuvieron, son hasta ahora de aquello que da gusto de ver.

Así es cómo las tertulias, los *recibos* de ahora, que trato de describir, no comienzan propiamente dicho el día de la invitación, sino al siguiente. Esta moda o mala práctica, nos vino de Montevideo, donde comenzó a usarse, en la creencia, sin duda, de darse *tono;* porque hay gentes que piensan que incomodándose e incomodando a los demás, se dan aires aristocráticos.

Un Ministro inglés, que no quiero nombrar, como no quiero recordar tampoco ni el año en que esto tuvo lugar, invitó a sus relaciones a un *Tè,* como los ingleses llaman a esta clase de fiestas familiares; fijó la hora de las nueve de la noche... pero siendo ya las *diez menos un cuarto,* y no apareciendo nadie, el inglés, con justo motivo, montó *el picazo,* hizo apagar las luces y cerrar las puertas.

Cuando los invitados llegaron, el hijo de Albión roncaba como Enrique IV, que según *Dumas,* era el primer roncador de la Francia.

Pues, como iba diciendo, la fiesta viene a tener lugar al día siguiente, cosa que no entraba en el programa del invitador, que seguramente tenía otra distribución que dar a las *horas postreras* de

aquella noche. Cuando las niñas van a la tertulia, ya están, a la par de las mamás, fatigadas de esperar hasta la media noche, para entrar de las últimas en el salón, creyendo así hacer más efecto.

Y sucede, sin embargo, lo contrario; pues ya a esas horas están desvirtuados los menjurjes, de polvos, velutina, brillantina, etc., etc., con que se embadurnan deplorablemente hasta los labios, cosa que todo el mundo vitupera, y es causa de mofa para la gente de buen sentido, mientras que creen embellecerse el rostro con esos falsos mirajes, que no sirven sino para alucinar por un momento delante del espejo, en la creencia de que sea cierto aquello de que *a Cupido le pintan ciego*. Pero para los admiradores de su belleza de última hora, fabricada delante del espejo que les sirvió de colaborador inocente para su transformación momentánea, no; esto es más conocido que la ruda.

CAPITULO XIII

Terminada esta reseña, vuelvo a mi crónica sobre las tertulias. No sé si lo he dicho ya, que éstas se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni los tocados; pues no se daban para lucir *trapos,* sino para gozar del *trato* en el intercambio de ideas con tan bellas y distinguidas señoras.

Ricas y raras telas tenían las damas, pero si esto daba realce a fiestas, no era, a buen seguro el lucirlas, su objeto primordial, sino deseo cultísimo de contribuir cada una por su parte al resultado de la tertulia, a la cual concurrían individualmente con sus méritos,—no los del vestido, considerado como un accesorio y nada más.

Así daban principio a las nueve o nueve y media, para terminar lo más tarde a la una o una y media.

Así también corrían estas tres horas de verdadera alegría, retirándose todo el mundo a descansar para asistir a la tertulia de la siguiente noche en que debía tener lugar otra igual, o cosa parecida, en la casa de algún pariente o amiga... ¡Quién había de faltar!

Comparemos con lo que sucede al presente, en que el buen sentido anda dándose de traspiés...

fiestas semejantes son más escasas que el *pan bendito,* difíciles de encontrar.

Las horas que entonces se destinaban al baile y entretenimiento, apenas bastan ahora para el *toilette,* en que las muchachas después de regañar y rezongos mil con la mamá, con la mucama y con la modista durante cuatro horas, se presentan en el recibo a eso de las *doce de la noche,* colgándose del brazo de cualquier mozalbete, cuando no del preferido con quien pierde el tiempo, y establece *su temporada,* so pretexto de no planchar unas veces; otras para no ajar el vestido; y otras... sin pretexto también,—porque sí,—nada más; aunque el hecho sea una imitación ridícula del gaucho más salvaje, cuando toma en una reunión su moza, y aunque la madre la reprenda, y todo el mundo se escandalice... ¡nada! y... ¡adelante con la *música,* que tampoco es para bailar, sino... para pasearse, y para... todo lo que a ustedes les parezca, menos *para la danza.*

Por fortuna que en este caso, las Orientales — *esas bellísimas* mujeres, en general, en estas materias, les llevan a las nuestras la *media arroba* propiamente dicho. Pero también, justo es decir, que tienen éstas el atributo de saber llevar estas extravagancias extremadamente fantásticas, en materia de modas en aquel pedazo de tierra que hoy coquetea llamándose extranjera, cuando son más nuestras (ellas) que de *Lavalleja* el héroe de los 33 *"treinta y tres"* del himno que se cantaba *entonces* en honor de *sus libertadores,* que, hoy estoy seguro que muchos de los que gobiernan han olvidado del todo, como a ellos los olvidarán a su vez.

Antes de abandonar para siempre el recuerdo de estos simpáticos lugares de mi juventud, en que todo era de color de rosa con las espinas de la

mayor edad, en donde se hallaba la puerta de la Escuela en que nos enseñaron el *a, b, c,* y aprendimos las plegarias con que nuestras madres han implorado al cielo en sus aflicciones por nosotros. Hablemos aún de algunas otras cosas que se me quedaban rezagadas (no olvidadas), en el baturrillo de mis viejas alforjas.

Sin embargo de las grandes transformaciones que se han operado en la capital, aun quedan muchas casas en aquel barrio con extensos patios y grandes habitaciones, cómodas y ventiladas, a diferencia de esas piramidales construcciones de la actualidad, en el espacio de una *pañueleta,* todo a la Europea (que para eso van allá nuestros viajeros), con un sinnúmero de cuartos y covachuelas en abierta pugna con el confort y con la higiene; con el exclusivo y único objeto de aprovechar el terreno, poniendo la cocina en los sótanos (como en Londres), sin pensar que allí hay ocho meses del año de crudo invierno, y aquí, (entre nosotros) al contrario los mismos ocho meses de calor con un sol americano esplendente, razón por la que es un contrasentido tan servil imitación, mucho más cuando en Europa están ya colocando las cocinas en el último piso, como una innovación higiénica.

Estas cocinas subterráneas, de donde sale una humareda culinaria que penetra al salón de recibo, y que no huele a rosas, como decía *Lord Byron* de ciertas cosas, sino a sancocho concentrado de guisote, cuyas emanaciones se escapan de esta clase de subterráneos, que llamaremos *jaulas,* en que todo es frente y poco fondo, como le dijo en Chile al conocido don *Ambrosio Montt,* uno que quería elogiarlo.

Pues bien, en la calle Santo Domingo, hoy de *Venezuela,* todavía vemos la casa paternal de la familia de *Andrade,* que la posee desde el año de

1780 del siglo pasado y la ha venido conservando de sus legítimos herederos. Al presente esa casa patrimonial sólo pertenece a Luis Andrade, soldado que fué de Lavalle durante la campaña del año 40 y que trece años después, en 1853, siendo ayudante del jefe de la línea durante el sitio de Lagos, me salvó la vida con ocasión de una salida que hice con la Legión. Referiré el episodio en recuerdo de aquel amigo.

Al realizar la salida, el ayudante Andrade me entregó por orden del general Paz un gran rollo de proclamas para que las arrojara en el campo enemigo, pues eran destinadas a hacer saber la pasada de la Escuadra de Urquiza a la plaza.

Yo coloqué este enorme rollo sobre el pecho entre el uniforme; y gracias a esta circunstancia salvé de los efectos de una bala, que sin el dichoso rollo me hubiera perforado seguramente. Aunque dicen que el morir por la patria es cosa santa, yo creo que debo a Luis siquiera esta reminiscencia, bien que él ni por asomo tuviera idea del resultado individual y enteramente distinto a que iban a servir las tales proclamas... tan cierto es aquello de que *el hombre propone y Dios dispone*.

No es por modestia que lo digo, pero refieren las crónicas que una cosa parecida sucedió en Lepanto al autor del Quijote... qué barbaridad!!! Pero sigamos, aunque no escribamos *Quijotes*, consolándonos con que eso... nadie más lo ha de hacer tampoco.

Al lado de la mencionada casa estaba la de los González Videla, cuna de la preciosa Ventura conocida por la "morita" de González Videla, que casó con su primo Julián, del mismo apellido. Vecina a ésta era también la de otro miembro conspicuo de la familia, don Doroteo que falleció el año pasado. Este caballero, muy bien relacionado

y de carácter independiente, figuró como buen mozo en la colonia del Sacramento (E. O.) y desde la caída de Rosas en 1852 aquí mismo como hombre de sociedad muy amena. Este, que era además poeta, y rimaba con mucha facilidad, cayó en los lazos de una bella rubia con mucha fortuna llamada Florencia Terrada, hermana del llamado Lord Ponsonby, ya antes mencionado.

Con ser don Doroteo muy liberal era al mismo tiempo religioso y creyente. He aquí una prueba de sus dotes poéticas y de sus sentimientos católicos.

Es la primera estrofa de un canto a la fe:

INVOCACION

LA FE

(INTRODUCCIÓN)

"De los jardines del Cielo
Una flor vino a la Tierra,
Y es esa flor la que encierra
Todo el divino consuelo.
El médico celestial,
Sintió que el hombre moría,
Si de esa flor no absorbía
Su fragancia contra el mal.

Y como era entre sus flores,
La más pura, y más hermosa,
La de influencia prodigiosa
Consuelo de los dolores,
Le dijo... presentaté
Al hombre que más vacile
De parte de Dios, y dile,
Soy la Fe... te salvaré.

Igualmente estaban aquí las casas de *Zapiola,* la de don Lorenzo Torres y la de la señora *Concepción Solzona,* que tan agradables tertulias nos da-

ba, las cuales continuaron hasta después de la caída de *Rozas*.

Estas tertulias tenían una particularidad y era la de que nunca nos daba una taza de *te*, porque siempre decía *que la leche se había cortado*. Pero lo que todos sabíamos que se le había cortado, no era la leche, sino que nunca la compraba por falta de *cum quibus*, que según voces no andaba muy abundante.

Otras tertulias, ya de *más tono*, de levita o de frac, pues el *jacquet*, ese vestido neutro que tiene de ambos mitad por mitad sin decidirse por ninguno, era excepción en esta época, y con él hacían su papel de entrada los jóvenes y ahora... ni memoria de ellos; quien va al presente a una tertulia con jacquet! no faltaba más! preferíase ir de saco como ya hemos visto aparecer algunos con el nombre británico de *smoking* para autorizar su uso. ¡Qué aberración!!... la moda es más despótica que la Municipalidad.

Pero las costumbres venían modificándose a medida que nos acercábamos a la época de Rozas, en que las tertulias más espectables eran las que se daban por las señoras de Rojas frente a la casa de misia Mariquita Tompson, calle Perú (hoy calle Florida) y las que tenían lugar en la morada de misia Micaela Camuso. Estas tertulias, cuyos detalles marcaban ya alguna variación en los usos, eran las que daban el tono social, y a ellas concurría la flor y nata de la juventud que es la que acepta e introduce todo lo que de moderno nos envía la Europa, dominando, por supuesto, la de Francia, que era por ello instintivamente lo más *repulsivo* para Rozas.

A esas tertulias asistían infaltablemente los jóvenes Frías: Félix, Luis y Juan que se hicieron notables por su habilidad y eximio gusto para el

arreglo artístico de una fiesta, ya fuese religiosa o mundana, en que, cambiando los adornos y las flores, de posición y de forma, completaban la decoración, apareciendo cada vez mejor y más lujoso el conjunto.

Esto es dejar constatado el hecho de que en esa época no había tapiceros que se ocuparan de estos adornos; lo cual explica la preponderancia de los Frías dedicados a estas composturas de que sacaban en las mismas fiestas un gran partido, figurando así en primera línea en todo y para todo, pese a los inhábiles y envidiosos.

A la altura en que nos encontramos ahora, todas estas cosas son el quehacer ordinario de los tapiceros que, hasta para colgar un velo negro en el templo en día de funeral, el más modesto, se han hecho indispensables... y eso a pesar de la crisis y de la suba del oro... pues nosotros vivimos de contradicciones. Pero volvamos a los Frías.

Estos jóvenes Frías eran asimismo incansables bailarines, con cuya gracia se captaban la preferencia de las más bellas señoritas y la voluntad de todas las mamás; pues con su constante locomoción, ni a las feas dejaban planchar, así eran literalmente idolatrados en la sociedad de que realmente eran el alma. He aquí una prueba de ello.

Una señora elogiaba en un círculo la bonhomía y el talento de los Frías, infatigables en el vals. Un celoso de sus éxitos y de sus triunfos, no sé si con razón o sin ella, cuando la señora elogiaba a los jóvenes diciendo que eran muy apuestos y estaban bien en todo sentido, él contestó: "sí señora, tienen mucho talento, pero EN LOS PIES". La ocurrencia fué muy festejada haciendo furor entre sus émulos, que la consagraron como una *muletilla.*

A las afamadas tertulias de las familias que dejo mencionadas, seguían muy de cerca las de don Pe-

dro Blanco, calle Victoria, y don Angel Blanco, calle Potosí, o sea Santa Clara, hoy de Alsina.

Sonó mucho por ese tiempo un suntuoso baile, dado por don Carlos Lamarca, padre del actual doctor Emilio Lamarca, en la gran casa de su suegra señora Mauricia de Coronel, esquina de Chacabuco y Alsina.

La fiesta tuvo lugar el 30 de junio celebrando el cumpleaños de la esposa del señor Lamarca, Petrona Coronel, que falleció poco ha en medio del más profundo duelo de nuestra sociedad que la contaba entre las matronas más distinguidas y meritorias de la de Beneficencia.

Ofrecida dicha fiesta al almirante inglés, jefe de la Estación Naval de la América del Sud, cuyo nombre he olvidado, ella fué realzada por una obra musical que le dedicó don P. Esnaola, era una contradanza que tituló "el 30 de Junio", bellísima composición que se estrenó en la misma noche del baile con gran aplauso de la concurrencia.

Hubo también de nuevo y notable en aquel baile, que en él se estrenó el Cotillón, que ahora nos lo traen como nuevo y que tiene por lo muy menos una edad a oro mayor que la mía; fué introducido por el secretario del Almirante, con el Ministro inglés y por su distinguida esposa, alta y elegante inglesa que debió ser bellísima, pues aun había en ella visibles vestigios y podía sacarse, en consecuencia, lo que habría sido aquel astro en su conjunción, en el nebuloso cielo de la Inglaterra; pues recién comenzaba su declinación, lo que en la raza británica toma las proporciones de un desastre. No hay viejas lindas ni en Londres; sino ahí está la Reina Victoria, que con la corona misma recibió a más no poder el título de graciosa con que hasta hoy mismo la realzan los súbditos del Reino Unido... a pesar de sus 75... esos sí que son a oro!

Pero doblemos la hoja, pues si la reina de Inglaterra no ha sido una belleza, en cambio ha sido la reina de las reinas, modelo de virtudes tanto monárquicas como domésticas, a la cual se debe la moralidad de las Cortes de toda la Europa en la época actual. No yo en este ligero bosquejo de las costumbres de mi tierra, en los albores de su independencia y en el ensayo de sus incipientes hábitos de sociedad libre o recién libertada, sino la historia, es la que se encargará de revelar el conjunto de las altas y bellísimas prendas que como reina, como esposa y como madre acapara la emperatriz de la India.

Dicho esto, que sea de paso un homenaje serio a tan culminante personalidad, honor del sexo femenino, volvamos a las bromas y a nuestras jocosas narraciones.

Otro magnífico baile de esa época, con prolongada resonancia, tuvo lugar en la casa abolenga de *misia Severa Lastra,* frente al mercado viejo, de cuyo brillante éxito se habló largo tiempo. Los bailes de este género en que siempre hay algo de novedad, tienen el privilegio de imprimir carácter introduciendo aun para las tertulias familiares muchas novedades, que, poco a poco van dejando atrás usos y costumbres que aun pasando recientemente, chocan con el tono del día siguiente; así como entran en juego nuevas beldades con gracias y encantos que forman el nuevo cielo. Porque, como dice Pelletan, *"le monde marche"*, y he aquí la prueba.

En ese baile hicieron su aparición las dos *tortolitas*, como titularon en esa misma noche a las preciosas Rita y Celestina Pinto, por el color de los trajes que llevaban. Fueron presentadas por la vez primera, en una fiesta de ese género, por su padre el general Pinto, poco después gobernador de Buenos Aires durante el sitio de Lagos.

A la vuelta, hoy calle de Bolívar, vivía la familia de don Ildefonso Ramos Mejía, de cuya casa salieron varios patriotas para el ejército de Lavalle, entre ellos Francisco, mi amigo, que tomado prisionero en Quebracho Herrado fué despiadadamente fusilado en Córdoba, por el famoso presidente legal de la República Oriental, y más famoso ejecutor de las crueldades del tirano Rozas, don Manuel Oribe. ¡Qué coincidencia! En esta casa de sus padres fué en donde Rozas se refugió la noche del día en que tuvo lugar la batalla de Caseros, 3 de Febrero de 1852. La casa era habitada entonces por el ministro inglés, Mr. Gore, que la tenía alquilada a la empobrecida familia de Ramos Mejía. Allí llegó el tirano Rozas después de la derrota, embarcándose esa misma noche en un buque de guerra de S. M. B., que se tenía preparado *ad hoc,* con una anticipación que hacía honor y demostraba el presentimiento que el tirano tenía de su tremenda caída.

Estos ingleses son muy diablos, como decía el general Pedernera, para estar en todo y preparar las cosas siempre de modo que en el peor de los casos quedan invariablemente bien con griegos y troyanos, sacando su tajada en pro de su política. Vea que servicio y en qué circunstancias vinieron a prestarlo, al que año por año sin faltar jamás renovaba por medio de su ministro en Londres don Manuel Moreno, a la apertura del Parlamento, el sempiterno reclamo de las Islas Malvinas.

CAPITULO XIV

Ojalá "este eterno *femenino*" como ha dicho Castelar, que en todo está, y que en todas las partes "se muestra invisible", pero que hace influencia y se manifiesta a las claras por esos medios de su encantadora índole *¡la seducción!* ¡ojalá, repito pudiera la humanidad prescindir de él!

¡Las mujeres y las flores! es claro que para el mundo entero no hay nada que más llame la atención. ¿Y cómo no? Para qué han venido al mundo los dos sexos?... ¡para amarse! me van a contestar ¡convenido!... ¡y para no amarse también! y sino ahí están las grescas matrimoniales que son el pan nuestro, puesto que se renuevan cada día...

Como es sabido y nadie me lo negará, Dios creó el mundo en seis días y el séptimo, según las escrituras descansó... pero ¿cómo descansó?... creando las flores para nuestro recreo, como ha dicho muy bien un célebre escritor: las estrellas para nuestra admiración (*el tal escritor debió escribir esto antes del descubrimiento de la astronomía*) y las mujeres para nuestra dicha (devoción diría yo); así ellas son el centro de nuestra felicidad àunque no en todos los casos, v. g. cuando nos dan calabazas que a ninguno sientan bien, que es el peor *dar* en que han *dado* en *dar*, como lo de-

cía Quevedo; sin embargo de que muchos las merecen, confesión que hago a mis lectoras en secreto.

Las comparamos a las flores por la elegancia de su porte, por la belleza de sus formas, por el brillo de sus colores, por la suavidad de sus modales y el perfume, etc., etc., que la hermosura encarna en todas sus combinaciones.

Unas veces las comparamos por su modestia con la violeta, y resulta, que encubren tales... *cosas* que nos condenarían a llanto eterno, si haciendo acto de resignación cristiana, no lo lleváramos en amor de Dios.

Para que la comparación poética fuera exacta, sería preciso quitar a la mujer, ha dicho otro autor que tampoco es de mi tiempo, el alma humana, eterna y responsable, sujeta a todas las contrariedades y expuesta a todas las turbaciones... Ojalá no tuvieran sino una alma inherente a su pureza, inalterable en su candor y que perdiera en duración lo que las flores ganan con su perfume!

Así convendrían todas... sin excepción...

Pero sigamos con la cruz a cuestas, como aquel que refiriendo un hecho, decía a su interlocutor: le juro a usted por esta cruz (mirando a su mujer que tenía en frente) que es cierto lo que le estoy contando.

¿Acaso creerán ustedes que se me han quedado en el tintero, por olvido, tantas otras bellas mujeres, de rostro, de cuerpo y de formas plásticas; en fin, que aun no han aparecido en mi galería? ¡Qué esperanza! ¡qué engaño!... es que las reservaba para el postre, como se hace con el mejor, el final de este capítulo. Una de ellas es la bella, para entre las bellas, Catalina Benavides, que allá por los años de 35 a 36 fué en Buenos Aires lo que en Santiago de Chile fué la bellísima Julia Borgo-

ño de Serruis, en 1846; y con permiso de ustedes y del Alcalde, la más hermosa mujer que hayamos conocido fuera de aquí los emigrados argentinos, según su voto unánime y absoluto. Pues, para dar idea de la belleza de Catalina, nada es más propio que compararla a Julia Borgoño, y la de ésta a la de aquélla, cuyo nombre era universal a lo largo de la costa del Pacífico.

Pero por este lado del Atlántico, otra criatura encantadora se imponía a la admiración de todos y... a la adoración de muchos, era Leandra Gómez, conocida más que por su nombre, por "La diosa de los cercos". Vivía en una quinta que enfrentaba a la Santa Casa de Ejercicios. Se casó esta beldad con un alemán, del cual no podía decirse lo que generalmente de sus compatriotas, *sacaclavos,* sino pescador de perlas, pues se la encontró un día prendida en sus redes. De la belleza y rasgos de Leandra puedo dar una idea comparativa con Lucrecia Guerrico de Ramos Mejía, la cual tiene gran semejanza con la Diosa de los Cercos.

En la actualidad es más numeroso el gremio de las lindas mujeres, pero esto, a más de que es consecuencia o resultado del incremento inmenso y hetereogéneo de la población, carece (y sería curioso investigar el por qué) de las *excepciones típicas,* que caracterizaban las beldades de mi tiempo, las que eran verdaderos astros en el cielo argentino, brillando luminosos como Venus, como Sirio y Marte. Es de conjeturar lo que escribiera de ellas, Flamarion, si hubiera tenido la felicidad de conocerlas.

La primera de estas dos beldades, tuvo un fin que puede llamarse trágico. Esposa de Alzaga, el asesino de Alvarez, que perdía el tino y la cabeza por su pasión desmedida al lujo y las joyas, des-

pués de aquel terrible suceso llevó una vida deplorable y... hasta que fué enterrada viva. Depositado su cuerpo en la capilla del Cementerio por haber sido conducida tan tarde aunque precipitadamente, al día siguiente fué encontrada en un rincón de la capilla misma. Por un esfuerzo supremo había roto el cajón y salido de él, muriendo quizá recién de ese mismo esfuerzo. ¿Y Alzaga? preguntarán ustedes. Fué a sepultar su existencia allá por los confines de Misiones, entre esas poblaciones de indios barbarizados después de la expulsión de los Jesuitas.

Refieren personas que presenciaron el siguiente episodio. Cuando el general Paz formaba su ejército, en Corrientes, se presentó a él ofreciendo sus servicios, que el general Paz rechazó diciéndole que "en aquel ejército no había *plaza* para él".

Pero más tarde parece que llevó una vida muy regular, a tal punto, que contrajo matrimonio con una muchacha, de lo mejor que por esos apartados lugares había encontrado. Tomó, no sé si antes o después de su enlace, la profesión de maestro de escuela que ejerció por largo tiempo, durante cuyo período tuvo cuatro o cinco hijos que no se hicieron notar por su virtud ni buenas cualidades.

Un íntimo amigo mío que visitó Misiones en 1879 le conoció casualmente en "El Paso de los Libres". Refiriéme este amigo que un día, a fines de Marzo, se encontraba al salir el sol, en la puerta de calle de su habitación, y vió pasar por delante de él un hombre de figura quijotesca, alto, flaco, narigón y de fisonomía escuálida. Vestía pantalón y levita negra, ya muy raída, y llevaba sombrero alto de felpa, bastante aboyado y medio ladeado.

Chocóle tanto lo raro del vestido y toda la per-

sona, que no pudo menos que preguntar al sujeto con quien se encontraba, ambos tomando tomate:

—¿Quién es este hombre de conjunto tan desagradable?

—¿No lo conoce usted?

—No señor; y me parece que no es para conocido de nadie... qué tipo!

—Este es don Francisco de Alzaga, que vive en aquella casita solitaria por donde pasamos ayer y salió a ladrarnos una jauría de perros...

—¡Ah, ya recuerdo! y me pareció muy natural y prudente que los moradores de vivienda tan lejana, tan apartada de la población, se rodearan de tan numerosa y formidable perrada.

—¿Conoce usted su historia?

—Sí, señor, hasta su desaparición de Buenos Aires, y no sé por qué suponía que había fallecido.

Entonces él le refirió como había vivido hasta medio haberse rehabilitado con su conducta y la profesión que ejerció, pero, agregó, es desgraciado con sus hijos, uno de ellos está actualmente en la cárcel por un homicidio...

Mi amigo, al referirme esta anécdota, hacía reflexiones sobre el percance con el general Paz. ¡Quién sabe si Alzaga no buscaba una muerte gloriosa! ¡Quién sabe si no se hubiera convertido en un héroe!... pero como lo que se ignora *no se sabe*, todo queda para las conjeturas.

Este hombre fué doblemente castigado con conservarle la vida.

Es este uno de los muchos sucesos que me han decidido a inscribir mi nombre entre los partidarios de la abolición de la pena de muerte. La vida que ha llevado este hombre y los sufrimientos que ha probado, han contribuído mil veces más a la moral que la fusilación de sus cómplices Marced y Arriaga.

La segunda vive aun, y es la madre feliz de una numerosa y distinguida familia. Tiene su hogar en la calle del Callao, entre Cuyo y Corrientes. Al verla hoy mismo las gentes exclaman ¡qué linda ha debido ser esta señora! y es, efectivamente, una preciosa viejecita, a la cual se la encuentra siempre por la mañana en los días festivos yendo a misa a la iglesia del colegio de los Jesuitas, esquina Callao y Tucumán.

Doña María del Carmen de Liniers de Perichon, hija del virrey, calle de Méjico, tenía una linda hija que casó con el señor don José Manuel Estrada, hermano de don Juan Martín. Este que era uno de los jóvenes más elegantes de la época, pasó a Montevideo en 1840, llamando la atención de la sociedad por su apostura e irreprochable elegancia.

Eran bellezas notables, igualmente, perteneciendo al catálogo de las beldades, las hijas de la familia toda de Santa Coloma, la preciosa Ramona Medrano y su hermana Ana, otra beldad arrebatada por un inglés, Mr. Higginbothem. Este matrimonio produjo, a su vez, otra bella criatura, Anita, la cual casó con Anselmo Sáenz Valiente, de cuyo enlace salió la bella familia, cuyas mujeres son hoy mismo adorno y orgullo de nuestra sociedad.

Es de recordar aquí a Carmen Bedriñana de Oromí y su hija Mercedes, que de padres a hijos vienen heredando, entre otros rasgos de belleza, los lindos ojos que distinguen a los miembros de esa familia.

Voy a intercalar en esta página un párrafo a las bellezas de ingenio, a esas de quienes con tanta razón dice el proverbio, *la suerte de la fea, la bonita la desea*... Descollaban algunas de esas que por su talento y amenidad, por su amabilidad y cualidades se imponían atrayéndose hasta adoradores...

Pero este asunto es por demás escabroso, para mí, al menos. Confesando con mi ingenuidad habitual que me arredra, y ya que mi contemporánea de 48 a oro, ha cerrado el pico, sin contestar a esta insinuación... doblemos la hoja repitiendo con unción aquellas inolvidables palabras de Jesucristo en la oración del Huerto: *transeat a me calix iste.* Adelante, pues, con cristiana resignación.

¡De veras! Hay cosas que parecen fáciles de decir o hacer, pero que en la práctica tienen pelos como vulgarmente se dice. La prueba tengo yo en un gaucho que oyó tocar a Cordero la guitarra en una fiesta de San Fernando.

Cordero tocaba este instrumento con tal maestría que lo hacía hablar, por la destreza y facilidad de su ejecución, que parecía no costarle trabajo alguno el arrancarle arpegios y melodías sonoras con las que electrizaba a su auditorio.

El paisano que lo había escuchado atentamente, exclamó al fin:

—Me parece, patrón, que para tocar la guitarra no se necesita *cencia.*

—¿Y qué se necesita, animal?—le preguntaron.

—*Fuerza y resolvencia,* patrón,—contestó él.

Pero cuando cogió la guitarra que jamás faltaba en las pulperías de aquella época, se convenció que era mucho más difícil de lo que él creía...

Así me iba a suceder a mí al tratar de la cuestión de las feas... que el diablo me andaba tentando abordar, y que como al malo no hay más que hacerle la cruz como en el Fausto para que se vaya... imitémosle y vamos a otra cosa.

¿Y los hombres feos?

¿Porqué no he hablado de los hombres feos, cuándo siempre he estado dando en el clavo con las feas?

Claro está, porque con los hombres se quiebra

la regla: los feos son, generalmente, más felices que los lindos que, por lo regular, son medio zonzos, cuando no zonzos por entero, tilingos bobolines; la belleza del hombre lindo es un robo hecho a la mujer. Fiado en este atributo de su buena cara, nada pone de su parte para interesar. Es muy raro que no dé en ocioso; no tiene tiempo para cosa alguna, porque está preocupado siempre de ver si lo miran. Sempiterno Narciso ni cuida de cultivar su espíritu.

Que diferencia con el feo. Ese se instruye cuidando, al propio tiempo, de ser modesto y afectuoso, sin pretensiones con las damas, a las cuales les choca tanto la falta de galantería, como cualquier rasgo de afeminada apariencia, como de suficiencia que casi siempre acompaña al hombre lindo.

A la mujer no la agrada ver en el hombre cualidades ni gracias femeninas, por la sencilla razón de que eso es lo que a ellas les corresponde. El hombre viene a disputarles en cierto modo su patrimonio, ejerciendo a la vez tiranía que no pueden ni deben soportar. A más de que, en achaques de instrucción vale más hacerse el zonzo, para ganar su voluntad, cosa que el hombre lindo no puede hacer porque... porque lo es en realidad. A nadie le hace gracia, y a la mujer menos, que la dominen alardeando de instrucción y de saber. Hay que andarse en esto con mucho tiento.

Pero cuando así me ocupo de los feos, esto no quiere decir que me refiera a los de deforme aspecto y figura; hablo comparativamente de lo bello y del arte. Sería claudicar de mis principios, y en estilo corriente se llama así por contraposición a los buenos mozos.

No vayan a creer mis amables lectoras que yo me constituyo en paladín de los fenómenos de la fealdad. No, señor! Entonces desmentiría mi título

de hombre de gusto, amante de lo bello y del arte. Sería claudicar de mis principios, y yo no estoy para meterme a político cambiando a cada paso y a cada tric trac de idea y de opinión.

Y menos haría tal despropósito después de conocer la bella composición de Bretón de los Herreros, puesta en linda música por Iradier.

¿Quieren ustedes conocerla? pues allá van, para muestra, dos estrofas:

EL FEO

Yo soy muy buen cristiano
Yo soy buen ciudadano,
Yo soy un pobrecillo
Candoroso y sencillo;
Pero con esta cara
Que Dios me dió tan rara
Nada me sale como yo deseo.
¡Ay desgraciado del que nace feo!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Si un lindo sin sustancia
Suelta una estravagancia,
¡Oh cómo aplaude Julia
Y toda la tertulia!
Yo digo una agudeza,
Y exclaman: ¡Qué simpleza!
Quién le mete a gracioso a ese Asmodeo!
¡Ay desgraciado del que nace feo!

No hablo, pues, de los feos de este calibre; además de que, aunque modestamente yo no me cuento en el número de los lindos, por nada me he imaginado estar enrolado en el gremio de los otros.

En todo caso permítanme terminar aquí sin profundizar este asunto que me causa cosquillas,

ahora si que, de veras, doblo la hoja; porque esta cuestión de la fealdad no entraba en el plan de mi obra. Volvamos, pues a "mis beldades" de las cuales me he alejado demasiado con esta disertación sobre los feos.

Al despedirme de mis aristocráticos barrios del sur, con este capítulo, agregaré aquí, como apéndice, algunos datos comerci-sociales que sirvan de comparación con lo de esta época; son siempre recuerdos sobre aquellos tiempos sin crisis y sin oro a 400... y si había crisis y el oro tomaba esas alturas... nadie lo sentía ni lo sabía; al menos los Elorriaga, los López Seco, los Rábagos, cuyas bien surtidas y hermosas tiendas ostentaban lo que de más rico en sederías y toda clase de géneros se introducía entonces, jamás hablaron de crisis ni de la suba y baja del oro; pedían su precio y nada más, no como ahora que ni la cocinera al pedir el precio de la verdura y de las papas, se escapa de que el puestero le cante la salmodia de... *¡el oro sube!* y todo para cohonestar el robo del aumento arbitrario del precio.

Aquellos honrados y conocidos comerciantes que vendían barato sus mercaderías, tenían en sus trastiendas tertulia permanente de caballeros. Era la reunión obligada de los amigos, especie de club que todavía no los había, donde iban a charlar. El más asíduo era don Anacleto González, que jamás faltaba cabalgando en su rocinante moro.

Este caballero, hermano de misia Domitila que casó... diablo!... con el señor *Cazón!* primaba por una cualidad de estómago que lo hizo célebre; era un gran comilón al cual podían aplicársele, sin que perdiera un ápice la comparación, las siguientes estrofas:

O voracidad inmensa,
Nadie lo que comes sabe,

Ni como tanto te cabe,
En tu estómago despensa.

Eres terror de las fondas
Con tan dilatado pasto,
Pues si no han de darte abasto
Está a pique que las desfondas.

Aquel famoso Milon
Que se merendaba un toro,
Comparártele es desdoro,
Tu serás su comilón.

Pavos, patos y perdices
En sabrosa letanía,
Se le meten a porfía
Por entre barba y narices.

Pero nuestro comilón porteño tenía, además, una gracia que no se cuenta del "famoso Milon", y es que comía dormido, lo que me induce a creer que tal vez sería sonámbulo .En efecto, acostumbraba dejar a la cabecera de su cama, un par de pollos o una gallina; y muchas veces, *dormido* se engullía estos fiambres, sin acordarse después de su voracidad; pues al día siguiente sorprendido y nuevamente hambriento y amostazado, preguntaba "¿quien me ha robado los fiambres?" bien que allí quedasen, no el cuerpo, sino la *osamenta del delito.*

Una prueba de la privilegiada condición del barrio del sur, era la ubicación de la única imprenta que existía en Buenos Aires, ¡qué digo! en todo el país. Es de recordarlo aquí por esta circunstancia.

Era la "Imprenta de los Niños Expósitos", costeada por el virrey Vertiz no sin vencer ingénitas dificultades, levantadas allá en la Corte, que, a la sola idea de imprentas en las colonias, aquella gente paraba la oreja soñando inconvenientes. El virrey hubo, pues, de salvar los escrúpulos haciendo

promesas de todo género para tranquilizar conciencias religiosas, y suspicacias políticas. ¡Nada de imprenta! decían los españoles.

El virrey cumplió a lo que parece, su palabra, comenzando hasta por la instalación de la imprenta. Así, ésta fué establecida detrás de San Francisco, poniéndola, en cierto modo, bajo la protección del Seráfico, y de la vigilancia de la Comunidad. La imprenta, pues, solo publicaba avisos, anuncios de teatro, y, no imprimía sino folletos y libros de devoción, generalmente.

Pues bien a pesar de la intachable conducta del virrey, respecto a sus promesas, los temores de la Corte bien pronto habían de ser *justificados*. Lo diré de una vez. Esa imprenta, cuya importación tanto escozor causó en la metrópoli, fué la misma que sirvió a los patriotas del año 10 para las primeras publicaciones, y para todo lo que se dió a luz después por los hombres de letras argentinos; siguió funcionando hasta muy entrada la época de Rozas. Más que caballo griego vino a ser para los españoles de Buenos Aires, la tal "Imprenta de los Niños Expósitos". Véase, como no hay posibilidad de torcer los decretos del destino.

Como la imprenta de los "Niños Expósitos", la Universidad, la prisión para los castigos de menor cuantía y la casa de Expósitos (la cuna), fueron establecidas en el Barrio del Sur. La Universidad estaba como alojada en los claustros de San Francisco, uno de los conventos cuya comunidad ha prestado, desde su fundación, muy grandes y meritorios servicios, especialmente en la enseñanza primaria.

La casa de Expósitos, cuya institución, como se sabe, fué creada por Rivadavia y establecida en el mismo local en donde existe hasta hoy mismo, entregándola desde ese momento a la Sociedad de

Beneficencia, es una de las creaciones más trascendentales de esa época. ¡Qué de benéficos resultados no ha recogido la Sociedad de esa institución! Lo que hoy todo el mundo ha aprendido y sabe por experiencia y por tradición, fué para Rivadavia una revelación de su genio. ¡Quién le hubiera dicho que en la época de la mayor prosperidad y grandeza, en la época del lujo, del derroche, cuando las fortunas se improvisaban por millones, habían de faltar los recursos para el sostén del más piadoso de los Establecimientos, y que había de llegar un momento en que la generosa, la culta Metrópoli del Plata sería sorprendida con un grito de angustia de mil criaturas... y la noticia de que la Cuna estaba para ser clausurada por falta de recursos...: que el Gobierno mismo estaba atrasado en el abono de meses de los fondos votados para su sostenimiento!

Felizmente la sociedad, el pueblo todo y hasta del interior han venido en auxilio y ayuda de la célebre institución que, merced a esto y a los titánicos esfuerzos de las piadosas y beneméritas matronas, se halla en pie, salvada de la ruina; y las pobres criaturas objeto de su tierno y diurno afán, salvadas también de la miseria y del abandono. Dejemos fijada la fecha de estas consideraciones... para noticia de los supervivientes, de estos hechos que han tenido lugar entre los meses de Mayo y Junio de 1891; ellos marcan el período más intenso de esta crisis, que durante la administración que cayó en Julio, dió en llamarse "*crisis de progreso*".

Así será, pues seguimos progresando... con el oro entre 390 y 400. Más volviendo a lo de la Cuna debo agregar aquí que la inmigración le proporciona un gran contingente con el cual, de seguro,

no contaba el Congreso, ni por el número ni por la forma en que se introduce.

Se ha hecho constar que de parte de la inmigración europea se depositan en el torno *sus productos* por la noche, para venir al día siguiente a ofrecer sus servicios en calidad de ama de leche. Qué admirable combinación económica! parece propia y genuina de esta época del oro a 400 %, pero no; no es de ahora. Este negocio se ha importado como tantos otros, desde el viejo mundo. En Chile se hacía desde mucho tiempo atrás y era *admirablemente reglamentado* en Santiago, la capital, cuando se puso a la cabeza de la Sociedad el célebre don Pedro Fuensalida, cobrador del peaje del puente de piedra.

La Sociedad de Beneficencia sin pérdida de tiempo debe presentarse al H. Congreso, en las actuales sesiones, solicitando la derogación de la ley que prohibe el juego de la lotería, con cuyo producto sostenía los establecimientos de caridad con holgura. Todos los países que tenían y abolieron la institución, la han restablecido.

Aquí se la abolió por inmoral, según se dijo. Pero para gentes tan avisadas y despiertas como son los miembros de nuestras autoridades legislativas, no se comprende semejante bisoñería.

Nos estamos haciendo la burla del paraguayo; pues mientras se prohibe la venta de billetes de la lotería de Buenos Aires, a la sombra de esa ley y con el incentivo de todo lo vedado, los billetes de la lotería de Montevideo se expenden cada vez en creciente cantidad. No hay más que recorrer los lugares de concurrencia, los Establecimientos públicos, los cafés, fondas, hoteles, etc., para encontrar ese enjambre de jóvenes que se cruzan y reproducen al infinito vendiendo billetes y ofrecien-

do *¡la grande!* como ellos dicen sintetizando su oferta.

Pero donde ellos tienen su mejor mercado, su campo más seguro, donde ejercer sin control y con toda eficacia la venta clandestina, es en los trenes de ferrocarril. Hemos visto comprar billetes en los coches a caballeros, a empleados y aun a *encargados de perseguir a los vendedores.* En un tren de paseo hemos visto a generales y vicealmirantes comprar considerable número de billetes... como por broma! pero es así en *broma* como somos embromados por las loterías de la Banda Oriental, que tiene sus establecimientos de Beneficencia copiados, cuando no calcados en los nuestros, perfectamente atendidos, y lujosamente sostenidos, con el producto de las loterías vendidas en Buenos Aires. ¿Podemos llegar a más alto punto de ridiculez?

¡Juego prohibido por inmoral!

¡Qué zonzera de calibre tan grande!

No se juega en las carreras millones, hasta por miembros del bello sexo?

No se juega en las canchas de pelota por jovencitos imberbes?

No se juega en los clubs hasta descamisarse?

Lo que hay que preguntar es dónde no se juega, y eso con mil veces más inmoralidad. (*)

¡A qué atribuir este quijotismo que se ha enseñoreado de nuestras autoridades legislativas, ante

---

(*) A propósito. He aquí un dato fresco y tan fresco que es del domingo 23 de Agosto de 1891.

El Diario dando cuenta de las carreras de ese día dice textualmente:

"Ayer en la espléndida reunión se vendieron 151.488 boletos "o sean 313.376 $ m|n.—¡Hay crisis!"

Hágase el cálculo ahora.—La comisión del Club que es de 10 o|o sube a la cantidad de 31.337.60 centavos—¿qué dicen de esto nuestros legisladores que prohiben la lotería por moralidad?—313.376 $ de apuestas, al través de la crisis, es cosa verdaderamente edificante.

la visible oposición del pueblo que ha jugado, juega y jugará siempre a la lotería!... en beneficio de Montevideo ya que no en pro de la capital de la república que así se vé obligada a jugar rifas de cedulillas, a dar conciertos, a mendigar el concurso de artistas y aficionados para sostener sus establecimientos de caridad!

Hemos de ser raros, especiales en todo, hasta en principios de filosofía social. Pretendemos tapar el cielo con un harnero. La mojigatez que es ridícula en las personas, en el individuo, en las autoridades es insoportable, criminal.

A qué grado de estolidez llegará el proceder, que he oído decir en Montevideo, que la Sociedad de Beneficencia estaría dispuesta a ceder en favor de la nuestra una fuerte cantidad, quizás 50 mil pesos mensuales a condición de que no se restablezca la lotería aquí. ¿Qué tal el dato?

La lotería honradamente manejada, es y será un recurso de que ninguna nación, aun la más adelantada, se priva, pues la experiencia propia y la agena han demostrado la imposibilidad absoluta de extirpar esta inclinación que parece ingénita de la humanidad: de tentar y buscar la fortuna por medio de la suerte de lotería, en que se compra con la probabilidad de ganar una *cantidad inmensa*, con el peligro de perder una *suma relativamente insignificante*.

¿Creen nuestros legisladores arrancar de la mente del pueblo este *ideal* con prohibir el juego? No ven el absurdo que resulta?... El pueblo dueño de su plata juega a su vista y paciencia, favoreciendo a los agentes clandestinos, que le ofrecen la *grande de Montevideo*, diariamente a *domicilio* cuando no en los lugares más públicos...

Pero aún hay más todavía — y es que el pueblo mismo aparece más cuerdamente práctico y aun

con más filosofía que nuestras mojigatas autoridades legislativas. No hay pobre diablo de los que compra *un quinto*, de los que emplean semanalmente uno o dos pesos en billetes, que no sepa que salvo los premios — todo va a parar a los hospitales, a los asilos, en donde de un momento a otro, por un incidente cualquiera, por una enfermedad puede ir a parar, buscando la salud o el sostenimiento, cuando ya no puede trabajar— y cuando esto no le suceda sabe que con aquello siempre ha contribuído al bien de sus semejantes, sea aliviando sus dolencias físicas, sea salvándoles del hambre...

Es cosa de repetir aquí la frase de Cambrón, si no recordáramos en este momento que hemos intercalado este capítulo en un libro dedicado al bello sexo, si bien apostaría 100 pesos a oro contra la misma cantidad a papel, a que mis bellas y caritativas lectoras son por aclamación de mi mismo parecer.

CAPITULO XV

En lo que estábamos, preciso es confesarlo, verdaderamente atrasados por aquella época de 1835 a 1840, era en materia de cementerios. Creo que ni siquiera era ese el nombre — paréceme que lo llamaban "Campo-Santo". Los había generales y aún especiales; pues los conventos y monasterios tenían el suyo para su respectiva orden, comunidad o congregación. Se enterraba aun en los templos, desde el átrio hasta el altar mayor; y lo mismo en el piso que en sus paredes por el interior, según categoría religiosa o civil; así como, según la devoción o cofradía a que perteneciera el difunto, se le endosaba de mortaja el hábito de uno u otro seráfico San Francisco y Santo Domingo; comprándolo en los respectivos conventos, se le hacía bendecir, y héte ahí enfrailado a uno después de muerto.

Los obispos, grandes prelados, dignidades eclesiásticas, párrocos de nombradía por su ciencia y virtudes, iban a parar al pie de los altares mayores. Los síndicos y personas civiles de mucha nombradía, por sus servicios al culto o por su austera religiosidad, alcanzaban sepultura en los presbiterios. En muchas iglesias se ven todavía lápidas sepulcrales, ya en el piso, ya en las paredes.

No negaré que èstas costumbres respondieran a sentimientos piadosos, y fueran propias a despertar emulación religiosa en los fieles; pero condenada por la higiene, como lo está actualmente, pues se convertían nuestros templos en focos de infección, y de efluvios deletéreos, estando por una parte destinados a la congregación de grandes masas, precisamente, por su objeto, inspiraban, por otra parte, casi el mismo sentimiento de pavor que los camposantos.

Habíamos heredado de nuestros mayores, con la religión católica, estas costumbres, y creyéndolas inherentes a ésta, nadie hacía alto en los graves inconvenientes que física y moralmente comportaban aun en esa época tan alejada ya de la era revolucionaria de Mayo.

El camposanto de la ciudad había sido estableblecido en un terreno baldío, especie de potrero amurallado, y contiguo al magnífico convento de la Recoleta, que, cuando se suprimieron las órdenes religiosas, fué erigido en iglesia parroquial del Pilar.

Abrir una zanja, arrojar dentro de ella el cajón mortuorio, cubrirlo a pisón nuevamente con la tierra extraída hasta el nivel de la superficie, dejando al lado *el sobrante*, colocar a la cabeza una cruz de madera y... *mortus est qui non respirat!*

No había ningún monumento, ¿qué digo? ni sepulcro notable había allí. Era aquello una desolación, y terrorífica la impresión que producía su aspecto. Así, era dolorosísima la sensación producida por su aspecto, y desconsolaba profundamente pensar que a tan abandonada mansión, tenían que venir a parar los más privilegiados seres de nuestra afección.

Nada extraño es, y por el contrario, mucho explica esto, el que las personas pudientes o de bue-

nas y altas relaciones, se apresuraran con tiempo en adquirir el derecho por algún medio piadoso o pecuniario, de ser sepultados siquiera fuera en el átrio de una iglesia.

Mis abuelos paternos fallecieron el año 39 (lo dejo consignado aquí para que la posteridad no tenga que andar dándose de calabazadas, con la frente en las paredes del cementerio, por averiguar cuándo murieron los autores del célebre autor de *"Las Beldades de mi tiempo"*, quien perdió a su abuelo el 7 de Julio, y 70 días después, el 17 de Septiembre de 1839, su cariñosa abuelita).

¿De qué murió? me dirán las señoras con quienes hablo.

De tristeza! de pena!

Habían vivido estos cónyugues 57 años de una existencia íntima, sin cuestiones, sin disidencias de ningún género. Era demasiado para la esposa perder a tan avanzada edad el compañero inseparable de su vida. Se afectó profundamente, no podía *olvidar*. Cuando se vió sola fué atacada de ictericia y... se la llevó! Expongo estas reminiscencias, naturalmente, sin pretensión; pero cediendo a mis instintos, porque soy de la raza de los *querendones;* pido excusa porque, talvez, escandalizo por aquello de que *el que lo hereda no lo hurta.*

¡Y no lo creerán algunos! pienso morir en mi ley, gustándome todas las que veo.

¿Es un defecto de mi carácter?

¿Es una virtud o mérito del otro sexo?

Lo ignoro.

Pero lo que yo sé es que he tenido muchos, muchísimos envidiosos. Quizás no habrían sido tan numerosos, si hubieran sabido cuánto he sufrido por ello... Recuerdo, en cierta ocasión, que tuve un pesar tan acerbo, que... me puse a hilvanar un vals, dedicándole al más alegre de mis amigos,

a S. N., con el título de "Las Penas". Sucedió que... pero no me atrevo a referir este episodio; lo que prueba que no he llegado todavía a la edad en que se muere uno por revelar todo, hasta aquello que creía llevar a la tumba consigo. Vuelvo a mi relación.

En mis viajes, los cementerios han sido sitios de mi predilección; pues es allí donde duermen el sueño de la vida, los deudos y amigos que echamos de menos al regresar a la tierra que dejamos, por alguno de tantos incidentes que nos han arrojado fuera del suelo de la patria... y entonces sus lápidas funerarias nos indicaban el lugar de su descanso.

¡Cuántas viudas *inconsolables* dedican a su amor desesperado este último tributo! ¡¡Cuántas!!

A mi regreso, en 1851, comparaba yo nuestro titulado cementerio con el de la encantadora ciudad de Lima, en cuyo recinto un magnífico mausoleo costeado por la nación peruana, guarda los venerados restos del general don Mariano Necochea, *"Gran Mariscal de Ayacucho"*.

Y cómo no visitar estas silenciosas ciudadelas de los muertos donde reposan tantos seres queridos, tantos compañeros de infancia, amigos de nuestra juventud, que, viviendo en nuestra memoria durante la ausencia con los rasgos de la última entrevista, sólo los sentimos muertos al encontrar vacío el lugar en que los dejamos!

¡Qué repentina y pavorosa tristeza se apodera entonces de nuestro espíritu!

Con ocasión de visitar el cementerio, que recién a mi vuelta me apercibí de que lo era sólo en el nombre, recorría las pobres tumbas leyendo la inscripción de muchos deudos, condiscípulos y compañeros de colegio; principalmente los de la clase de latín, en donde aprendíamos esta lengua, *muerta*

por todas las demás de la Europa a las cuales dió el ser, sucediendo en este caso y con verdad innegable, al revés de lo que fabulosamente se refiere de Saturno, que diz que devoraba sus hijos. Esta vez son los hijos que han devorado a la madre; pero a dónde voy!...

Eramos 68 discípulos, si mi memoria no ha errado la cuenta, que estudiábamos bajo la dirección de los siguientes inmejorables y virtuosos profesores.

En la clase de latín, el notable sacerdote don Mariano Guerra... el hombre más *pacífico*, si los había, a pesar de su terrible apellido.

En la clase de filosofía, el sabio doctor don Diego Alcorta.

En la clase de matemáticas, el agrimensor salteño don Alejo Outes.

Eramos los estudiantes todos muy jóvenes, algunos casi niños, que nos veníamos diariamente por las mañanas muy temprano o que nos dábamos cita siempre para hacer juntos la *rabona*, bajando al río a apedrear y pelear con cuantos pasaban, mezclando de paso en los pozos de la ribera, las ropas que las lavanderas amontonaban para lavar...

¡Pobres lavanderas! pero ya quisieran las de ahora sufrir más bien estos percances de los muchachos del colegio, que los que soportan de los de la policía que las persiguen hasta llevándolas con ropa y todo a pagar multas porque lavan en los pozos de la ribera! *o tempora o mores*. O tiempo de moros, o de vigilantes que para el caso es lo mismo...

Con permiso de ustedes voy a pasar lista siquiera sea de los que quedamos vivos, siempre será una estadística interesante como lo verán mis lectoras, por el cómputo de años que encarnan estos jóvenes... de la vez pasada.

El señor don Luis Domínguez, en Londres.

Su hermano José Domínguez, en Buenos Aires.

El señor don Felipe Coronel, en Buenos Aires.

El señor don Marcelino Aguirre, en Buenos Aires.

El señor don José María Luparte, campaña de Buenos Aires.

El señor don Julián Fernández, Buenos Aires.

Y de ustedes su S. S. y affmo. amigo don Santiago A. Calzadilla (doctor *in utroque*).

—¡Después!

¿Quién será el último?

Son capaces de hacer un *sport* con nosotros, jugando al *ganapierde*, al contrario de las carreras de cuadrúpedos, que gana el que llega primero...

Ya hay 100.000 libras a favor del autor de las "*Beldades...*"

Pues no en balde he contado yo estas cosas, porque todos reunidos vamos a abrir una agencia.

La gran agencia de experiencias, a donde pueden venir los jóvenes a consultarnos; mejor que hacerlo con *Anita* Clarovidente, la adivina, desde que los *Siete* sobrevivientes, reunidos, contenemos la suma de experiencia de 508 años de vida laboriosa, cuya enseñanza les servirá para no caer en las muchas chambonadas de "*si jeunesse savait*", consultando a la Sociedad.

El Secretario perpetuo y particular de cada uno de nosotros, lo será el conocido corredor don *Melchor G. Rom*, que se encargará de la parte elemental y científica, como reglamentación de los casos que se presenten al examen.

La paga será ¡¡AL CONTADO!! en el acto de la consulta, y por esto los precios serán *módicos*, y a papel.

Voy a permitirme por vía de variación, entretener a mis lectoras (que de los lectores no me cuido)

con algo de esta época; pero siempre a propósito de bellezas, como vá a verse.

Uno de los grandes servicios que se debe al mando superior en la Municipalidad, del Intendente señor don Torcuato de Alvear, es la completa transformación de aquel barrio, y entre muchas otras la del *Cementerio*, salido de sus manos, puede decirse, como el Fénix de la fábula, nuevo, limpio y embellecido en cuanto posible pudo ser, aprovechando sus mismos elementos, y sacando partido hasta del hacinamiento y desorden en que por falta de dirección, encontró colocados los sepulcros, las cavernas, diría mejor, que los representaban.

Este antro informe, sucio, horripilante, hasta para los mismos deudos de los que allí yacían, a tal punto lo era que ni los más cercanos se aproximaban a él, es hoy visitado con veneración, por las familias que forman romerías, llevando flores frescas y coronas en sus manos (como la misma estatua de Tantardini) para adornar los sepulcros de los que tanto amaron en la tierra.

Así es como ahora se ha convertido aquel local en un centro simpático y atrayente, habiendo desaparecido el terror y el sentimiento repulsivo que antes con razón inspiraba el cementerio de la Recoleta.

Hasta el momento de la aparición de la estatua en la tumba de *Quiroga,* que está a la izquierda de la entrada, nuestro Campo Santo no tenía cosa alguna en su género digna de la curiosa mirada del viajero. Pero vino la obra maestra, la que a causa de sus inscripciones hubo de ser echada al suelo por la indignación del pueblo, una noche, tirando con caballos desde la calle, puesto el nudo corredizo en la garganta de la estatua para arrancarla de su base, fué salvada por la aparición de los emplea-

dos del establecimiento que llegaron a tiempo para impedir aquel sacrilegio.

Borrados que fueron los dísticos que contenía la estatua de Tantardini, que no ha sido superada, ni aun por el mismo Cristo de Monteverde, últimamente colocado en la capilla (lo que se debe también al señor Alvear), es admirada, y la contemplan, generalmente, todos los amantes de lo bello y del arte en su genuina acepción.

¿Cómo apareció esta magnífica obra escultural en nuestro Campo Santo?

Inesperadamente.

He aquí lo que sabemos al respecto:

El señor Demarchi, del cual hemos dicho en esta crónica de hechos muy característicos de una época (pero que los *historiógrafos* desechan o suprimen generalmente), que fué el esposo de una de las lindas hijas del General Quiroga, ya mencionado en un capítulo anterior; pues bien: para que siga siendo cierto aquello de que "no hay mal que por bien no venga", es sin duda a la piedad filial de la hija del Tigre de los Llanos, a quien se debe la primera y más bella estatua que hasta hoy mismo posea nuestro cementerio, felizmente colocada a la entrada.

El extranjero que visite aquel lugar de la muerte, lo juzgará muy bien respecto de las demás obras que, principalmente, desde la época del Intendente Alvear, se han erigido allí.

Como iba diciendo, el señor Demarchi llevó su familia a Europa, en donde encontró un condiscípulo con quien había habitado la misma celda en el colegio en que se educaron. Este condiscípulo era nada menos que Tantardini, célebre escultor, el cual al oir la relación de las hazañas de *Quiroga*, aunque hecha por persona interesada, ideó la dolorosa personificada en la esposa del extinto, llevan-

do en las manos una corona para depositarla en la tumba del esposo.

A tal antecedente, como lo dejo dicho, se debe la adquisición de la estatua, igual en mérito al Angel de Monteverde, una de las joyas del magnífico necrópolis de Génova.

La dolorosa, además, como todas las grandes obras del arte, no tuvo precio; fué un obsequio a la amistad; y el Sr. Demarchi solo costeó el block de mármol de Carrara en que *Tantardini* esculpió la índole de su genio al concebir la fórmula más sencilla y simpática, como es la de una esposa llevando coronas para perpetuar la tierna memoria del que le consagró su existencia.

En vez de intentar su descripción que sería pálida ante la que apareció no ha mucho tiempo en un bellísimo artículo debido al notable escritor y literato, don *Federico de la Barra,* sobre la dolorosa de *Tantardini,* voy a reproducirlo aquí; pues en su género es igualmente notable pieza.

Dice así:

"Aquí está la estatua del dolor".

"Es una mujer joven, alta y esbelta, absorbida por el pesar profundo.

"Ni desesperación, ni intemperancia, ni estertores crueles del alma. Ni la ficción de la tragedia pagana, ni la verdad desolante del drama de Jerusalem.

"El sentimiento tiene aquí una forma muda, pero elocuente, inmóvil, pero penetrante.

"Deteniéndose a contemplarla, subyuga.

"Parece que su mirada de piedra transparentáse rayos de vida: de vida melancólica y suave.

"Tiene inclinada hacia adelante su cabeza como ocultando su hermosura suprema bajo los festones de su velo blanco.

"Ese velo es un primor de encajes.

"Cubre su figura un manto que cae hasta el pedestal en multitud de pliegues y de ondulaciones graciosas.

"Ese manto adherido como una tela flexible, deja adivinar las formas encantadoras que pretende esconder.

"Es una maravilla del arte.

"Cuanto más se le mira, se le admira más.

"El entendimiento empírico vaga entre dos estremos: entre el genio de la inspiración y el genio de la ejecución.

"Esas telas de piedra, sueltas, flexibles, esos bordados lujosos, esas guardas simétricas, esas ropas ondulantes y vaporosas, ese aliento vital que parece escapar en torno de esa figura, deslumbran en realidad ante la pujanza de un buril sublime.

"Esa es la obra, valiente, del artista.

"Esa apostura, ese conjunto estético de la mujer doliente, bella, concentrada, inmóvil, elocuente.

'Ese es el triunfo del poeta.

"La concepción es grandiosa y profunda porque interesa al sentimiento.

"La ejecución es suprema, porque despierta la admiración.

"Tantardini es el nombre del escultor, que arranca a las entrañas de Carrara un feto de piedra y hace una mujer espléndida, con un seno que palpita y una túnica que vuela".

¿Qué tal? Es o no la estatua, la Dolorosa de la entrada del cementerio, la que describe en esas breves líneas el señor de la Barra?

La misma transformación ha experimentado la tristísima y lóbrega calle larga de la Recoleta, enangostada por los cercos vivos de vejetación y reducida en los últimos tiempos al solo servicio de la conducción de los muertos.

Terminando directamente en la puerta misma

del cementerio, causaba una impresión pavorosa andar por ella de noche, y aun de día; al ver los carruajes de los entierros dando tumbos sobre aquél pésimo empedrado, parecían buques azotados en un mar agitado por el viento. Los que no han conocido aquel triste callejón no pueden apreciar la diferencia que hoy ofrece a la vista, tanto la calle larga convertida en la "Avenida República" como la "Avenida Alvear" abierta paralelamente, al través de las quintas de Whilfierd, de Cazón, de Armstrong y otras, a lo largo de las cuales se extiende por ambos lados una verdadera fila de palacios, casa-quintas y jardines magníficos, terminando uno y otro en el espléndido paseo de esa Recoleta, cuyo solo nombre que pocos años ha, era un objeto de tétricas y penosas impresiones, es el barrio más atrayente, siendo, por otro lado, el paso obligado del *rendtz-vous* de Palermo.

No es esto todo. El señor de Alvear que tenía que dar una batalla campal, por lo menos, con cada uno de los propietarios para hacerlos entrar en su plan de reformas, al través de mil dificultades, completó su obra en ese barrio, con la apertura de la calle Callao, estrechada y angostosísima ya en la esquina ocupada por la casa de la familia de Borbón, casa antigua de color amarillo desde donde la calle hacia el río no era conocida sino por la de "El Pobre Diablo", nombre que había tomado a causa de un fondín italiano situado en el bajo, fondín que también tiene su historia.

La transformación ha sido tan repentina como completa, pues atravesadas por el boulevard Callao las dos avenidas de "La República" y de "Alvear", el intendente de este nombre ha convertido las solitarias quintas de aquella sección, refugio de las avecillas y gorriones, en el barrio higiénico por excelencia, de edificios más lujosos y elegantes de la

capital, de tal suerte que es aquel el Saint Germain, del Norte. Ello sucederá aunque nadie lo diga, en honor y gloria de don Torcuato, cuyo nombre ya debiera ser consagrado en cualquiera de las calles o plazas que ha hermoseado, y que hoy son admiradas por los extranjeros,—con la erección de su estatua.

Sintetizando la relación, puedo decir que el Barrio del Norte debe todas sus mejoras a tres entidades concurrentes de las cuales solo una ha obrado con voluntad e inteligencia personal. A la fiebre amarilla, a los tranvías y al intendente Alvear. Este aprovechó lo que sobre higiene hizo conocer la fiebre amarilla: sobre locomoción y facilidad de tráfico lo que divulgaron los tranvías, ablandando con su voluntad de fierro, la muy remisa de los propietarios, para que consintieran en la apertura de las calles, dividiendo y subdiviendo las quintas que encerraban terrenos de cuatro hasta seis y ocho cuadras cuadradas, desde la época de Garay. ¡Cuánto afán y cuánta paciencia!

Así es como los tranvías invadiendo esas calles, apenas abiertas, han facilitado la edificación, valorizado los terrenos y extendiendo el barrio del Norte, donde, al fin, las grandes como las pequeñas familias, se han agrupado en edificios de mayor o menor dimensión, pero de elegante estructura y con todas las comodidades apetecibles y el confort de la época.

Lo que quería el intendente Alvear era la formación de un barrio salubre que contrastando con el epidémico ya muy poblado del sur, atrajera allí la población dando desahogo a la ciudad, por el lado por donde la locomoción era más fácil mediante el servicio de tranvías.

Brillante idea, pero la cual sublevó contra el intendente las iras y celos de las poblaciones del sur;

cuyo barrio en masa levantó las más amargas recriminaciones sobre que ellas y sus intereses comunales eran abandonados, en favor del Norte.

No habrán olvidado estas cosas nuestras amables lectoras, ni tampoco que el intendente seguía sus obras ediles sin darse por entendido, llegando en su última época hasta emplear 50.000 $ diariamente en el terraplén de muchas calles, entre ellas, la profunda del Paraguay y la de la grande avenida de Palermo.

La materia es enorme y me reservo seguirla en otro artículo, pues me ha salido estrecho el molde.

CAPITULO XVI

En la época de cuyas costumbres vengo ocupándome al hablar de las "beldades" que tanta celebridad le han proporcionado, uno de los hechos más influyentes, como elemento de atracción social, era la misa de una; y bien que aún hoy mismo se sigue la costumbre, está ya muy lejos de revestir el carácter que la distinguía entonces, aunque haya *más gente ahora.*

Se decía todos los domingos y *"fiestas de guardar"*, en la Catedral y en San Ignacio. Este servicio religioso llegó a encarnar en su economía un atractivo singular, pues todos cumpliendo con el precepto católico de oir misa los días feriados bajo pena de pecado mortal, tanto para la mayor honra del acto, cuanto por ser aquel el más concurrido, todas las familias aristocráticas de origen, aunque ya democratizadas políticamente, eran infaltables a la misa de una, convertida así en espectáculo y en punto y objeto de recreo.

En nuestra sociedad tranquila e imbuída en sus costumbres, cuando aún no habían invadido los gustos y las mil exigencias de la vida fastuosa de la Europa, aquello tenía sus encantos, a lo que contribuía no poco la sencillez de las mismas costumbres. Todos se conocían y respetaban sin preocu-

parse ni poco ni mucho de las formas, y menos aún de saber de qué pie cojeaba el vecino. Había verdadera nobleza y sinceridad en el proceder social.

Era pues, la misa de una, especialmente concurrida por las familias *paquetas* y *currutacas*, que, sin previo acuerdo y sólo por un convenio tácito del hábito, se daban cita para lucir sus tocados e ingénita elegancia, al mismo tiempo que cumplían con sus deberes religiosos, sobre lo cual habíase conservado el celo.

Aún no había hecho su aparición ese conjunto de lociones, de polvos, ahuecadores, cosméticos, etcétera, etc., de la toilette francesa; y la gracia y elegancia genuinas de la criolla, resaltaban con todo donaire, sin deber un ápice a todas esos incentivos por el arte para... desnaturalizar y neutralizar sus naturales encantos. Así, eran objeto de burla y de mofa las que se *coloreaban* el rostro. Ahora, *¡cuantum mutantur ad illo!...*

Palermo no existía aún, y, el andar en coche carecía de atractivo; no había parque, no había calles pavimentadas, y las pocas que había empedradas éranlo tan mal, con piedra de Martín García tan desigual y brutalmente quebrada, como quedan muchas todavía, que nadie quería aventurarse en coche por ellas. Así los que tenían carruaje, lo sostenían más bien por necesidad que por lujo. Y, sin embargo, y bien que no lo usaran con mucha frecuencia, porque ni las distancias lo hacían indispensable, *el tener coche a la puerta* era la aspiración de la aristocracia, de la antigua nobleza española, como signo de fortuna y distintivo de alta entidad social y de positivo bienestar.

Hoy, ¡quién lo hubiera dicho, entonces! Todo el mundo goza de este lujo, merced a la invención yanqui de los tranvías, a tal punto, que los más

pobres, la gente de trabajo a jornal, la peonada, las cocineras y *tutti cuanti*, se han apoderado de estos vehículos por economía; en efecto, comodidad, celeridad, seguridad y baratura, todo está consultado en este sistema de locomoción, que, al extenderse la población tan extraordinariamente, ha reducido las distancias de tal modo, que en el día se puede estar en la plaza de la Victoria, en Barracas al Sur, Flores y Belgrano, en la Boca y en la Dársena Sur, y eso hasta las doce de la noche... ¡¡coche a la puerta!! ¡quién no lo tiene ahora! Señoras conozco yo que dejan el suyo a *la puerta* y toman el tranvía... es el modo de asegurarse contra los innumerables percances del tráfico y de los empedrados municipales.

El tranvía ha venido a ser para los argentinos el *federis Arca*. En él se vé muchas veces en la más íntima apostura y codeándose una gran dama con su riquísima toilette, al lado de una fregona con su canasta y sus chismes, un peón de fábrica al lado de un teniente general, un sacerdote austero frotándose con una lavandera, la modista, la verdulera, la mucama, la planchadora, cada una con su atadillo, bandeja o canastillo, símbolo del oficio, frotándose con un gerente del Banco, con un sportman, con un director o presidente de la Sociedad Rural, o una hermana de caridad al lado del *empresario de conventillo*... ¡¡Oh triunfo de la democracia!!

> **Oid mortales el ruido de rotas cadenas**
> **¡Ved en trono la noble igualdad!**

¿Quieren ustedes ver nada que sintetice mejor que los tranvías el verdadero trono de la noble igualdad?... Cuéntemenlo ustedes cuando lo descubran...

Por otra parte permítanme ustedes que repita aquí aquella exclamación que estampé una vez, y que no la dijo Calderón, por supuesto.

¡Qué barbaridad cometieron nuestros padres, haciéndonos nacer *tan antes!*

Sin este apresuramiento quizás presenciaríamos los portentosos inventos de *Edison, Yankee brujo,* que dará al traste con las muchas antiguallas de nuestra actualidad, cuando no hayan ni viejos, ni viejas, y tengamos perenne juventud, revelándonos el secreto de la suya nuestro querido amigo don Ladislao Martínez, que la posee desde largo tiempo, sin prescripción posible; y habrá, igualmente, perenne y eterna suspensión de pagos y otras beldades de... Bolsa, que son las de estilo y actualidad ahora.

Vamos a otra cosa de un solo salto.

¿Eran más agradables o más sinceras nuestras amistades de entonces?

¡Así lo creo!

Y si hay quienes no lo crean, apelo a los poetas cuyas estrofas eran lo que nos electrizaba a falta de las brujerías de *Edison.*

Y ahora, ¿dónde están, y qué es de estos privilegiados que hablan cadenciosos, la música del Corazón?

¿Dónde los Poetas?

¡Ninguno chista, ni para hacer un epigrama siquiera!

Todo es prosa y positivismo... Tanto tienes, tanto vales...

Allá van (cuento al caso) unos preciosos versos que mi amigo Iranzuaga, dirigió desde Montevideo, a una amiga suya, acusándole recibo de una prenda que le dió de recuerdo... ¡no sé si de amor!

Decía así:

Porque la tenga presente,
Y me sirva de consuelo,
Envióme una amiga ausente
De los rizos de su frente,
Una cadena de pelo.

Para tiernos corazones
Estas hebras combinadas,
Son poderosas prisiones
Más que gruesos eslabones
De cadenas remachadas.

Mas no os dé señora pena,
Solo es prenda de amistad
No a esclavitud me condena;
Traigo al cuello una cadena
Sin perder mi libertad.

O los que escribió después de un baile, a pedido mío, a una preciosa morena de esas que dejan atrás a las huríes de Mahoma.

Se titulaba:

LO QUE VI EN UN BAILE

Era joven, y era linda
De una estatura mediana,
Negro el cabello, ojos grandes,
La mejilla sonrosada.
En su festivo semblante
De espresión abierta y franca,
Por una mano invisible,
La bondad lleva grabada.
Dulce su voz, armoniosa,
Penetrantes sus miradas,
De afable y sencillo trato,
Alegre como una pascua,
Sin melindres de doncella,
Ni escrúpulos de beata.
De blanco toda vestida
De sencillez hace gala;
Tanto más bella parece

Cuanto menos esmerada.
Chalcito, color celeste,
Sujeto al pecho llevaba,
Con una *mariposita*...
De filigrana de plata.
En cada una de sus formas,
En sus modales, en su habla,
Hay un secreto que hechiza,
Hay un hechizo que encanta
Cuando baila ¡qué donaire!
¡Qué gentileza! ¡qué gracia!
Si parece que no toca
El suelo la leve planta,
Entre el bullicio y tumulto
De la alegre contradanza,
Atónito la seguía
Con la vista y con el alma;
Solo a ella veían mis ojos
Solo su voz escuchaba.
Si fuera como esta hermosa,
La que el destino me guarda,
¡Cuán dichoso me creyera!
¡Oh como tierno la amara!

Mientras bailaba lijera
Una presurosa valsa,
Cayoselé un ramito
Que en la cabeza llevaba;
Recojílo en el momento
Como una cosa sagrada,
Y guardela aquí en mi pecho,
Que agitado palpitaba
Entre confiado y dudoso,
Acerqueme luego a hablarla
Y mirándome riueña,
Extendió su mano blanca
Brindándome una diamela
Que sobre el pecho ostentaba.
Al tomarla, yo le dije
Con no sé qué desconfianza,
"¿Por qué la empleais tan mal?
"En nadie mejor empleada,
Me contestó cariñosa,
Que en el que humilde se abaja,
A levantar una flor,
Acaso ya pisoteada."

Desde entonces ando loco
Y no sé lo que me pasa,
Soñé con ella esa noche,
También soñaré mañana.
Ella es como la diamela
Y aquella boca torneada
Como el arco del amor
Me siguen como fantasma;
Unas veces todas juntas,
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes
Y no pudiera olvidarlas
Ni aunque tú me lo pidieras,
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni por que traiga en el pecho,
La imágen de la inconstancia.

CAPITULO XVII

Decía en capítulo anterior, que en lo que estábamos verdaderamente atrasados, era en materia de cementerios, y supongo que he dejado bien comprobado el hecho.

En cambio estábamos muy adelantados en punto a espectáculos teatrales, y voy a dar idea de ello haciendo funcionar mi memoria casi desde la infancia; pues mis recuerdos al respecto remontan a los años de 1824 al 1826... ¡No me digan nada!

No había tantos ni tan variados espectáculos como ahora, verdadera aglomeración de compañías que funcionan, sin que ninguna de ellas pueda llenar cumplidamente las aspiraciones de la gente cultora del arte, sea en lo lírico, sea en lo dramático.

En aquel tiempo había poco, pero bueno. No lo duden los admiradores del éxito callejero, que las más veces es contraproducente.

Todavía no había aparecido Verdi en los escenarios líricos del mundo con el romanticismo de su música bulliciosa, en que no se necesitaban artistas sino gritones, a los cuales puede aplicarse aquello del gaucho de mi cuento, que decía que

para tocar la guitarra *"no se necesitaba cencia sino fuerza y resolvencia."*

Un tenor que lleve en su garganta un pito de ferrocarril para dar los do de pecho de *la historia* que hay que pedirlos a Tamagno por ser el único que los *posee* verdaderos, desde que no existe Tamberlick que los inventó.

Ahora el éxito está conseguido, con los *do* falsos, resultado de un esfuerzo de la garganta, en lo que hacen consistir el mérito de un cantante cualquiera, y la noche en que lo dá tórnase inolvidable para mis queridos compatriotas, que en general se estremecen de placer y de emoción... Vaya en gracia, que *a falta de pan buenas son tortas.*

Pero mientras ellos gozan con esto, yo me deleitaré refiriéndolo a mis amables lectoras, con el recuerdo de las dulces melodías de Rossini, del autor del *Don Juan,* de los conciertos de Beethoven, que primaban en absoluto.

Era la época en que llegó a Buenos Aires la primera compañía de ópera hacia fines de 1824. Nunca he olvidado la emoción que me produjo la primera audición del ya célebre *Barbero de Sevilla,* la inmortal ópera del más inmortal Rossini. Por entonces ya se conocía en Buenos Aires y eran familiares, tanto para conciertos de piano y bandas militares, y *hasta para la guitarra,* los más selectos trozos y motivos del *Bárbaro de la Cenerentola,* del *Turco en Italia, La gazza ladra, La italiana en Argel* y varias otras composiciones, cuyas oberturas, arias, dúos, tríos, nos llegaban para todo instrumento, precedidas de una fama europea, mucho antes de que viniera una compañía de que tanto bueno decían los viajeros.

Con estos trozos por vanguardia puede juzgarse del efecto y de la impresión que harían en el

público porteño las representaciones líricas, que dieron principio con *El Barbero de Sevilla.*

Si a las composiciones de tan renombrado autor, se agrega el ser desempeñadas por artistas de verdadero mérito y talento, se comprenderá fácilmente que aquella época haya dejado en nuestra tierra un imperecedero recuerdo, que ha impreso carácter y gusto a nuestra sociedad, resultando de ahí el ser visitada la metrópoli del Plata, y sucesivamente, por los primeros artistas del mundo europeo, instrumentales o vocales.

En efecto, hacia la época a que me refiero, llegó a Buenos Aires una familia de artistas compuesta de cuatro personas. Una joven llamada Angelita Tani, de unos quince años, linda y simpática criatura, soprano a estilo de la Patti, acompañada de otra hermana mayor que ella, contralto, y de dos hermanos, uno de los cuales era un... *Abelardo* escapado de la Capilla Sixtina. Título sobrado para cantante de primer orden. Era un tenor acabado que subía hasta el sí bemol con prodigiosa facilidad; y el otro, bajo profundo y barítono, o cosa parecida, pues su garganta tenía un registro tan extenso que podía decirse abarcaba el teclado del piano, hasta la mitad.

A estos cuatro artistas acompañaba un caricato, el señor Bacani, que no ha tenido hasta hoy mismo rival; y un segundo tenor de gracia llamado Rosquellas, que desempeñaba el papel de Conde de Almaviva, con una perfección a que jamás pudo acercarse Stagno, al cual hubiera sido necesario *estañarle* la gola para libertar su garganta de esa especie de grillete que le oprimía, impidiéndole respirar, aunque le sobrara la buena intención que todos le hemos reconocido. El barítono era el mulato Viera, que resultó haber tenido tan buena escuela, que una vez en tan excelente compañía cum-

plió bien con su deber como Ricciolini en el rol de don Basilio.

Los nombres del bajo y de la contralto se *han escapado* como dicen ahora los *Cronistas* o *Repórteres,* sin que nadie les reclame por ello.

Buena orquesta y buenos coros para interpretar genuinamente las composiciones de los grandes maestros, en la representación de *Don Juan,* de Mozart, de *La gazza ladra,* del *Turco en Italia,* del *Tancredo* y de la *Cenerentola,* de Rossini, y demás obras del repertorio clásico. Tales eran los artistas y tal el conjunto de la primera compañía lírica que sin chicanas ni pillerías y maniobras de contratistas, encantó a la igualmente sincera y seria sociedad porteña, infiltrándole el gusto por el arte y por la música dramática.

Y no había que cambiar de ópera a cada noche, porque con tan competentes y escrupulosos intérpretes, en cada representación de una misma pieza descubría el auditorio bellezas nuevas, de esas que solo la repetición, preparando el oído, hace al fin comprender... porque la generalidad no alcanza las concepciones del genio sino con la constancia del estudio y para el público el estudio es... el *oir* y volver a *oir* y aun *oir* más lo ya *oído.* De otro modo no hay posibilidad de llegar al goce, a la fruición que procura la música. No se escandalicen. *El Barbero de Sevilla,* esta ópera, que aun dada por pésimos actores lleva al teatro siempre un mundo de espectadores, fué silbada, burlada, en su primera representación.

¿No lo creen mis amables lectores?

Pues bien, lean lo que refiere Fetis en su obra *Biographie Universelle des Musiciens.*

. . . . . .

"La tempestad que había tronado sordamente "durante todo el primer acto, estalló en el segun-

"do y la ejecución de esta obra maestra de gracia
'y coqueta elegancia, no terminó sino en medio de
"las manifestaciones más ultrajantes de reproba-
"ción".

Mas todavía: "*La Semiramis* misma fué tan mal
"recibida en Venecia, en su primera audición, que
"esta fatal demostración hiriendo la susceptibili-
"dad de Rossini, determinó su separación de la tie-
"rra natal para trasladarse a París y Londres".

Las partituras, las más sublimes, han pasado por esta vía crucis; pero cuando las del *Barbero* y el *Otelo,* llegaron a Buenos Aires venían precedidas de la fama y consagradas por los más eminentes sacerdotes del arte. Si a eso se agrega la magistral ejecución de la compañía que las introdujo a nuestra sociedad, se comprenderá fácilmente el entusiasmo que excitaron, y la apasionada influencia que hasta hoy mismo ejercen, trasmitida por una tradición ejemplar.

En 1852 fuí presentado en Montevideo a Angelita Tani, casada como la Nilson, con un distinguido caballero brasileño: mi amigo el señor Cuhna, gerente del Banco Mauá en aquella capital.

No habiendo cantado la estruendosa música de Verdi, no había sufrido alteración ni detrimento alguno su voz; y era un placer el oirla a sus 44 años, con una voz entera perfeccionada por la maestría que dan los años en una garganta privilegiada y cuidada, de lo que es una prueba la de Adelina Patti, que tan poco ha hemos admirado y aplaudido estrepitosamente.

CAPITULO XVIII

Había por ese tiempo muchas distracciones, y éstas de variado género, pues a más de las tertulias ordinarias de carácter familiar, otras de tono, alternando de cuando en cuando con bailes como los que tenían lugar en la casa de los Molina, en cuyo enorme patio se levantó uno de los primeros edificios de tres pisos, teníamos las representaciones teatrales en El Argentino y en el teatro de la Victoria, dos pequeños liceos, pero en los que el Buenos Aires de la época gozó de lo mejor que en composiciones dramáticas y artistas se importó de España y se formó entre los criollos, con un exito que nos prueba que en este punto nos encontramos en decadencia, como lo van a ver nuestras lectoras si tienen la amabilidad de seguirnos en la relación de hechos que lo demuestran. Vamos por partes y por orden hasta donde mis recuerdos permitan que lo observe.

En el teatro Argentino de comedias, se daban los dramas antiguos, y entre las petipiezas el divertidísimo sainete titulado: *Los tres novios imperfectos* a cuyas representaciones concurría sin saciarse un numeroso público. Aquel sainete obtenía un éxito análogo al que ahora tiene Juan Moreira.

La compañía, en la cual figuraba Trinidad Gue-

vara, se componía de buenos artistas, como Felipe David el gracioso, Casacuberta y el pardo Viera, que figuró también como cantante en la célebre ópera de Anita Tani en 1826, y *Culebras, el barba.*

Más, antes de seguir adelante, permítanme ustedes que dé una breve idea del argumento y ejecución del sainete.

Los tres novios protagonistas venían a dar a una especie de Rosina, llamada Ramona, una serenata bajo sus balcones. La tal Dulcinea prometía su mano al que mejor la festejara. Uno de los novios era tartamudo y este papel era el que desempeñaba Felipe David, con una naturalidad admirable... Al aparecer en el fondo de la escena le decía:

"Ra...a...a...mona no me...me has olfa... teado?" Y luego llegando al pie de la ventana destapaba un arpa que traía debajo de la capa, y colocándola convenientemente daba principio a la serenata con las siguientes coplas:

En tiempo de Marí-castaña
Una vieja solía cantar... etc.

introduciendo de su propia cosecha novedades humorísticas de tal género que hacía descostillarse de risa al muy leal y respetable público.

El segundo pretendiente era un militar... un inválido con una *pierna de palo,* papel desempeñado por el pardo Viera. Su serenata era una diana, con banda lisa de tambores y pífanos que produciendo una infernal batahola, apagaba los *fuegos* de la serenata del tartamudo.

El tercer pretendiente, que, con más propiedad podemos llamarle *pretenmuela,* pues sobre ser tuerto era de redobladas navidades, era un *cesante pobrísimo,* que cortejaba a la Dulcinea en prosa y en verso.

El papel era desempeñado bajo una lluvia de estruendosos aplausos y bravos, por el artista Casacuberta, que entraba ya en los albores de su gloriosa carrera, que fué a desarrollar, completar y terminar en Chile, adonde se refugió como uno de tantos emigrados, y del cual me ocuparé en seguida...

Este sainete, una de las composiciones de mayor efecto cómico en su género, y de una crítica más punzante, está depositado en la Biblioteca con las demás obras que formaban el gran repertorio del señor Olaguer Feliú, cuando se demolió aquel teatro por el señor Rom para edificar el Pasaje Argentino.

Hablemos un poco de Casacuberta, que no ha de ser inconveniente consagrarle en *Las beldades de mi tiempo* un ligero recuerdo, pues al fin es una gloria nacional del arte.

Como lo dejo indicado, Casacuberta emigró a Chile con sus demás compañeros, si mal no recuerdo, después de la batalla del Arroyo del Medio, ganada por el general Pacheco al general La Madrid. Los derrotados, a pesar de estar ya cerrada la cordillera, en los primeros días de Septiembre, se lanzaron a atravesarla, prefiriendo afrontar el peligro de tal empresa, antes que el de caer en manos de los seides del tirano.

Lo que se temía sucedió... Casacuberta quedó medio sepultado en la nieve, de donde fué extraído casi moribundo por la gente que desde Santiago de Chile condujo Sarmiento, enviado en su auxilio por los emigrados, con la eficaz cooperación del Gobierno de la Moneda, que tomó en el salvamento una actitud decidida y humanitaria.

Casacuberta, apenas mejorado y repuesto de sus dolencias, e impulsado por sus compatriotas que deseaban verlo lucir sus talentos en la escena, de-

cidió presentarse en las tablas, y esto mismo no sucedió sino a consecuencia de un incidente que voy a referir suscintamente porque se vea como es cierto que *la ocasión hace al ladrón*.

Funcionaba entonces una compañía dramática de los Velarde, según unos en el teatro municipal, y fuimos con Casacuberta a la representación que éste halló detestable, manifestándolo así francamente. Empeñado en una discusión llegó hasta decir: 'Yo lo haría mejor''. De la discusión resultó la idea que se llevó a cabo, de formar una compañía dramática, a cuya ejecución cooperaron los emigrados argentinos.

Llegó el día de darse la primera función, en la que se dieron cita todos los más notables argentinos, pues hasta de Valparaíso se trasladaron a Santiago muchos de ellos. Así encontráronse en esa noche del estreno el general Las Heras, el general y almirante Blanco Encalada, general Dehesa, Carlos Lamarca, Sarmiento, generales Necochea y Torrico desterrados del Perú, y muchos otros.

La representación anunciada componíase del drama ''Marino Faliero'', de Víctor Hugo, y de la petipieza 'La familia improvisada'', y en ambas figuraba Casacuberta. Al aparecer en el proscenio fué acogido por la más estruendosa algazara y salva de silbidos imaginables, pero al mismo tiempo por otra de aplausos que los neutrales o conservadores del orden no podían dominar.

En medio de esta tempestad, especie de pujilato de aplausos y silbidos, en que nadie se entendía ni consigo mismo, apareció de pie en su palco el almirante Blanco, y consiguiendo dominar la algazara dirigió al público las siguientes palabras, más o menos.

''Señores: ante todo, es necesario oir al artista

para reprobarlo si no se desempeña bien, o aplaudirlo si lo merece...''

Calmada la batahola con tan sencilla alocución, Casacuberta avanzó al centro del escenario, pudiendo notarse, en medio de un profundo silencio, que la opinión pública no era ya tan desfavorable...

Desde el segundo acto las cosas cambiaron, y al fin de la función, Casacuberta era ya dueño del público. No solamente habían desaparecido las hostilidades sino que éstas se convirtieron en una verdadera ovación. El entusiasmo fué tan estremado, que el artista fué acompañado en triunfo por una numerosa concurrencia hasta su alojamiento, en donde con gran emoción se despidió de ese público cuyas simpatías había conquistado para siempre.

Desde entonces su carrera artística no fué marcada sino por un progreso constante y una serie de triunfos que fueron en escala ascendente hasta el momento mismo de su muerte.

Es sabido que el grande artista falleció en el instante mismo de terminar el último episodio de la famosa pieza *Los siete escalones del crimen,* en Valparaiso; puede decirse que se separó de este mundo cuando aún zumbaba en sus oídos el estruendo de los aplausos de los espectadores, embargados todavía con las últimas emociones.

Pero volvamos a reanudar los hilos de nuestra crónica sobre los espectáculos teatrales de Buenos Aires.

La compañía en que inició su carrera dramática Casacuberta daba también las muy aplaudidas petipiezas: *Manuel Méndez Injundia, El abogado tras los montes* y *El gastrónomo sin dinero,* en cuyo papel jamás tuvo rival Casacuberta.

Entre los años 35 o 36 inauguróse también el teatro de La Victoria, cuyos propietarios eran

los Plaza Monteros, que tenían dos lindas hermanas, más que lindas, *lindísimas!* que se lucían ocupando el palco de *avant scene* a la derecha del espectador, propiedad de la familia.

Este teatro fué inaugurado, puedo decir, por un notable artista, el gran comitrágico Lapuerta, que vino de España, importándonos el romanticismo de Víctor Hugo.

Se estrenó con el drama de Larra *El Mesías,* con el cual atrajo a su representación a todo el Buenos Aires civilizado, que lo escuchó atentamente y lo aplaudía con frenesí siempre que decía estas palabras:

¿Y bate pues tanto
En la muerte mía
Fementida, hermosa,
Más que hermosa, ingrata?
. . . . . .

Y cuando esto se oía con la entonación ampulosa, acompañada por la acción, el teatrito de la Victoria, se venía abajo, sobre todo, en el local que se había dado en llamar "el palco de Lezama", lugar que adquirió cierta celebridad...

En seguida de Lapuerta llegaron los Duclos, el célebre Ortiz, Jover y García Delgado; Matilde La Rosa y varios otros que arrastraron a Mármol a hacerse autor dramático, escribiendo piezas de dudoso éxito, a pesar del entusiasmo con que entró en el oficio.

Fué con ocasión de la presencia de estos artistas que se reveló el genio de Casacuberta, convirtiéndose de cordonero y bordador militar, en un artista que igualó, sino superó, a Rossi y Salvini... Así como ustedes lo oyen!

A los espectáculos públicos de que dejo noticia se agregaban las fiestas y tertulias particulares,

entre las que primaban las del señor don Juan Bernabé Molina, en su casa, de cuya transformación he dado ya idea. Este amigo, uno de los hacendados más relacionados, mantuvo su prestigio hasta que la existencia se hizo imposible en Buenos Aires por los años 40 a 42.

Eran también de uso y muy en moda los paseos al campo, los que ahora llaman pic-nic, un poco impropiamente, porque al adoptar este título inglés se le ha suprimido el rasgo que le caracteriza. El pic-nic es realmente un paseo campestre, pero con la especialidad de que cada uno de los invitados lleva su contingente de provisión, resultando de esta circunstancia que en muchos casos la mayoría lleva las mismas, o la diversidad es tan rara, que en uno y otro caso, los chascos son de naturaleza tan extravagante, que eso es, precisamente, lo que engendra el buen humor y contribuye a la diversión.

Llamar pic-nic a nuestros paseos campestres es simplemente una majadería, como tantas otras en que se desnaturalizan las costumbres, sin mejorar ninguna de ellas. Nuestros paseos campestres son generalmente dados por un individuo a sus relaciones, y los invitados encuentran todo hecho. Unas veces es un almuerzo, otras una comida y otras veces un lunch; y en este caso las provisiones son todas frías. No hay, pues, paridad alguna entre esto y el pic-nic propiamente dicho. Pero la moda lo quiere así... Adelante con los faroles.

Mas aquellos paseos campestres rara vez tenían lugar sin producir algún resultado social cuando no era para festejar alguno ya concertado. Adivinan mis estimables lectoras que hablo de casamientos, ¿no es verdad?

En efecto: en eso paraban los paseos campestres, aunque sin ellos mismos había muchísimos y muy

a menudo; y no eran indispensable los 'trousseaux'' de veinte mil pesos, ni lujosas instalaciones en palacios, ¡no señor! Sino un pequeño nido simpático, arreglado con más o menos comodidad en el hogar de la madre de la novia o del suegro, y después de los primeros días destinados a las expansiones y recepciones de parientes y amigos, el hombre a trabajar para ganar con honor el sustento de la familia, hasta hacer la fortuna de que ya gozan muchos de ellos y son las familias más conocidas y consideradas.

Los partes matrimoniales lo eran en verdad y variando en ciertos detalles, pues muchos eran dados en primorosos versos; tenían su forma típica, habiendo ya desaparecido en esa época los epitalamios, tan en boga en el siglo pasado.

He aquí un parte que dará idea cumplida de las costumbres, pues es histórico y sólo suprimo los nombres de los que lo pasaron.

Dice así:

Si la aprobación de las personas sensatas puede contribuir a la felicidad del Santo Sacramento del Matrimonio, F. y S. solicitan de usted la suya.

¿No es verdad que es bonito, y que un acto semejante es cortés y es tratar con respeto a los miembros ya constituídos en una posición social?

Pero volviendo a los paseos campestres, recordaré como ejemplo los de la chacra del doctor Castro, en que se daban conciertos. Tenía lugar en la barraca de dicha chacra, situada en Los Olivos.

Había allí un hermoso bosque de árboles que se llamaba sombra de toro. Concurrían a esos conciertos: Alberdi, Jacinto Peña, el doctor V. F. López (actual Ministro de Hacienda), Nicanor Albarellos y otros. Tocaban el piano Genara Castex, viuda del doctor Martínez, la que era también gran cantora.

Tocaba la guitarra Nicanor Albarellos y Jacinto Peña la flauta. Concurrían las familias de Gutiérrez, de Castex, de Riera, de Pacheco, etc., etc. *María González de Martínez,* hermana de don Ladislao, ya rememorado, y Catalina González de Videla, belleza muy notable y colmada de dones y gracias.

Como en la tertulia muy concurrida en la casa Castex, frente a lo de Ocampo de Carabassa, donde concurrían las lindas Juana y Carlota Gallino; y casi toda la mozada de esa época, porque se bailaba y se pasaban muy agradables momentos, haciendo música y canto, como intermedios.

No faltaba aquí el minué, este elegante baile con que las señoras casadas abrían la fiesta.

Ahora vemos, con placer, que el minué vuelve a llamar la atención del mundo elegante, después de un eclipse prolongado de más de medio siglo.

En una correspondencia de *Houssaye,* a *La Prensa,* que acabo de leer, describiendo una fiesta habida en París últimamente, dice lo siguiente:

"En el teatrito alzado en el buffet-restaurant, se bailó una pavana, por dos bailarinas de la Opera con sus correspondientes parejas, una de ellas la señorita Invernizzi. Tras de la pavana tocó el turno al minué, y pocos instantes después reapareció la señorita Invernizzi vestida de japonesa y en el paso del "Réve".

"A las siete y media cesaron los últimos acordes del baile y, a las 8, una mesa preparada sobre el césped reunió a unos veinte amigos íntimos en torno de la dueña de casa".

Y también en Montevideo, como quien diría a las *puertas* de Buenos Aires, ha comenzado a bailarse ya.

De la música de este baile, ha dejado muchos y muy lindos nuestro gran músico y compositor, el

señor don Juan Pedro Esnaola; los que daré a la estampa en el momento de su resurrección esperada.

Eran muy buenas, y por ende, muy frecuentadas las tertulias que nos daba el señor don *Juan Bautista Peña,* el hombre de rostro más adusto en la calle, y el más agradable, ameno y comunicativo en su casa, calle de *Corrientes,* en cuyas reuniones había siempre un buen servicio de *te* o *café;* y al finalizar la temporada nos obsequió una noche con una cena puramente argentina, de un *rico caldo,* reparador de las fuerzas perdidas en la danza, después de tanto batallar en los valses y contradanzas durante la fiesta (1).

¡Pero una noche!... ¡noche inolvidable! El dueño de casa se excedió a sí mismo, y nos dió una sorpresa... ¿A que no se figuran ustedes con lo que nos obsequió?

¿Se dan por vencidas?

Pues allá va... nos presentó una rica carbonada, que nos la comimos. ¡Qué digo, nos la comimos... nos la devoramos, dejando los platos y la fuente que la contenía, como si la hubieran lavado en el *agua Prat;* imitando en esto a los franceses que, después que se tragan los trozos, limpian los platos con el pan, y quedan como *recién sacados de la fábrica.*

Ahora, para terminar este capítulo, ya muy extenso, recordemos la gran casa de la señora doña *Flora Azcuénaga,* cuyos extensos salones estaban tapizados de *Tizús* calentados en invierno, a falta de chimenea, que no se usaba, por grandes copones

(1) Los franceses nos han traído como una una novedad esto del caldo a las horas postreras de un baile; ya lo ven, mis lectoras—nada hay de nuevo sino es la futileza del nombre... lo llaman *consomè*... creo que es porque dejan recocer la carne o la gallina para que largue toda la sustancia. Contra la moda no hay autoridad que quede en pie, ni la de la Academia.

de reluciente bronce, prendidos con carbón de leña, colocados en el medio de los salones, en donde se quemaban las pastillas de Lima, que abundaban entonces, preparados así para recibir a la alta clase social y política, en esa gran casa situada en la esquina de Florida y Rivadavia (hoy) N.º 17.

Esta distinguida dama era una personalidad que actuaba en la política, y sus opiniones eran respetadas y atendidas por aquello que dice: "que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere".

La señora Azcuénaga en Buenos Aires, era lo que en Santiago de Chile (y no digo que lo es ahora), porque se sabe que está en contra de la política de su yerno... *nuero,* debí decir, del presidente Balmaceda, la simpática señora doña *Emilia Herrera,* digna esposa del señor don *Domingo Toro,* en sus lujosas recepciones, y en sus paseos a la gran hacienda del *Aguila;* en donde recibía, sentada en su mesa de trabajo atestada de cartas para contestar, y diarios de *todas partes del mundo,* a sus relaciones, de Ministros Extranjeros, y hombres de Estado, y de letras.

Es verdad que por la paridad de las razas y orígenes, quizá sea que hay en América los mismos usos, tipos y costumbres sociales, y aún familias que se reproducen en Chile y en Lima, con las mismas e idénticas costumbres y con la misma encantadora franqueza de las gentes que han nacido en la opulencia, y que por su educación, por su fortuna o por sus hábitos aristocráticos, llevan la voz en la alta sociedad.

Eran las constantes comensales de esta tertulia de confianza de la señora de *Azcuénaga,* la señora *Casamayor de Luca, Remedios Escalada, Carmen Quintanilla, María Sánchez, Antonia Palacios,* y la hermosa señora *Mercedes Lasala,* soltera, y su hermano don Jerónimo (soltero también), el Chis-

pero de esta logia a lo Lautaro, de señoronas, donde nunca faltaba amenizando esas recepciones *diarias* con las noticias de los periódicos europeos, que traían los buques o paquetes ingleses (a vela) que venían cada quince días, con la correspondencia comercial y las noticias de los descubrimientos científicos, viajes y modas del viejo mundo.

Este caballero, señor *Lasala*, era muy amistoso y de trato ameno; empleado de la Contaduría, era atento y servicial con el público. Podía decírsele un lindo hombre, siempre irreprochablemente vestido, haciendo *pendant* con mi señor padre, igualmente asiduo asistente a esta tertulia atrayente y novedosa, donde había tantos elementos de distracción y de alegría.

No olvidaré un apéndice de esta tertulia, algo especial; era la presencia complementaria de un personaje llamado el *negro Domingo*, que se estableció, con permiso de su *ama vieja*, como él decía a la señora doña Flora, en el zaguán de esta casa a las horas de la oración con su canasta y su farolito de vela de sebo, colgado en el mismo bastón o palo en que se apoyaba para caminar y vender sus ricas masitas y sus célebres alfajorcitos, que en pocos momentos desaparecían, y el moreno Domingo levantaba campamento para volver al día siguiente a llenar los compromisos que había dejado pendientes la noche anterior.

Con razón se queja ahora mi amigo Manuel Tobal, no sólo de que ya no se vendan estas ricas golosinas, sino de que se hayan llevado las recetas, y *¡morituri te salutant!*

En un paseo que hicimos de Guayaquil a la ciudad de Quito, en compañía del desgraciado doctor don *Santiago Viola*, fusilado cruelmente al poco tiempo, por orden del tiranuelo *García Moreno*, sin causa alguna justificada (asesinato por el cual el

gobierno argentino debió pedir explicaciones...) de Juan Antonio Gutiérrez, hermano del literato don Juan María, de Francisco Lynch y otros compatriotas y amigos guayaquileños, para ver el célebre *Chimborazo,* el *volcán Cotopaxi* y el *Pichincha,* que tantos recuerdos patrios evoca, como para admirar las construcciones de los *Incas,* de las que quedan muestras imborrables de aquella civilización extinguida, emprendimos este paseo.

Aun existen los templos con aquellas construcciones grandiosas de piedras, levantados sus muros de sillería, sin ponerles mezcla alguna, y tan unidas, que ni con nuestros cortaplumas podíamos penetrar en sus intersticios. Pero la descripción de esta ciudad como la del *Cuzco* en el Perú, no es de estos apuntes hechos al correr de la pluma.

Sigamos con la cruz a cuestas.

En este viaje tuvimos ocasión de hacer relación con el Ministro de Su Majestad británica, Mr. *Gualterio W. Cope,* uno de los varios ingleses que vinieron a Buenos Aires cuando el célebre empréstito del año *24, que todavía lo estamos pagando,* según creo.

Por una feliz circunstancia, sin duda, hablando de nuestro país en un convite con que nos obsequió dicho señor ministro en la legación, nombré en el giro de la conversación al señor *Lasala* y a su hermana la hermosa señora doña *Mercedes.*

A este recuerdo inesperado, la alegría del inglés no tuvo límites, y pidiendo una botella de su mejor vino (de los que era gran poseedor), nos propuso el constante brindis de los de esta nación:

¡A los amigos ausentes!

Comprendimos al momento lo que pasaba en el ánimo del inglés, y al más pequeño incidente o pre-

texto, y, a cierta altura de la comida, cuando la alegría retozaba en los espíritus, nombrábamos a la señora de *Lasala,* y al momento el inglés hacia una insinuación al criado, y los más ricos vinos llenaban de nuevo nuestras copas, bebiendo por ellas (pues ya le habíamos perdido el miedo al inglés), como por la felicidad presente y futura, del apasionado ministro más fiel a doña Mercedes que Miguel Becar lo es a su querida *Rome.*

Y quizá nuestro amigo hubiera sido bien correspondido, si se hubiera arremangado, como decía, para ciertos casos, la señora doña Brígida Castellanos; pues la hermosa y arrogante señora doña *Mercedes.* murió soltera; y no es ni de suponerse, que fuera por no haber tenido con quién casarse, una y mil veces... puesto que era una dama llena de mérito, de inteligencia, de posición y de fortuna. ¡Qué más se podía apetecer!

Cerraremos este capítulo, con la intercalación de otro documento relativo a partes y celebración de bodas, que no es, ni con mucho, menos original y chusco que el anterior.

Dice así:

PARTE DE CASAMIENTO

¿Quién va?
¿Quién es?
Don Manuel Aragonés,
Y doña Juana Castellanos.
Que hoy se ofrecen
...¡A sus paisanos!
A quienes besan las manos
¡Bien lo veo!...
Unidos por los lazos,
De himeneo!
En la calle de la Merced,
Para servir a Vd.
. . . . . .

Brindemos, pues, como hermanos,
¡Oh beneméritos ciudadanos!
Por tan feliz unión...
Que cuenta para su suerte,
Con dinero y corazón,
En la vida y en la muerte.

Córdoba, 1836.

CAPITULO XIX

En 1836 había aquí un insano, tranquilo y amigo de todos. Se llamaba *Pedro Balbastro,* y pertenecía a la noble familia de los Balbastro y de Alvear, que, según él decía, eran todos locos.

Era muy comerciante y buscavida, pues hacía de buhonero, o falte, como llaman en Chile a los que venden por las casas algunos géneros baratos y cosas útiles, como son medias y pañuelos de algodón, de los que llevaba una gran cantidad colgada en el brazo izquierdo, y en la mano derecha las muestras de estos efectos.

Dos años después del inícuo ataque y de la escandalosa detentación, perpetrada por el gobierno inglés a nuestra república, tomando por sorpresa y viva fuerza las islas Malvinas, situadas, como es sabido, frente a la entrada del Estrecho de Magallanes, en el cabo Vírgenes, en rumbo Este. La familia de los Balbastro era notable por la hermosura de sus tipos; las mujeres, especialmente, eran bellísimas, y se casaban con ingleses. Estaban por ese tiempo en piques con las Rubio, de igual categoría, con las cuales se disputaban los novios ingleses a título de hermosura; pues así la señora Rosario Rubio se casó con don Daniel Gowland, y Estanislada, su hermana, con Bergmann, alemán, y

se fué a Lima, en donde lució, no sólo por su belleza, sino también por su distinguido porte, elegancia y *savoir faire;* pero volvamos a mi cuento.

Metido Pedro, como se ve, entre ingleses, tuvo amistad y mereció la protección de las casas de Bale Stock, de don Diego Thompson y de don Thomas Duguet, que, tanto para librarse de él cuanto por dar gusto a la familia, le confiaban chucherías para que siguiera ejerciendo su oficio.

Otro comerciante inglés creyó poder emplearlo provechosamente y le dió a comisión la venta de medias y pañuelos. Instado repetidas veces para que cubriera la cuenta de lo que le había dado a vender, contestaba enfáticamente "que ya le había pagado con demasía".

Como esto, a más de no ser cierto, implicaba una insolencia, el inglés lo demandó ante el Juzgado de Paz, como era entonces de práctica.

Llamado a contestar la demanda, Pedro no negó el hecho; lejos de eso, lo confirmó *in absoluto.* Entonces el juez de la parroquia de la Merced, que lo era el señor don Vicente Peralta (*federal neto*) ordenó el pago o la devolución inmediata de la mercancía.

Algunas personas, siguiendo la broma, quisieron ir con él y defenderlo, pagando la deuda, pero Pedro se opuso tenazmente, y dijo: Señor Juez, yo nada debo a este hombre; pues habiendo los ingleses robádonos las islas Malvinas, yo me pago con estas medias (*y al mismo tiempo, arrollando el pantalón, mostraba las que llevaba puestas*) *la parte que me toca de tierra como argentino,* y, por consiguiente, repito que nada debo a este inglés, ya demasiadamente pagado por ello.

Aquí cabe bien una consideración sobre el proverbio "*los locos y los niños dicen las verdades*", y la prueba de ello es que Rozas, a quien también

se tiene por loco, durante su gobierno, tomó de *tema* el reclamo de las islas Malvinas.

En efecto: después de la controversia sostenida con el gobierno inglés, su Ministro Plenipotenciario en Londres, don Manuel Moreno, hasta la caída de Rozas en 1825, formulaba anual e infaltablemente ante el Ministro Lord Palmerston, su reclamación contra ese inícuo ataque a la soberanía argentina.

Así lo estuvo chichoneando sin obtener otra cosa que fastidiar a Lord Palmerston, de quien el ministro argentino fué su cabrión durante 17 años.

Sea de ello lo que fuere, yo digo que Pedro Balbastro merece bien de la patria: que todo ciudadadano argentino debiera, por lo menos, sostener que la Inglaterra nos es deudora de las islas Malvinas, manifestándolo así en toda hora, momento y circunstancia ocasional; y que el gobierno nacional debe proceder en esto imitando a Rozas, es decir, protestando, año por año, y reproduciendo el reclamo del ministro Moreno... o que cancele nuestra deuda, dándola por pagada con las islas Malvinas, *porque sardina que lleva el gato, tarde o nunca vuelve al plato. Del lobo un pelo,* señor Ministro de Hacienda, doctor don Vicente F. López.

CAPITULO XX

En 1838 establecieron los franceses el bloqueo con la fragata la *Expeditive,* del almirante Le Blanc, con Mackau... Fué desde entonces que comenzaron a hacerse difíciles las relaciones del pueblo culto de Buenos Aires con su gobernador, que ya tenía la Sala de Representantes montada a su voluntad, ante la cual hacía la farsaica burla de gobernar constitucionalmente, observando las prescripciones de la Carta Constitucional, dando cumplimiento a las leyes emanadas de aquella asamblea.

Pero a cada *quisicosa,* y siempre que deseaba la sanción de algún proyecto, de su peculiar índole, mandaba su renuncia, como arrojándose en brazos de sus legisladores que se guardaban muy bien de aceptarla; lejos de eso, con el rechazo de la renuncia, venía la investidura de las nuevas facultades, o de más amplios poderes, hasta que les arrancó *la suma del poder público,* y las facultades extraordinarias, que él se encargó de convertir *en ordinarias,* gobernando con ellas 20 *años* hasta su caída en 1852.

El bloqueo francés exasperó a la *Sociedad Popular Restauradora,* con lo que se cometieron toda clase de exacciones, persecuciones y asesinatos en

nombre de la defensa de la patria, contra los poderes extranjeros.

El que *no está* conmigo es *mi enemigo,* dijo Rozas; y bajo este lema sangriento, comenzaron las amenazas y las exigencias de sus bandas de hombres de *hacha y tiza,* a obligar a todo el mundo a manifestar sus opiniones, por supuesto que no debían ser otras que las del Restaurador.

La Sociedad Popular Restauradora, como se llamó al principio a esa turba de bandidos disfrazados de patriotas, a cuya sombra se cometieron tantos atropellos y asesinatos, en nombre de la Federación de Rosas, fué un engendro de esa época contra la gente decente.

Los prohombres del partido Unitario, perseguidos por aquélla, tuvieron que fugar o abandonar su hogar, expatriándose por último, para salvar la vida, los que pudieron hacerlo, a Montevideo, al Janeiro o a Chile.

Muchos de ellos vivían en el ostracismo desde el año 30, desde que terminó vencida la revolución de los Unitarios del 1.° de Diciembre de 1828, revolución la más funestamente transcendental, encabezada por don Juan Lavalle.

Viniendo la Francia a exigir satisfacciones con las armas en la mano por ultrajes recibidos, como se dijo entonces, los unitarios vieron en el bloqueo francés una esperanza para derrocar al *ominoso poder* que los oprimía, y se pusieron al habla con los acontecimientos.

Pero estos fueron creciendo a la par misma del encarnizamiento de estas masas de viles esclavos, como dijo el poeta don *Juan Cruz Varela,* desde Montevideo, en aquellas magistrales estrofas de las cuales voy a permitirme intercalar aquí algunas, en homenaje al ilustre autor de aquella tan bella como patriótica composición al *25 de Mayo* de 1838.

Decía así:

"¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquellas!
¡Pasaron! ¡Pasaron!... Ni memoria de ellas
Consiente el tirano que el mando robó.

"¡Ay! sella tu labio, antiguo guerrero,
Y no hables ahora, si ansioso extranjero,
La gloria de Mayo, pregunta ¿cuál es?

"¡Sí! sella tu labio, reprime tus iras
¡Ah! no te desprecien, los hombres que miras,
Espera los días que vendrán después!

"Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
Bandas africanas de viles esclavos,
Por calles y plazas, discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje,
Es en este día, meditado ultraje,
Del nuevo caribe que el Sud abortó.

"Sin él Patria, Leyes, Libertad gritaron,
Sin él valerosos la espada empuñaron,
Rompiendo cadenas, y yugo sin él.

"Por eso persigue con horrible saña
A los vencedores de su amada España,
Y en el gran día la venga cruel.

"El Plata, Los Andes, Tucumán hermoso,
y Salta, y el Maypo, y el Perú fragoso,
¿Le vieron acaso pugnar y vencer?

"Vilcapugio, Ayouma, Moquegua, Torata,
Donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿Le vieron acaso, con gloria caer?

¡Ah! ¡Si tú, tirano, supieras siquiera
Reprimir el vuelo de audacia extranjera,
Y vengar insultos, que no vengará!

"De Albión la potente, sin duro castigo,
Del Brasil, de Iberia bajel enemigo
La espalda del Plata jamás abrumó.

"Y ahora estraña flota, le doma, le oprime,
Tricolor bandera, flamea sublime,
Y la azul y blanca vencida cayó."

Fué por esta época que comenzó a funcionar la célebre Sociedad Popular Restauradora, ejerciendo su omnímoda autoridad, de la que fué jefe nato el carnicero *Cuitiño*, que desempeñó un papel tan conspicuo durante la larga noche de la tiranía.

La sociedad tomó y recibió, entonces, el aterrador título de *La Mazorca*.

Con tal institución hízose también insoportable la vida en Buenos Aires, sin garantías y sus habitantes todos expuestos al mero impulso de una delación en satisfacción de una venganza cualquiera. Y así comenzaron y siguieron en 1839 a 40 a llenarse las cárceles con lo más decente y notable de la población, de nuestras mejores y más virtuosas familias, que resistían en nombre de sus pasados antecedentes las imposiciones de este presente griego de la tiranía.

Los jueces de paz en las parroquias investían, como es sabido, una gran autoridad. Puede decirse que eran los dueños de vidas y haciendas; y para prestigiar a Rozas y afirmarlo en el inmenso e irresponsable poder que ya ejercía contra los unitarios, partido compuesto de toda la gente decente y culta, con muy pocas excepciones, redobló la persecución sin consideración alguna a todo lo que era civilizado, descendiendo a detalles los más minuciosos del vestido. La chaqueta fué el traje distintivo del federal: pasaporte obligado, que garantizaba la seguridad y la vida de los que más tenían necesidad de transitar por las calles de la

capital. ¿Conciben, mis amables lectoras, un estado social semejante?

En esos momentos falleció la esposa de Rozas, doña *Encarnación Ezcurra,* y en el patio de su casa, ocupada hoy por la administración de Correos, se habían congregado los federales netos, como se titulaban los miembros de la Sociedad Popular, ejecutores conscientes e inconscientes de atropellos inauditos.

El carancho del monte, como le llamaban al coronel don *Vicente González,* en el momento de sacar el cadáver de doña Encarnación para ser colocado en el carro mortuorio, indicó la idea de que *los más federales* se pusieran un distintivo. En su virtud compraron, en las tiendas vecinas, cintas de color punzó rojo, que se colocaron en los sombreros, en señal *de duelo;* lo que imitaron pronto todos los de su falange. ¡Quién lo creyera! Fué este hecho el origen del cintillo simbólico en torno del cual se han cometido tantos, tan atroces y bárbaros crímenes políticos.

En aquel acto funerario tuvo su comienzo la célebre *divisa federal,* de la época de Rozas, que después se convirtió en una imposición absoluta e indispensable de llevar un cintillo colorado puesto en el ojal de la chaqueta, como las condecoraciones que en Europa se lleva en el frac o levita con este distintivo: *¡¡viva la federación!!* Por la razón o la fuerza todo el mundo adoptó el distintivo, porque llegó a ser el último medio de garantirse de los ultrajes a que estaban expuestos los ciudadanos, entre esas bandas de hombres sin otra educación que la disciplinaria de la *Mazorca;* y por lo mismo sin respeto alguno a la ley, ni a la sociedad.

Pero, como sucede invariablemente en estas demostraciones, libradas a la iniciativa popular, nin-

guno quería ser menos, por el contrario, cada cual deseaba mostrarse más federal por alguna especialidad, así se aumentó la longitud del cintillo. En este océano del entusiasmo popular, el más contagioso de las epidemias y flagelos políticos, pronto la marea fué creciendo. Alargóse a una cuarta de vara el cintillo para que cupieran en él las nuevas inscripciones, todas de inventiva... *restauradora*. Así, al ¡Viva la federación! agregóse el ¡Mueran los inmundos salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador!, etc., etc.

Si hubiera hecho alto en esto la cosa, el cintillo no representaría históricamente su terrible y horrendo significado... y es que los hechos seguían la misma progresión. El *mueran* los salvajes unitarios! era una tremenda sentencia; las prisiones, las flagelaciones, los degüellos entraron en juego; comenzaron a aparecer los chalecos colorados, al mismo tiempo que se perseguía a los que usaban la barba entera, porque se les antojó ver en la cara la forma de una U... unitario.

Fué necesario afeitarse y usar la *barba* federal, abierta por debajo, más o menos, a la andaluza. Las mujeres de los federales comenzaron a usar un moño en la cabeza al lado izquierdo, como distintivo, moda que no siguieron las mujeres de los unitarios.

Mas llegando el año 40 al 42, en que las matanzas, los degüellos se hacían en las calles mismas, los miembros de la *Mazorca*, munidos de moños colorados, brochas y ollas de alquitrán derretido, trasladábanse a los atrios de las iglesias, colándolas en la cabeza de las señoras que al salir de la misa aparecían sin este federal adorno... ¿Qué esto parece mentira?

Convenido, pero apelo al testimonio de muchas beldades mismas de ese tiempo, algunas de las cua-

les se habían hecho el honor de soportar por su opinión este increíble vejamen, y... no quiero nombrarlas.

Pero ya voy a caer en la manía de anteponerme a los hechos...

Con motivo del bloqueo francés, los individuos de esta nacionalidad quedaron sin protección, a merced de los avances y caprichos de esta masa de pueblo desenfrenada, por la voluntad del Restaurador, los establecimientos, almacenes y confiterías, fueron perseguidos y muchas de estas últimas saqueadas.

Se daban funciones en las iglesias para pedir al cielo protección contra los inmundos franceses, y en favor de los defensores del pueblo (tomen ustedes el peso a estos defensores) y del honor nacional agraviado.

En cada parroquia se hacía una función de iglesia, y los miembros del partido federal con la mashorca a la cabeza, llevaban en brazos en un gran marco el retrato al óleo del "Gran Rozas", que, entrando al templo, lo colocaban en el altar mayor, cual si fuera efigie, cuya función religiosa se solemnizara así, ni más ni menos.

Terminada la ceremonia de la misa, lo sacaban en brazos, con el mismo respetuoso aparato, teniendo todo el mundo que saludarlo sombrero en mano so pena de tocarle el violín del célebre Mariano Maza (degollarlo).

Al volver a la casa del juzgado, de donde había salido la manifestación federal, y al pasar por alguna confitería francesa, o cosa parecida, entraban y rompían todo. (Fuí testigo presencial). Esto sucedía a fin del año 39, y a principicio del 40, en que las cárceles comenzaron a llenarse hasta de jóvenes como el doctor *Tejedor,* y otros que no es del caso nombrar.

Todas las parroquias tuvieron esta fiesta, con excepción de los jesuítas, que habían conseguido volver a su iglesia de San Ignacio, y que perdieron el favor que habían obtenido, negándose a colocar el retrato del tirano en el altar.

Aunque tenidos entre ojos, fueron soportados. ¡El tirano tuvo miedo de las beatas!

Hablando de los actos del tirano en relación a la religión, llégame la oportunidad de referir un episodio que dió mucho que reir: es el siguiente.

Es sabido que el santo protector de la ciudad de Buenos Aires es *San Martín,* obispo; cuya festividad, como tal, cae en 11 de noviembre.

Rozas se apercibió que el Santo era francés de nacionalidad; gaucho vivo y epigramático como lo son los de su clase, que de todo se burlaba, no podía permitir que las *autoridades federales* le hicieran demostraciones de culto, ni aun en el día consagrado a su fiesta.

En consecuencia expidió un decreto (así se me ha asegurado), más o menos en los términos siguientes:

"Habiendo perdido el gobierno de la Confede-
"ración la confianza que tenía en el santo *¡San*
"*Martín!* instituído protector de la ciudad de Bue-
"nos Aires; y en vista de no haber hecho nada,
"como era de su deber de buen federal, para im-
"pedir que sus paisanos nos trajeran el injusto blo-
"queo francés que nos han puesto, queda destituído
"del honroso encargo de que fué investido, por
"*flojo y mal federal*".

ROZAS.

Es copia.

A. de Gondra.

A esta altura de los sucesos, las cosas iban de mal en peor; las relaciones entre gobernante, y gobernados cada vez más tirantes; la vida era un constante sobresalto; nadie la tenía segura, pues bastaba la simple delación de un sirviente mal queriente para arruinar y llevar la desolación al seno de una familia: que el jefe de ésta, anciano, joven o mujer, fuera sin más trámite a parar en la cárcel, cuando no al cuartel de Cuitiño (de las ejecuciones).

Estas atrocidades todas se hacían en nombre de la defensa nacional y de la federación de Rozas, para aterrar al pueblo, mostrándole que nada les importaba la ruina del comercio, la de las familias y el malestar consiguiente a una situación de desquicio y de deshonra, consumado todo como medio de resistencia al enemigo extranjero.

Vanagloriábanse de estos hechos; y las muestras de admiración que les venía de fuera del país, de los argentinos que, muy distanciados de este centro, no sufrían sus consecuencias y elogiaban el temple de alma del salvaje tirano, que sacrificaba su país sosteniendo una cuestión de amor propio (a que cedió después en toda su plenitud). Ello hizo que hasta el pobre anciano general San Martín, Libertador de cuatro repúblicas, por incitación de Balcarce, le mandara ¡su espada de Chacabuco!... al degollador de los argentinos: al bárbaro tirano que hizo fusilar a la bella Camila O'Gorman, de una distinguida familia, estando ella encinta, por el delito de amar a un hombre, agregando al horrendo crimen la iniquidad, el sacrilegio de ordenar que se bautizara el feto dándole a beber algunos tragos de agua bendita, antes de sentarla al banquillo.

¡Qué horror! ¡¡¡Qué iniquidad!!!

Este inaudito crimen quedó impune, sin castigo en la tierra, pues perpetrado, según creo, en 1847,

en los momentos en que Rozas quedaba vencedor sobre sus enemigos, a nada otra cosa se atribuye, sino a los feroces y más que salvajes instintos de aquél sombrío tirano. Y pensar que semejantes cosas pasaban hace sólo 43 años, en el mismo lugar, en las mismas calles y plazas en que ha tenido lugar la revolución del 26 de julio del año anterior!...

Pero en fin, fué a este bárbaro hecho que se debió la coalición del Estado Oriental con el Brasil y la liga de ambos con el general Urquiza para derrocar al tirano que, ensoberbecido con sus triunfos, desaprovechó el momento oportuno de dar al país una constitución, llamando a los emigrados con garantías, pues cansados de un tan prolongado ostracismo, comenzaban a regresar, aun con peligro de la vida, como los Gómez, Fragueiro y otros...

Mas debía llenarse de otro modo su destino, cumpliéndose la maldición profética del Bardo argentino. *"Y entonces, ni el polvo de tus huesos la América tendrá"*.

Empero el año 40 las cosas arreciaron, y la Sociedad Popular Restauradora (la Mazorca), a cuyo centro habían ingresado muchos padres de familia para salvarse, y así cuidar sus familias, y visitar sus hijos y esposas que no les era posible abandonar.

La Sociedad Restauradora digo, pues, seguía en sus hecatombes, pero a las cuales jamás asistió esa nueva clase de socios, que podía llamárseles *profanos*, y que al fin la Mazorca acabó por no respetarlos, cayendo muchos de ellos a sus golpes, unos tras otros.

Nosotros, con mi excelente padre (que quedó al cargo de nuestra numerosa familia, incluso la del doctor don Gabriel Ocampo), asistíamos de noche a la casa del coronel de ingenieros (español) señor

don *José María Romero*, padre del actual coronel don Santiago Romero, y de las hermosas jóvenes *Etelvina* y *Carlota*.

Asistíamos con igual devoción a la casa del escribano don *Marcos Agrelo*, hombre de amena conversación, que vivía en la siguiente cuadra, calle de *Tacuarí*, frente a la *"crucecita de San Juan"*, cuya lindísima señora doña *Monserrate Tejada* nos recibía en compañía de sus hijos *Emilio*, *Juan Antonio*, *Corina* y *Monserrate*, esta última muy chiquilla, que después fué la *bellísima* esposa del notable hombre de finanzas don *Norberto de la Riestra*, ministro en varias administraciones. Y permítaseme agregar, pues nadie ha de desmentirme, que la raza de estas dos mujeres se perpetúa en las hijas que se lucen en su tránsito por las calles de esta capital en el momento presente.

En una noche de esas, retirábame como a las 11.30, de la casa de misia *Chepita Lavalle de Sáenz Valiente*, extensa casa baja, grandes patios, situada calle de *Piedras* entre *Victoria* y *Potosí*, donde habitaba, encerrada con sus dos preciosas hijas, una de las cuales casó después con el joven *Ladislao Martínez*, ilustre rival en paquetería de *Carlos Urioste*, con quien se disputaban el triunfo social, a título de buenos mozos.

La familia estaba siempre acompañada de su sobrina, no linda... pero encantadora, llamada *Máxima Zamudio*, de quien ya he hablado antes con elogio.

Recibían en el comedor que ocupaba el frente del patio, en vez de hacerlo en la sala, para evitar que de la calle vieran que había visitas. Retirábame, como digo, a la mía, situada en la calle de Méjico; una noche tan obscura como de inolvidable recuerdo, como lo sería para cualquiera en caso igual, cuando al pasar por la esquina de Belgrano,

según creo, apercibiéndome un gran barullo, corrí a ganar mi casa.

Al siguiente día se pudo averiguar que esa noche el feroz mazorquero llamado *Moreira* (español), embriagado, como tantas otras veces, había ido a una pulpería de donde sacaba su gasto diario, y que habiéndole preguntado el dueño del almacén *que cuando le pagaba su cuenta*, lo agarró y lo degolló; que habiendo acudido en su auxilio el dependiente, lo tomó y lo degolló también; y encontrándose una carreta a la puerta, que lo acompañaba conduciendo no sé qué, puso en ella las dos cabezas y se marchó, gritando:

"¡A los buenos duraznos!"

Pero este crimen atroz, dicen que no quedó impune. Un oficial de policía encontró la carreta y oyó lo que se vendía, y conociendo al hombre feroz que vociferaba dió parte a *Moreno*, jefe de policía, el cual, a su vez, lo puso en conocimiento del *Ilustre Restaurador*, que lo mandó fusilar (por éste y *otro crimen atroz, cometido contra un federal*), a la mañana siguiente en el cuartel de Cuitiño, lugar destinado a las ejecuciones de los Salvajes Unitarios, que escapaban al degüello de las calles.

Otro asesinato de este jáez vi perpetrar en la calle del Perú (en esa época), en la pequeña joyería de un cuarto a la calle, de una propiedad que seguía a la de la familia de Beláustegui, cerca de la esquina de Victoria. Era esta la cuadra, en unión con la de *Victoria*, en dirección a la Plaza, en donde paseaba la gente esperando la retreta, chupando los riquísimos caramelos, que ya no se conocen, que se vendían en la antigua y conocida confitería de *Baldraco*, junto al paredón de la cárcel de mujeres.

Cuando la fiesta de las parroquias, que antes dije, se saqueaban las confiterías y joyerías fran-

cesas, tirando voladores en festejo de tales actos. Una noche estábamos parados con *Alvaro Pinto*, y su *hermano* Anacleto, y Luis *Molina* y otros, casi frente a la mencionada joyería allí situada, cuando desembocó la retreta, presidida siempre de un farol (que llamaban *el Farol de la Retreta*), que iba al frente de la banda, venía del Fuerte por la calle de Victoria, para seguir a su cuartel del Retiro, que ocupaba el batallón del *General Rolón*, a cuyo regimiento pertenecía.

La banda que esa noche daba la retreta venía tirando cohetes voladores, y algunas señoras que habían quedado en la calle, a su aproximación desaparecieron, cuando al enfrentar a la pequeña joyería donde se encontraba de pie, en el umbral de la izquierda del espectador, una joven alta y esbelta, que según decía, era la novia del joyero; la banda *hizo alto*, y el que llevaba los cohetes voladores prendió uno, y al soltarlo con la intención de hacerlo reventar dentro de la joyería, quizá inclinó demasiado la dirección, y le entró por debajo de la barba a la infeliz joven, que en el acto quedó destrozada, cayendo allí mismo casi muerta.

Todos los presentes salimos de allí horrorizados, cada uno hacia su casa. Al través de los años he recordado el hecho, y aún hoy mismo con el más profundo horror, cada vez que paso por aquel lugar, aunque transformado en lujosa tienda de librería, de Escary.

Poco después sucedió, entre muchos otros, el asesinato del respetado y querido vecino, señor *Varangot*, francés de origen, y el de *Martínez Eguilaz*, que fué degollado y metido dentro de una barrica de alquitrán que ardía, para solemnizar una fiesta federal, al frente del paredón posterior de las Monjas Capuchinas, hoy calle Moreno.

He aquí por fin un hecho que por sus circuns-

tancias y detalles tiene todos los contornos característicos para servir de ejemplo, y dar una idea cabal de los actos y procedimientos de aquella Sociedad de horrenda memoria.

El 27 de Junio de 1839, a las seis y media de la tarde, asesinaron en el salón mismo de la Legislatura, al Presidente de la llamada *Honorable Sala de Representantes,* el señor don *Manuel Vicente Maza,* que recibió dos puñaladas, quedando en el suelo al pie de la mesa. Dijeron que había venido a escribir su renuncia de ese puesto.

Este asesinato causó un pavor inmenso, pues al señor Maza se le consideraba como el mentor o el moderador de los furores del Tirano. Entonces ¿quién tendría segura su cabeza sobre los hombros?

A la mañana siguiente fué fusilado en la cárcel pública su hijo el comandante don *Ramón Maza,* por conato de revolución (dijeron).

El cadáver del señor *Maza,* el día 28, fué sacado de la puerta de la Legislatura (calle Perú) poniéndolo en el carro de los pobres, y al pasar por la cárcel en dirección al Cementerio, pusieron dentro los restos del hijo horas antes fusilado, y juntos fueron arrojados en la fosa común.

Una de las víctimas sacrificadas en la degollación más expectable fué la del joven *Iranzuaga,* asesinado al pie de las ventanas de la casa habitada por el cónsul del Portugal, señor *Meyrelles*. Antes del año 40 el señor *Meyrelles* daba un baile a la oficialidad de los buques de Francia e Inglaterra. La casa estaba situada en la calle de *Santa Rosa* (hoy de *Bolívar*) frente al puentecito de las beatitas entre Méjico y Chile.

Una de las *Beldades de mi tiempo* era la señorita *Isabel Ortiz,* hija del doctor don *Manuel Ortiz,* abogado de la Universidad de *Charcas,* el cual, en compañía de los señores don *Mariano Moreno,* don

Vicente López, don *Vicente Anastasio Echeverría,* don *Manuel Alejandro Obligado* y otros jóvenes porteños del principio del siglo, fueron a aquella ciudad a rendir examen, y recibir el grado doctoral, porque aquí no había Universidad. Este viajecito de *800 leguas españolas* se hacía a mula, empleando hasta *dos meses* (parte de cuyo trayecto ha sido recorrido el mes pasado en *tres días* por la división chilena en ferrocarril, cuya retirada se quiere comparar a la de los *diez mil de Xenofonte;* ¡¡sea por amor de... Balmaceda!!, a quien le dedicó este piropo el ministro señor Vidal).

Y sigo mi historia.

Al regresar el doctor Ortiz, se casó con la señorita *Crecencia Urien,* de la cual tuvo entre otras bellas hijas, a Ignacia, madre del general Obligado, y a *Isabel,* la más preciosa de todas; de la que voy a hablar.

Isabel estaba para casarse, y su novio habíale pedido que no dejara de asistir al baile del *Cónsul Meyrelles,* que se anunciaba como uno de los mejores de la estación de *1840,* antes de comenzar la degollación; indicándole que en el baile iba a fijar la fecha de su proyectado enlace.

La niña que, como digo, era muy linda, una vez en el baile mostróse sumamente abstraída e indiferente respecto de sus admiradores, como dominada de una idea fija y persistente. Sentíase enferma esa noche, bajo la influencia de un presentimiento fatal para su prometido, pues era unitario, y ya menudeaban las persecuciones y degüellos contra los miembros de su partido.

Las gentes de Rozas miraban mal y con prevención aquella fiesta dada por un agente consular en honor de oficiales extranjeros, que abiertamente alardeaban de ser muy partidarios del general Lavalle.

Parece que alguno aconsejó a la Mazorca ahogar en sangre dicha fiesta, haciendo alguna víctima a sus puertas mismas, pues además de buscar efecto federal, un acto semejante sería en extremo agradable al Restaurador.

Lo peor y más triste del caso es que el joven *Iranzuaga* fué degollado por equivocación, pues era otra la víctima que los sicarios de la Mazorca acechaban en aquella bocacalle. La *Amalia* de *Mármol*, y *Las tablas de sangre* de *Rivera Indarte*, contienen más numerosos detalles del hecho; yo lo refiero como lo supe, y según los recuerdos de la impresión que me produjo... pues vivíamos a cuadra y media de la casa enfrente a la cual tuvo lugar tan estúpido como horrendo crimen... ... ...
... ...

Ampliaré algo más los datos de este suceso, pues en las páginas humorísticas de las *Beldades de mi tiempo* no han de estar fuera de centro las que reflejen, por la narración de estos hechos, las costumbres políticas de la época.

Degollado el joven *Iranzuaga*, los mazorqueros cruzaron su cuerpo en el umbral de la puerta de calle. Hasta sus últimos momentos había estado pidiendo un confesor, un padre... y los asesinos le contestaban ¡sí! ya te vamos a traer al padre *Escola* (muerto la noche antes).

El suceso repercutió dentro del salón, y una de las primeras parejas que salió acompañada de los oficiales que se ofrecieron para conducirlas a sus casas, fué la linda *Isabel*. El caballero que la acompañaba, un teniente de marina, hizo a un lado el obstáculo, creyendo evitar que la compañera saltara por encima del cuerpo de un beodo; pero *al acercar el negro de la linterna* su farolito, la niña, sobrecogida de espanto, creyó ver a su novio asesinado, y cayó en un profundo desmayo. Al volver

de este accidente, era otra; había perdido la razón, que jamás le volvió, aunque por largos años se deslizaron sus días en una mansa demencia.

Así la he visto por mucho tiempo después. Recuerdo siempre con horror aquel acontecimiento con la viveza de quien lo presenciara, tan profunda fué la impresión que de él recibí entonces.

Hubo de llegarme el turno, pues amenazado porque llevaba la barba entera, que apenas asomaba, fuí perseguido por los *seides* de la mazorca, a tal punto, que ahora mismo no me doy cuenta de cómo *me les escapé*. Pero inmediatamente mis padres me embarcaron en un buque de vela *brasilero*.

¡Héteme por la primera vez, alejado del hogar paterno, de Buenos Aires, y por fin de mi patria misma, para hacerme hombre y conducirme por mi propio criterio!

¡Y héme aquí consagrado *Unitario!* por acción y gracia de mi barba naciente, a la cual se le antojó asomar a mis mejillas sin previa consulta y sin dársele un comino de lo que pensara y dijera don Juan Manuel, que, sin embargo, no era *lampiño*.

Salimos de la rada, y a los dos días amanecimos en las playas orientales, con o sin mareo, no lo recuerdo, pero a la vista de Montevideo y de las lindas *torres de su Matriz*, las que se ven desde tan lejos. Al tercer día desembarcaba donde me esperaban mis tíos e imperaba la libertad, y donde también se gozaba de garantías individuales, que entonan el espíritu y dan vigor al hombre. ¡Qué reverso de medalla!...

Río de por medio — *la libertad más amplia*, al calor del sol de oriente!!!

¡Al occidente, el reinado de la más estúpida tiranía!

Era preciso haber pasado un tiempo en Buenos Aires, viviendo como los reos en capilla, sin saber

si al amanecer del día siguiente fuera el último de la existencia, para comprender la satisfacción del espíritu al despertar del sueño, en tierra lejana, y verse salvo de la amenaza constante, bajo la cual se había vivido.

¡Ah, tierra Oriental! mi afecto por ti tiene la fecha de un *Matusalén!!* Tiene muchas canas honorablemente ganadas.

¡Que me maten el punto... puede ser!... Pero... ¿mi amor?... ¡¡Cuándo!!

EPILOGO

Tengo que deciros ¡adiós!, mis queridas lectoras, aunque sea con pesar, por aquello de que *tout casse — tout lasse — tout passe.* Pero ya habéis visto con cuanto cariño y respeto, justicia y benevolencia he tratado a vuestras abuelitas y a vuestras mamás, haciéndolas revivir a la admiración de la generación presente por la revelación de sus méritos. Espero que me seréis gratas y no lo olvidéis; pues en los tiempos que corren no se usa ya lo de hacer justicia al mérito, y mucho menos pagar deudas atrasadas.

Creo, pues, que con estos antecedentes me es permitido esperar que os preparéis a saborear el segundo tomo que dará principio con los cuentos, o mejor dicho, con las cosas del año 1855 para terminar con las de 1890. ¡Ya lo veréis! cuántas calabazas, dadas las unas, recibidas las otras... éstas han de ser las más ¡¡pero cuántas!!

Se me ocurre que podemos hacer un arreglo. ¿Qué os parece?

¿Sí?

Pues, convenido. Y yo repetiré, con George Sand, que no es la mujer, sino la esperanza, la que es pérfida como la onda.

Si mis lectoras quieren aparecer entre las buenas

mozas de este tiempo, tienen que ser muy amables con el autor de "Las beldades de... del otro *tiempo*", saludándolo con mucha coquetería y aparente, sino verdadero afecto, cuando alcancen a divisar estos restos antediluvianos que son ahora lo que constituye la personalidad del que en un *tiempo*, fué algo que el mismo *tiempo* se encarga de arrebatarle, dejándoles sin *tiempo* ni para corregir bien "*Las beldades de su tiempo*"...

... Las que he exhumado son las que quitaron el sueño y robaron el *tiempo* al autor de mis días, que las admiró y tal vez las adoró, que en cuanto a esto cojeaba del mismo pie que el hijo; al menos como *él me lo contó os lo cuento*.

He terminado, mis bellas lectoras, y, no me queda ya *tiempo*, sino el muy indispensable para repetirme vuestro afectísimo que os besa los pies... *en principio!*

JUICIOS CRITICOS

No queriendo privar a mis lectores de los comentarios y juicios críticos, a que dió lugar la publicación de algunos capítulos de *Las beldades de mi tiempo*, por una parte; y por otra la circunstancia de que mis críticos tengan ocasión de figurarse que suprimo sus juiciosos comentarios, por egoísmo o pasión de autor, he decidido reproducirlos al final; y lejos de vituperarlos, les declaro que les estoy por ello muy agradecido, sobre todo, y en primer lugar, a mi amable coetánea de los 48 a oro.

Lunes, 16 de febrero de 1891.

Señor Santiago Calzadilla.

Muy estimado amigo:

En vista del ferviente culto que profesa Vd. a la mujer, debemos todas las que pertenecemos a este sexo, llamado con propiedad débil, puesto que no estamos munidas de las armas de la defensa contra ese otro sexo que se acostumbra llamar fuerte, demostrarnos reconocidas a tan noble campeón, sostenedor de sus derechos y sus prestigios, como también entusiasta admirador de las gracias exteriores que las adornan, herencia que se trasmite por la sangre y recuerdo que se graba en la mente. La idea de la belleza, siendo eterna, imperecedera, las generaciones al sucederse van trasmitiéndosela

de unas a otras, no llegando nunca los colores de la paleta ni el blanco mármol a dar una reproducción perfecta de aquellos rostros encantadores, cuyo recuerdo usted evoca. Dichosos los centros que pueden contar con hombres dotados como Vd. del sentimiento perfecto de la estética! Ellos llevan en sí el más rico tesoro que pueda encerrar el taller del artista consumado. Una vez el sentimiento percibido, éste se perpetúa y aquellas líneas purísimas, aquellas facciones correctas, aquella expresión divina que formó el rostro de *Las bellezas de mi tiempo*, sobrevivirá eternamente, a pesar de los años y la muerte! Vd. ha notado solamente los astros de primera magnitud de nuestro cielo, los unos ya apagados, otros en la decadencia, lanzando débiles destellos en su marcha, para reaparecer en otras constelaciones, a veces en un orden inferior. Agustina Rosas, Avelina Sáenz Valiente, tantas otras que a las gracias del rostro unían aquello de ser "muy instruída en achaques de saber", verdaderos astros que siguen todavía enviándonos su luz, la que vive en nosotros, nos ilumina y la trasmitimos como la más noble herencia del ideal. A usted, amigo mío, le estaba reservado percibir esa luz negada a tantos, y ella debe ser la que lo guia a las regiones puras, en que su espíritu se mece y cuyos destellos nos llegan hasta nosotras.

Y no ha de faltar algún *zonzo*, que diga: — Vean a Calzadilla, entusiasmándose con la belleza de la mujer, él, que sólo se entusiasma con "los almuerzos de tenedor" que ofrece uno de sus más generosos amigos, o las comidas del hotel del Tigre. Déjelo no más decir, que nosotras las de su tiempo sabemos que usted ha sido siempre sensible al arte bajo toda forma, y que nadie ha tocado en el mismo repertorio de Thalberg como usted. ¡Dígales a esos que toquen aquel famoso andante! Las variaciones sobre la "Shamira", "Hugonotes", "Don Pascuale" ¡usted me ha hecho feliz! En esta época calamitosa por que atravesamos al despertar de un sueño turbado por la idea dominante, y que parece estar en la atmósfera misma de una conjuración, de una revolución a estallar; en que un carro parando bajo nuestro balcón nos hace sentar en la cama y dar voces porque nos parece ser el ruido de un cañón; en que todavía medio dormida pedimos a la sirvienta *La Nación* para leer las noticias, imagínese usted qué consuelo, qué bálsamo experimentaría el domingo próximo pasado al encontrar en la interesante

sección de *Argos* la primera que usted nos ofrece. ¡Quién había de ser sino usted el que nos sacara de este sopor en que vivimos! ¡Gracias, mil gracias, por el regalo! Viera cómo nos hemos reído, unas cuantas de mi tiempo, leyendo el V capítulo de su libro. Siga adelante, amigo mío. Mire que es delicioso lo que Vd. nos viene a recordar! Yo, por tradición de familia, sigo viviendo en el barrio del sud, y ayer reuní a unas cuantas amigas y amigos (entre ellos estaba Tobal), y yo, calándome las gafas, me puse a leer en rueda. Creíamos morirnos de risa, y hubiera usted visto a Tobal hacérsele "agua la boca", cuando llegué a aquello de las masitas del puente de las beatitas! Y agregó Tobal: —¡Qué se van a comparar las empanadas de ahora con las de entonces! Y a propósito de empanadas nos contó un cuento muy gracioso. Dice que él, una mañana muy temprano se dirigió como de costumbre a la iglesia de San Francisco, cargado de rosarios, de devocionarios, escapularios, en fin, hecho un santo, y que estando él entregado a sus oraciones vino a hincársele al lado el mulato Pastor, sirviente criado en su casa, y que golpeándose el pecho le dijo bajando la cabeza con aire contrito: —Manda decir D. G. que dónde se venden las empanadas que le dijo. —Calla, muchacho, dijo Tobal, golpeándose también el pecho, al mismo tiempo que hacía pasar las cuentas de su rosario; ¡no me tientes, por Dios! Pero el mulato impertérrito, seguía diciendo: —Dice que le mande decir dónde... —¡No me tientes, te digo! ¡Ave María, gratia plena!... en la calle de... núm... frente a..., casi en la esquina... una puerta pintada, de... ¡Vete, demonio...! — Amén... ¡Que, se rió con el cuento de Tobal! El caso es que todo el día de ayer lo pasé leyendo al auditorio, renovado a cada momento, porque yo como me eduqué con la de Patiño y concluí mis estudios con las de Guerra, soy la lectora de la casa, y no digo qué más soy... porque usted lo va a contar. Más tarde fueron llegando otras del barrio, y una de esas que tienen al dedillo todos los nombres y cuentos de aquellos tiempos, decía llorando de risa: ¡Si vieran Santiago y Gregorio! ¡Qué nombres aquellos!: María Mandeville, Lucía Riera, las de Agüero, Sarratea, Beláustegui; en fin, ¡qué mundo aquel, qué tiempos dichosos en que no había ni polvos de *riz* ni *veloutine!* ¡y aquellos tipos inmortales! Bartolito Muñoz, Tartás, el maestro Roque! Recuerdo que mi madre contaba que Roque enseñaba a tocar el piano y a cantar sin co-

nocer la música. Y todas sus discípulas recordaban la canción del *Ramito* que él les enseñó. Y usted ha olvidado otro negro maestro de canto cuyo nombre no recuerdo, de quien cuenta Palemón Huergo, que en aquellos tiempos en que nadie cantaba en *francés*, él pescó de no sé dónde una romanza cuya letra empezaba: *Je te revois.* — Pero como el negro no entendía de reglas de pronunciación y seguía las de aquel del cuento del espiritual Lucio Mansilla de que *tutes les letres son faites, pur etres prononsés*, y esto con pronunciación castellana, se lanzaba no más a cantar, y abriendo tamaña... boca, decía a gritos sin cuidarse de tono ni de nada. *¡Jete revoi!* ¡Qué tiempos aquellos! Ahora al negro le tirarían con papas. ¡Y qué inocencia! Lo que usted nos cuenta del traje mujeril adoptado por la autora de sus días para mandarlo a la escuela, pinta lo que eran los muchachos de entónces! ¿No será debido a la influencia de su primera educación, ese culto, que usted profesa por la belleza de la mujer? ¿De modo que si usted no se hubiera *despertado* seguiría siendo un santo? Sería de aconsejar a las madres adoptar el traje de mujer para los niños varones hasta la edad de 13 años, sin olvidar "el sombrerito de paja de Italia adornado con una pluma colorada" que, según usted dice, le sentaba muy bien. Adelante, amigo mío, en la obra empezada. Siga obsequiándonos con otros capítulos de su libro, y si algunos datos puedo suministrarle, diríjase a: *Una de cuarenta y ocho* (*a oro*).

Y OBES

De la siguiente carta doy traslado al señor Calzadilla. En ella se refuta una aseveración hecha por este señor en el capítulo VII de su eminente libro, que está siendo el plato preferido en nuestros círculos sociales. El sabrá defender la verdad de sus aseveraciones. "Mi amigo Argos: Aquí donde tú me ves, que sí me verás, a pesar de la distancia, dado que tantos ojos tienes, de tan intenso mirar que no hay detalle que te escape, — aquí donde tú me ves, sobreviviente de aquella generación casi extinguida a la que pertenecieron los Esnaola y los Alberdi, — aquí, digo, en este mi gabinete de lectura, donde te leo día a día, he leído hoy un capítulo del libro de mi coetáneo Santiago Calzadilla, que exhuma de entre ese gran sepulcro del pasado, tipos, costumbres, fisonomías de varios, anécdotas interesantes—

y recuerdos que yo guardaba en el almacén de mi memoria de ochenta años, medio borrosos y — ¡ay! con esa vaguedad melancólica de las cosas muy lejanas. Así, medio perdidos mis recuerdos, ocurrióseme una duda que quiero tengas la fineza de aclararme, en nombre del autor. Relatando éste cómo fueron conquistados algunos ingleses que parecían invulnerables por las bellas de mi tiempo, concluye diciendo de los Downes, que el vulgo les alteró el apellido llamándoles Obes, de donde salieron, agrega, los Gelly y Obes, los Herrera y Obes, etcétera. Aquí de mi duda; don Lucas Obes, abuelo materno del actual presidente de la República Oriental ¿no había nacido por ventura en Montevideo mucho antes de la venida a la República Argentina de los hermanos Downes? ¿Qué puede haber de común entre estos ingleses y el general Melchor Pacheco y Obes? Que a los britanos aludidos, concluyera el vulgo por llamarles Obes, lo admito; que de ahí saliera toda la larga descendencia de los Obes, no sólo lo dudo, sino que me atrevo hasta afirmar que el establecimiento de éstos en el Río de la Plata arranca de una época anterior a la venida de aquellos estimables ingleses. Trato de reunir y coordinar algunas páginas dispersas que tengo de aquella mi juventud ya tan lejana, y es por eso que deseo aclarar todo aquello, que luego de aclarado, me facilite ir reconstruyendo la obra que tengo en preparación. Me despido ya. Y advierto ahora la familiaridad del tratamiento que contigo me permito. Has de disculpármelo, en razón de la diferencia enorme de nuestras edades. Tuyo, muy tuyo. — *Juvencio Arenillas.*

OBES

Tiene mucha razón don Juvencio Arenillas, mi impugnador, que rectifica el nombre de Downes que apareció por el del ilustre filósofo inglés Thomas Hobbes, que fué el que yo creía que habían españolizado, convirtiéndolo en Obes, como lo fueron muchos otros, v. g., con el del Dr. Eduardo Costa, hoy ministro, y que desciende de familia francesa, que se escribía Coste; y sólo por error de copia, o de imprenta quizá, salió este *quid pro quo* que me da el placer de ponerme en relaciones con un contemporáneo de principios del siglo, don Juvencio Arenillas. También puede haber sido la causa de la equivocación el que todos los nombres ingleses que tienen tantas s dobles, como w también dobles, que

se confunden como las caras de los japoneses, que son distintos, y uno cree al mirarlos que es el mismo que vió antes; y de ahí nace el error. En cuanto al señor Lúcas Obes, es argentino y no oriental, como Paunero, y como mi impugnador lo quiere hacer aparecer ahora, pues a ejemplo de Rivadavia echó en Montevideo las bases de la ciudad nueva, y de la hermosa calle del 18 de Julio: ¡nada menos!

Queda salvado el error y de Vd. su obsecuente servidor. — *El autor de las "Beldades de mi tiempo".*

AL AUTOR DE LAS "BELDADES DE MI TIEMPO"

Estimado señor:

El solo anuncio de la aparición de un nuevo capítulo del libro de Vd. (todavía inédito y ya saboreado, como dice Argos), es una promesa que prepara el ánimo a la grata fruición que su lectura produce estableciéndose entre el autor y el lector, una comunidad de ideas y sentimentos al evocar el recuerdo de otros tiempos, al que está ligado tanto nombre simpático al oído como el de una música que se ha escuchado en especial situación del ánimo, recuerdo imborrable que supera a otros que el tiempo destruye. Al interés de la lectura va unido el de la curiosidad que la supresión de capítulos despierta; y si esto nos pasa a los del sexo... feo, qué no será entre las del... bello! Derechitas se van a ir todas al capítulo VI, a ver qué cosas les cuenta Vd., porque como muchas de ellas saben que las conversaciones de Calzadilla son para hombres solos, lo que al fin de cuentas es un desaire que Vd. les hace, desean penetrar en esos secretos que Vd. les reserva. ¡Y para que el interés sea aún mayor, vienen los comentarios! Ayer fué una de 48 *años, a oro,* (lo que parece ser cartilla vieja y tener mucha letra menuda) que lo animó a continuar la obra empezada, y que agrega nuevos datos de aquellos tiempos y alaba su inocencia. Hoy es Juvencio Arenillas; mañana un Inglés criollo. La verdad que yo sería de opinión de que se pagara la suscrición adelantada del sabroso libro, porque *para muestra basta un botón.* La verdad que a mí también me dieron tentaciones de salir corrigiendo la ortografía de los nombres ingleses; pero me dije: — ¡quién me mete a mí *en camisa de once varas,* si al fin de cuentas todos los entienden lo mismo, y eso que ahora

se ha adelantado mucho en la manera de *pronunciar los apellidos extranjeros*, como yo que soy uno de aquellos que tuvieron que arreglar el suyo a las reglas de la pronunciación castellana; porque ¡qué diablos! si era inútil pretensión romper las lenguas, tal es la cantidad de *W* y de doble *T* que contiene. Ahora me dejo llamar como a los *porteños* se les antoja, como le pasa a *Bilinjurste*, *Ubilde*, *Uril*, *Briten*, *Argreaves* (más conocidos por Francisco). ¿Qué extraño es que Hobbes haya resultado Obes? Nada más claro. En cuanto al apellido Costa lo tenía por italiano, y todos conocemos algún Giuseppe Costa, Bartolo Costa, Eduardo Costa, confiteros, almaceneros, changadores, carboneros, todos hablando o despedazando la *bella lingua del Dante*. Me alegro que Vd. me cuente esto que es nuevo para mí. No sospechaba que el apellido Costa fuera francés. Y ¿a dónde dejo a los *Tonquisones*, como los llama *en criollo* mi espiritual amigo el Dr. Virgilio Tendín (no porque no sepa pronunciar el inglés, puesto que en este idioma tenemos allá en el Tigre largas conversaciones sobre *Mrs. Butterfly* y otras celebridades), sino porque dice que así todos saben de quién habla? Yo soy uno de esos ingleses a quienes allá por el año 40, se les llamaba *gringo*, nombre impuesto por el señor don J. Manuel de Rozas (el que estaba destinado a vivir y morir entre ellos!), y hacía entonces bastante tiempo que había echado raíces en este país, porque yo fuí uno de aquellos del tiempo de los Gowland, Parish, Plowes, y tantos otros que cayeron *en el garlito*, como Vd. dice, y que no resistieron al encanto de "las beldades de mi tiempo". — Y entonces cuando una muchacha del país se casaba con uno de nosotros, no se le llamaba en familia sino el inglés, porque lo de pronunciar el nombre era muy difícil. Y el prestigio de estos "malditos condenaos", como dice Tedín, era tal, que a una señora de aquellos tiempos que alcanzó a dar tres veces el sí, le tocó en suerte en una de las tres ruedas un compatriota mío, y ella, cuando el último feliz mortal no estaba presente, decía lanzando un suspiro: ¡Ninguno como el inglés! Después estuvimos un poco de *capa caída*, porque vinieron los alemanes, que nos *sacaron la oreja*, y a quienes dieron en llamar *sacaclavos*, porque en estas familias porteñas en que suelen encontrarse en una sola casa un lote de media docena de niñas casaderas, cuando entraba uno de esos no lo *soltaban a dos tirones* y como *nunca falta un roto para un descosido*, salian los padres generalmente

de la más *fea* y *madurita*; porque como decía muy oportunamente mi querido amigo León Isaac (a quien llamaban Isac), *a falta de pan buenas son tortas*, porque ya se sabe que casamiento y mortaja del cielo baja y es como el *comer y el rascar; todo está en empezar*, y cuando la mayor se casa siguen las otras, así como cuando esto no sucede, se quedan todas para *vestir santos*, lo que dicen que no es muy divertido. Pero volvamos a los ingleses, que no hay *que soltarlos a dos tirones*, como Vd. dice, y dejemos a los alemanes, porque bien puede ser que mañana salga algún súbdito de esa culta nación, protestando con lo de designarlos por el título de *sacaclavos;* y eso que yo me guardo bien de nombrar a ninguno, porque me habría de corregir la ortografía. Vd. es tan sumamente galante con mis queridos compatriotas, hasta atribuirles a uno de ellos, Mr. Brittain, (con dos T), el haber introducido la *pera de agua!* ¡Pero si ahora todas las peras son de agua, señor don Santiago Calzadilla, y esa que Vd. designa es a la que ahora se conoce y es de buen tono dar el nombre en la mesa *highlifes*, de "Buen cristiano Williams." ¿Quién sería ese bendito que inmortalizó su nombre en una pera? y qué me dice Vd. del que se lo lega a un melón? — Pero volvamos a las peras. Cuando se introdujo la pera de agua, no se conocía sino la perita parda, arenosa, que se ponía en la *carbonada*, plato criollo que me gusta mucho. Aquello fué un acontecimiento. Ahora ese "Buen cristiano Williams" ha degenerado. Sus descendientes son raquíticos (lo que no pasa con los ingleses, porque la raza anglo-porteña es la más bella, opinión general) y sino que lo digan los retoños de los *Tonquisones*, Gowland y tantos otros, sin hacer figurar los frutos del árbol de que yo formo el tronco, porque mi modestia me lo impide y dejo a otros hacer su elogio. Y volviendo a las peras, diré con Vd., respetando la opinión de Brillant-Savarín — *dime cómo comes y te diré quién eres*, le diré que esas peras de agua me recuerdan algunos de los banquetes del señor don Miguel de Riglos, el gentleman más cumplido de mi tiempo, y tan cumplido que entonces sólo él sabía hacer cortesías y saludar a las damas con una galantería que demostraba su culto por ellas. Recuerdo que a una de esas comidas lo invitó a Sarmiento, entonces joven todavía, y éste que era muy distraído, se olvidó y pasó la hora de regla, y el dueño de casa se deshacía en conjeturas hasta que allá tarde llegó Sarmiento, contando que se había olvi-

dado y que en su casa había comido mazamorra y carbonada! — lo que no impidió que se sentara a la mesa y gustara de los exquisitos platos que él condimentó con la sal de su ingenio. Pero terminaré aquí preparándome a discutir sobre peras la primera vez que nos encontremos en una de esas comidas o almuerzos en que Vd. es el alma, porque la verdad es que, según dicen todos, no hay fiesta completa sin Calzadilla. ¡Lástima que sea para hombres solos! exclamará más de una. Por favor, acabe Vd. de despenar a tanta infeliz y publique ese capítulo VI que Vd. ha suprimido por no poder figurar en la sección de *Argos*, lo que se comprende bien, en vista de los colores con que dice Vd. haber pintado el cuadro. No sea tan *egoísta*, como diría una amiga mía, y no haga como cierto inglés, que en una reunión de *hombres solos* quiso hacer un *speech* y tres veces se puso de pie y dijo: ¡Señores!... Concibo... ¡Señores! ...Concibo... ¡Señores!... Concibo... hasta que uno de los concurrentes, levantando la voz exclamó: ¡Pero este hombre, que ha concebido tres veces y nada ha dado a luz! No haga que se diga lo mismo de Vd. Hasta la vista se despide.—*Un inglés criollo.*

PARA EL SEÑOR INGLÉS CRIOLLO

Señor Argos:

Empezaré por decirle que me ha puesto *las peras a cuarto*, y basta el largo pedigrée que me indica sobre la genealogía de las peras de agua, para convencerme de que todos los de su nación comen peras en el guiso, en compota, en almíbar, y en conclusión en aguardiente. De todos modos me quedo con que mi pera de agua no es su cristiano muerto, Williams, pues la genuina es en Diciembre, y la única que se toma por Navidad se echa a la boca, y es un trago de agua azucarada con gusto a verde. No esperaba nunca que estos apuntes al correr de la pluma, que yo titulé *Las Beldades de mi tiempo*, asumieran las proporciones de un acontecimiento literario y tuviera la satisfacción de ser equiparado al general Mitre que rectifica a López, y este escritor a su vez, a Mitre, dejando al público tan incrédulo como antes, pues los dos tienen a su vez razón, y a mí la satisfacción de que se publiquen artículos tan espirituales como el del *Inglés criollo*, en su sección de ayer, y que leí con mucho placer. Ahora en cuanto al VI capítulo,

y que como es el VI tiene 7 bemoles, pues ordena que no hablemos mal del próximo, ni mintamos, y otras recomendaciones que por sabidas se callan, no se lo puedo soltar por ahora, por el estado de sitio que nos pone un tapón o sea corcho en la boca. Lo verán a su tiempo, satisfaciendo así su curioso deseo. — S. S. *El autor del libro.*

CONTRARRÉPLICA

Juvencio Arenillas no quiere quedarse callado. Ayer me envió su contrarréplica al autor de *Las Beldades de mi tiempo*, la que debí demorar hasta hoy porque se le había anticipado el Inglés Criollo, que la emprendió ayer mano a mano con el señor Calzadilla, sin dejar hablar a nadie. Hoy habla Arenillas, como él sabe hacerlo. Yo presto gustosísima hospitalidad a tan distinguidos colaboradores; pero me permito repetirles lo que decía aquel popular vendedor ambulante: ¡No se amontonen! Dejen que el señor Calzadilla elabore tranquilamente los capítulos de su libro y no lo atosiguen con escritos de todo calibre, obligándolo a trabar polémicas cuando necesita tranquilidad de espíritu. No oculto mis sentimientos egoístas: temo quedarme sin nuevos capítulos, y la verdad es que no vale la pena Obes más o menos. Habla Arenillas:

Mi amigo Argos:

En esa sección tuya, en la que mezclas y tratas con la misma rectitud de criterio y solidez de raciocinio las cuestiones políticas y sociales de más trascendencia, como aquellas que afectan a las mejoras materiales del municipio, un tanto descuidadas, — en esa amenísima sección en la que lo mismo me doy cuenta de las últimas novedades literarias y las flamantes herejías económicas, como del pésimo alumbrado público y de la indolencia de los inspectores municipales, — en esa tu sección, se ha servido hoy contestarme el simpático autor de *Las Beldades de mi tiempo*, felicitándose, como yo a mí vez, de ponerse en relaciones con un contemporáneo de principios del siglo. Si soy dado a las antigüedades, si más de una vez me he sentido verdaderamente deleitado siguiendo sobre las páginas de Mesonero Ro-

manos — ese Argos afanoso de los archivos matritenses, — las varias faces y las transformaciones que al través de los siglos hánse ido operando en la coronada villa del oso y del madroño, si así me atraen las crónicas antiguas de allende los mares, haciendo revivir el pasado y animándolo con el soplo de la verdad histórica, — ¡cuánto más atrayentes no serían para mí esas descripciones y pinturas de don Santiago Calzadilla! ¡Qué fruición tan agradable no se experimenta, contemplando al través de diez lustros, aquella Buenos Aires de edificación poco elevada, de casas amplias, de patios sevillanos, sombreados por enormes parras y adornados con el gran brocal del aljibe de estilo árabe... aquella Buenos Aires, sin estos esplendores, sin estos bullicios, sin las fiestas rumorosas del Tigre y el desfile clásico de las bellezas pálidas de las noches de Palermo; pero cuyas reuniones animaban mujeres de la belleza extraordinaria de Agustina Rosas, o tipos casi soñados, que diríanse creaciones de poeta, como el de esa tucumana de gracia seductora que inspiró a Mármol las mejores páginas de su novela, — aquella Buenos Aires en cuyos salones daba la nota más alta del buen tono don Juan Bautista Alberdi, en cuyos festivales sonaban los cantos de ruiseñor de Echeverría y en cuyos parlamentos se medían varones de la pujanza intelectual de Gómez y Dorrego... Discúlpame, amigo Argos, que ahora he de concretarme puramente a soplar con toda la fuerza de mis pulmones a objeto de ver si logro disipar esa especie de neblina en la que, a manera de penumbra en el exordio de su carta, me da Calzadilla la explicación del error en que incurrió, rectificado en mi carta anterior. Dice el señor Calzadilla que yo tengo razón "porque el nombre de Dowes apareció por el del ilustre filósofo inglés Thómas Hobbes, que fué el que el vulgo convirtió en Obes." Pasmado y no más dejóme la explicación en el primer momento, primeramente porque con ella se daban como personajes de mera concepción imaginaria a los hermanos Dowes, — luego porque el filósofo aludido, preceptor de Carlos II de Inglaterra, fué célibe, y si tuvo descendencia ésta no llevó su nombre. Por manera que si algún inglés, con el correr de los años, y casi podría decir de los siglos, descendiente ilegal de aquel epicúreo de la época de Cromwell, vino a establecerse por estas orillas del Plata, no llevó su apellido, y por consiguiente no pudo haber alteración alguna de lo que no existía. Si he citado a don Lucas José Obes, no ha sido para

reclamarlo como una gloria uruguaya. Su vida política toda se desarrolló en la República Oriental. Nacido en Buenos Aires, según su biógrafo José Domingo Cortés, adoptó a la primera como su patria. Desde luego, si ya en 1831, debido a los esfuerzos de su ministerio, se demolían los muros de Montevideo, que oprimían a ésta como una cintura de hierro, si ya entonces era una personalidad saliente en el escenario político de las repúblicas del Plata, no podía, por su edad, descender de ninguno de los hermanos Dowes, venido a estos países muy pocos años antes, cuando ya había nacido el señor Obes. De manera, pues, que resulta de la exposición que hace el señor Calzadilla, que los Gelly de Buenos Aires, y los Herrera de Montevideo vienen directamente del egoísta y utilitario filósofo de Malmesbury. Proteste ahora el espiritualista y platónico primer magistrado de la República Oriental — y ya verá que el autor de *Las Beldades de mi tiempo*, le explica cómo buscando en ciertos gustos, por leyes de herencia, por propensiones de temperamento y por analogías de carácter, tiene que ser forzosamente un retoño de aquel gran árbol, que dió sus más repugnantes frutos en la célebre universidad de Oxford. Ahora, no quiero despedirme de ti, Argos, que me das hospitalidad en tus columnas, ni de mi coetáneo Santiago Calzadilla, que ha removido mis recuerdos de otras épocas, sin manifestar que se incurre en otro error cuando se afirma en la carta de ayer que contesto — que el general Wenceslao Paunero es argentino de nacimiento. Cierto es que cuando después de la cruzada del 19 de Abril de 1825, a que dieron nervio el rudo, pero arrogante y patriota Lavalleja y el aliento varonil de don Manuel Oribe, — cierto es que cuando a raíz de aquella altiva declaración de guerra al imperio, los hermanos de aquende el Plata quisieron olvidar antiguos rencores y llevar el concurso inestimable de su ejército, el joven Paunero se alistó a la sombra de la bandera argentina, entre las fuerzas con que contribuyó la heróica provincia de Corrientes, y luego de conquistada la independencia de la República Oriental, siguió su carrera militar en el ejército argentino. Auxiliar poderoso del general Paz en la campaña de Córdoba, tomó parte principalísima en la acción de armas de San Roque contra Bustos y en las batallas estratégicas de la Tablada y Oncativo, de las que decía el bárbaro que animó las páginas del *Facundo* de Sarmiento, que el manco táctico lo había derrotado con figuras de contradanza.

Todo esto será de una rigurosa verdad histórica, como que también Paunero contribuyó con su espada a adelantar la organización definitiva de la República Argentina, en Cepeda y en Pavón, que la sirvió con su pluma en la prensa y con sus altas dotes de diplomático en las relaciones internacionales; pero no es menos cierto que hasta los biógrafos argentinos del general Paunero, entre ellos el laborioso e ilustrado general Garmendia, están contestes en que aquel nació en el departamento de la Colonia, en el año de 1815. Termino ya estas líneas incorrectas. Quieran Argos y el señor Calzadilla disculpar mis impertinencias y ordenar a su muy atento y S. S. — *Juvencio Arenillas.*

LOS INGLESES Y LAS PERAS

¡Pues no sale ayer en la pesca un *Inglés criollo* corrigiéndole la plana al autor de *Las Beldades de mi tiempo*, diciendo que la pera que hoy se conoce con el nombre de "buen cristiano Williams" es la misma que con el de pera de agua introdujo el señor Brittain, allá en los tiempos en que el señor don Miguel de Riglos daba banquetes! — Nunca figuró tal pera en aquella mesa, porque no se conocía, y hacía ya muchos años que aquel elegante comedor se había cerrado cuando se introdujo el buen cristiano Williams. La pera que figuró en aquellos *surtout* de plata, fué la que entonces se conoció por el alarmante nombre de *Cuisses de dame*. Permítame el *Inglés criollo* que sobre otro punto le corrija la plana.

El inglés es fuerte en refranes, y los aplica mejor que Sancho, pero de peras no entiende jota, se lo repito. ¿Qué nos viene contando de que el buen cristiano Williams ha degenerado, y que sus descendientes son raquíticos? Se conoce que no ha visitado la linda chacra del doctor Eduardo Costa. Allí vería bellos ejemplares de esa hermosa y sabrosa fruta, que destila... agua cuando se le clava el diente! ¡Y si fuera a enumerar todas las peras que allí pueden gustarse! Saint-Germain, Culotte-de-Suisse, Duchesse d'Angoulême, Calabaza, Gran Mogol, Beurret d'Alambert, Louise Bonne, Van Moss, De Curci, pera Barril, etc., etc. Basta de peras, que se me está haciendo agua la boca de sólo nombrarlas; aplacemos un certamen sobre este delicado fruto,

para el que nombraremos juez al autor de *Las Beldades de mi tiempo*, quien no desdeñará el honor de salvar el buen nombre de las peras argentinas. Saluda atentamente al señor Argos. — *Un entrometido.*

PERAS

Señor Argos:

Perplejo me encuentro al dirigirle la palabra, porque me apercibo que los que diariamente se permiten manosearlo, emplean indistintamente el respetuoso tratamiento de Vd. o simplemente le dan el tú, o el vos porteño que tanta gracia nos hace a los extranjeros, y más aún cuando va acompañado de un ché. Por eso es que Pennano, ese otro *gringo acriollado*, cuando lo contradicen, dice, dándole un manotón a su interlocutor: *¡Cayate, vos, ché!* — Yo adoptaré el usted, que en inglés es *you*, porque el *thou* es bueno para los poetas o los enamorados, y el tú castellano para un *Juvencio Arenillas* que ha remontado su vuelo a regiones muy altas, a las que tendrá que seguirlo el galante autor de *Las Beldades de mi tiempo*, porque ¿cuándo se va a quedar él sin contestar, si a mí, pobre inglés criollo, me ha dirigido palabras tan amables? Pero el objeto de ésta, señor Argos, es contestar por su intermedio a *Un catalán acriollado*. Sí señor; es culpa mía haber omitido un detalle que es trascendental, porque ya que de peras me metí a hablar (lo que no es para todos), debo decir que si bien es cierto que la pera conocida en la historia gastronómica con el nombre de buen cristiano Williams, es de origen francés, perfeccionado por un inglés llamado Williams, que quiere decir Guillermo, convertido en apellido, como sabemos, conociendo todos a Jorge Williams, padre de tantos Williams que, si bien no han dado el nombre a ninguna pera de agua, hay uno de sus descendientes que inmortalizará el suyo en bellas inspiraciones musicales, que por cierto son de un gusto nada criollo y más parece que hubieran nacido de uno de esos caletres alemanes que cuentan que tienen mucho seso porque hasta han sido pesados. Y aquí hago punto final con la misma, porque si empiezo es la historia de nunca acabar, (pues

aunque soy inglés entiendo un poco de música), y sobre todo soy buen oidor, como se encuentran pocos, y ando siempre a la pesca de buenos pianistas; pero ¿en qué me estoy metiendo, si yo iba a hablar de peras? Es que tocando el punto de la música, pierdo la cabeza. Por eso es que siempre me han de ver del brazo de Williams, Aguirre, Nayer y tantos otros. Yo quería explicar al catalán acriollado, puesto que él espera que yo lo saque de dudas, cómo el buen cristiano se convertió en buen cristiano Williams, así como si mañana algún porteño perfeccionara por los injertos o las púas o no sé por qué otros procedimientos una pera ya buena, la que en vez de destilar *agua azucarada con gusto a verde*, destilara *agua de Colonia*.

Veamos un ejemplo: Si al autor de *Las Beldades de mi tiempo* le diera por dedicarse al perfeccionamiento de las peras, tendríamos al buen cristiano Williams convertido en buen cristiano Calzadilla. ¿No es esto lógico? Pero soy de la opinión de Argos, que con razón dice: "¡No se amontonen!, porque vamos a atosigar al autor que necesita tranquilidad de espíritu, porque, como él dice, las ideas se le agolpan, y a veces se le quedan las doble V o las dobles T en el tintero. — Saluda atentamente al señor Argos. — *Un inglés criollo.*

¡He aquí otro que bien canta en la cuestión peras! Oíganlo nuestras lectoras.

— En la sabrosa cuestión de las peras que ya se está pareciendo a la de si fué primero la gallina que el huevo, he recibido la siguiente misiva que me ha hecho completamente feliz y que perdería toda su belleza si se le variara una letra o quitara una tilde: "Amigo Argos. Como tudo lo que haga en tu espiritual y ameno secion muy ha agradado la discusion que bien poderiamos lhamar *perana* entre el amable viejo Calzadilla, el inglez crioullo é el catalano acriolado, no vé a terciar en la discusion solo viene reclamar, salvo error ou equivocación, como dizen los señores financistas para mi beau pays de France la origem, mas bien la invencion de la pera del bueno christiano. Se biene me recuerdo la tal pera de bon chretien fué obtenido por una hybidacion horticola hecha pelo habil horticultor Vilmorin, y hiz su primera aparicion en 1867 en la exposicion de Paris.

Albion como siempre invejosa de Franza quiz obtener mejor y assim nasciú una pera aperfeiçoada, a que se lo ha dado para la distinguir de lo franceza el nombre de pera William del bueno christiano. Mi señor padre viejo tabelión de hypotecas, muy dado a horticultura y gran coleccionador de peras, poseía las dos variedades, que me recuerdo ter comido en mi terna mocidad con toda la golodiça y respeito, que pedia tan saborosa fruta. Desculpe esta reclamacion horticola, e cre' me sempre su amigo dedicado. — *Un frances americanisado.*

Han entendido ustedes? No? pues ni yo tampoco! Adelante con los faroles...

INDICE

	Páginas
Santiago Calzadilla	4
Carta de Adolfo Saldías	7
Introducción	19
Capítulo I	21
„ II	31
„ III	41
„ IV	51
„ V	61
„ VI	67
„ VII	75
„ VIII	81
„ IX	87
„ X	93
„ XI	103
„ XII	111
„ XIII	117
„ XIV	127
„ XV	145
„ XVI	159
„ XVII	167
„ XVIII	173
„ XIX	189
„ XX	193
Epílogo	211
Juicios críticos	213

Talleres Gráficos Argentinos
L. J. Rosso y Cía. - B. Aires
1919